



**JAMES SALTER**  
**En solitario**

El Aleph

## Annotation

Se habría aferrado a cualquier cosa, a una hoja, a una rama, al asa de un cubo. Se sujetó con fuerza a la mano de Rand con los pies todavía bailando en el aire. James Salter, *En solitario* En el ascenso al Dru, uno de los picos de Chamonix, Gary, rescata a un compañero jugándose la vida. La obsesión por alcanzar la cima le lleva a escalar las montañas más inaccesibles del mundo poniendo a prueba sus fuerzas, en un reto personal de autosuperación. La fama le llega con desagrado, pero consigue volver al anonimato y la paz tan deseada. Basada en un hecho real, *En solitario* recorre paisajes mágicos de los Alpes Franceses y el mundo interior de un personaje solitario y esquivo. Pero, ¿cuáles son los motivos que empujan a este escalador a poner siempre a prueba sus límites? Con un estilo ágil y elegante Salter permite al lector viajar con placer por parajes naturales y humanos de una realidad cercana.

---

## Sinopsis

Se habría aferrado a cualquier cosa, a una hoja, a una rama, al asa de un cubo. Se sujetó con fuerza a la mano de Rand con los pies todavía bailando en el aire. James Salter, *En solitario* En el ascenso al Dru, uno de los picos de Chamonix, Gary, rescata a un compañero jugándose la vida. La obsesión por alcanzar la cima le lleva a escalar las montañas más inaccesibles del mundo poniendo a prueba sus fuerzas, en un reto personal de autosuperación. La fama le llega con desagrado, pero consigue volver al anonimato y la paz tan deseada. Basada en un hecho real, *En solitario* recorre paisajes mágicos de los Alpes Franceses y el mundo interior de un personaje solitario y esquivo. Pero, ¿cuáles son los motivos que empujan a este escalador a poner siempre a prueba sus límites? Con un estilo ágil y elegante Salter permite al lector viajar con placer por parajes naturales y humanos de una realidad cercana.

Título Original: *Solo faces*  
Traductor: Cardeñoso Sáenz de Miera, Concepción  
©1979, Salter, James  
©2005, El Aleph  
Colección: Modernos y clásicos de El Aleph, 210  
ISBN: 9788476696811  
Generado con: QualityEbook v0.69

James Salter  
**En solitario**

El tejado de la iglesia estaba en obras. De arriba, de un mar de luz donde dos cruces blancas coronaban sendas cúpulas gemelas, estuvieron llegando voces todo el día, fragmentos de madera de vez en cuando, clavos, y una vez destelló una moneda en la irreal atmósfera, desapareció y volvió a brillar un momento interminable antes de llegar al suelo. Bajo las ramas del eucalipto, un tablón de anuncios protegido con cristal anunciaba el sermón del domingo: «Sexualidad y Dios».

El sol daba de lleno, se derramaba sobre palmeras, pisos baratos y bulevares a lo largo de la costa. Los gorriones saltaban sin objeto entre los parachoques de los automóviles. Tierra adentro, deslumbrante y blanca, se encontraba Los Ángeles envuelta en calima.

Los peones trabajaban desnudos de cintura para arriba, salpicados de negro. Uno de ellos se había puesto en la cabeza un pañuelo con un nudo en cada esquina. Mojaba una brocha en alquitrán y lo extendía sobre las tejas planas. Hablaba continuamente.

—No sé por qué todas las religiones empiezan con el calor —dijo—. Todas salieron del desierto. —Tenía una barba juvenil de las que parecen esquirlas oscuras debajo de la piel—. Sin embargo, si te fijas, la filosofía viene de los países templados. Lo intelectual del norte, lo emocional del sur...

—Estás salpicándolo todo, Gary.

—En California no hay ideas; en cambio, vemos a Dios. Es demencial trabajar aquí arriba. Me muero de sed —dijo—. ¿Has visto *Las cuatro plumas*? La original: Ralph Richardson pierde el casco, y el sol..., como si le atizaran un mazazo, ¡bumbaaa!, se queda ciego en cinco minutos. —Tendió las manos un momento, como buscando, y saltó a una escena de otra cosa—. ¡Dispara... me! ¡Mata... me! —En la cara ennegrecida, los dientes asomaron como al sacar un sándwich de un envoltorio sucio.

Se puso de pie y se quedó mirando cómo trabajaba su compañero, sin prisa pero sin pausa. El tejado relumbraba inundado de luz. Abajo del todo se encontraban las puertas por donde las mujeres, espiadas desde arriba, habían estado entrando y saliendo todo el día. Se había organizado un mercadillo en los sótanos. En el piso siguiente, pasillos y bancos... En realidad nunca había estado en una iglesia, se imaginó lo que se diría allí, cómo se comportaría uno. Por encima, Rand y él. Todo formaba un gran orden ascendente. Carne, espíritu, dioses. Jornales, tres dólares la hora.

La altura fue calándolo poco a poco allí donde estaba, con los pies de lado en los estrechos listones. Ascendía en oleadas, notaba que empezaba a envolverlo. El andamio parecía muy lejano, el suelo más. Pensó en una caída, no desde allí —presionó con los pies, los listones estaban firmes— sino desde la aguja de una torre desconocida, sin sujeción alguna, de pronto, libre, pasando en su descenso ante unas ventanas un largo instante y con la sombra proyectándose inverosímil en el interior. No se movió, miraba abajo fijamente.

Quería que le hablasen. El trabajo entumecía. Se aburría.

—Oye, Rand.

—¿Qué?

—Estoy cansado.

—Descansa un poco —dijo Rand.

En California se da una raza de trotamundos errantes que trabajan de peones de albañil, de carpinteros, en los aparcamientos. Logran conservar cierto grado de dignidad, sorprendentemente no se avergüenzan. Aunque sepan que la cara se les surcará de arrugas, que su charla llana acabará siendo tonta, que al final los aplastarán los que siguieron estudiando, compraron tierras o se hicieron abogados, poseen una fuerza exasperante, la del condenado. Pueden hablar con cualquiera, pueden decir la verdad.

Rand tenía veinticinco o veintiséis años. Vivía con una chica mexicana, o eso decían, una chica alta de brazos cubiertos por tenue vello negro. Gary se preguntaba dónde la habría conocido, qué sería lo primero que le había dicho. Era un trabajo de temporada, él simplemente pasaba de refilón, jamás lo sabría. Sin embargo, hasta mucho tiempo después, siempre que iba al valle y veía la polvareda que levantaba una furgoneta solitaria en un camino entre campos, el recuerdo volvía, la imagen de un Mustang amarillo con media capota y el conductor descamisado de siempre con el pelo al viento.

Era un mundo que desdeñaba y al mismo tiempo envidiaba, unos hombres con quienes le gustaría trabar amistad, unas historias que le gustaría conocer.

Algo que se imaginaba una y otra vez era el reencuentro al cabo de diez años... dónde, no estaba seguro, en el norte del estado, quizá, en las altas praderas, en los pueblos de paso. Veía a Rand con toda claridad, desvaído, envejecido. Lo que no veía era si él había cambiado.

—¿Qué tal?

—Hola, Gary. —Encogimiento de hombros—. Tirando. Y tú, ¿qué tal? Parece que te va bien.

—¿Sueles ir a L. A.?

—De vez en cuando.

—Ven a verme —decía Gary—. Vivo al lado de Wilshire, toma mi tarjeta... —Y empezaba a contarle su vida, no como él quería sino a lo tonto, despreciándose a sí mismo, hablando más deprisa, largando una cosa encima de otra como quien regala dinero a otro que se queda ahí sin decir nada, sólo esperando más. No había forma de parar, alguna cantidad tendría que arrancarle un gesto de gratitud, un discreto «Gracias». «Toma —decía Gary—, para ti, y esto, y esto también, tómallo todo». Menudo papelón estaba haciendo. No podía parar. Hacía un día caluroso allí, en Ceres o Modesto. Los ríos estaban estancados, los arroyos, secos. En las afueras de la ciudad, en las praderas al aire libre, las ovejas balaban. Rand daba media vuelta y se marchaba. Contra su voluntad lo llamaba:

—¡Oye, Rand!

Lo que quería decirle era: «Mírame, ¿no te parece que he cambiado? ¿Puedes creerte que sea el mismo tío?».

Todo esto a la luz deslumbrante de lo alto de la iglesia, aislados como marineros en el negro dorso. Reanudó el trabajo, en equilibrio entre el listón más alto y un canalón de la base de la cúpula. Desde allí alargó el brazo. Casi tocaba la cúspide con la brocha, pero no del todo.

—Más vale que coloques otro listón —dijo Rand.

—No hace falta.

Se estiró un poco más. Con el mango agarrado por la punta, sosteniéndolo en equilibrio, casi llegaba al final. Súbitamente creyó haber vencido. Era ingrátido, una lagartija. Existía en una especie de dicha etérea. En ese preciso momento el mundo cedió..., se le resbaló el pie del listón. Al instante se caía. Trató de agarrarse a las tejas. La brocha patinó tejado abajo. Ni siquiera podía gritar.

Le golpearon el brazo. Era una mano. Se deslizó hasta la muñeca.

—¡Aguanta!

Se habría aferrado a cualquier cosa, a una hoja, a una rama, al asa de un cubo. Se sujetó con fuerza a la mano de Rand con los pies todavía bailando en el aire.

—No tires —oyó—. No tires, no voy a poder sujetarte. —Pulgada a pulgada, el pacto que habían logrado cerrar se rompía—. ¡Procura no resbalar!

—¡No puedo! —El terror lo ahogaba.

—Mete los dedos debajo de una teja. —Rand empezaba a ser arrastrado también. No se le notaba en la voz.

—¡Me resbalo!

—Agárrate a lo que sea.

Por fin lo consiguió. Casi con las uñas, se sujetó a una teja.

—¿Puedes aguantar ahí?

Gary no contestó. Estaba colgado de un monstruo por una sola escama. Rand ya se había ido. Corría por el andamio de abajo y, a toda prisa, empezó a clavar un listón. Un último grito llegó de arriba.

—¡Se me resbalan las manos!

—Ya está. Tienes un listón. Date la vuelta y mira por dónde vas.

Abajo, el pastor, mirando hacia arriba, sostenía en la mano la brocha que se había caído.

—¿Va todo bien? —gritó. Era un tipo moderno que no quería parecer beatífico; conducía un Porsche y mezclaba párrafos de diferentes éxitos editoriales con oraciones por los difuntos—. Se les ha debido de caer esto.

Gary estaba de pie en el andamio. Temblaba, se sentía indefenso.

—Gracias —fue lo único que supo decir. Ni siquiera después, tomando café en el bar de la carretera, podía hablar de ello. Seguía como aturdido.

—Te has librado por los pelos —dijo Rand.

Las chicas de la lavandería deambulaban por la calle en bata blanca, riéndose y charlando. Gary estaba debilitado, avergonzado.

—El andamio me habría parado —dijo.

—Habrías salido disparado.

—¿Tú crees?

—Como un pájaro —dijo Rand.



El sonido lejano del tráfico gravitaba como bruma por encima de Los Ángeles. El aire estaba fresco, con la nitidez de la madrugada. El viento venía del mar, que forma parte del aura de la ciudad como todo lo demás. La luz de la mañana caía a raudales sobre los comercios, los toldos, las hojas de todos los árboles. Se derramaba sobre casas lujosas y senderos de entrada, y sobre los desvaídos callejones de viviendas con números de cinco dígitos que se consumían bajo grandes nombres: Harlow Avenue, Ince Way. Hay dos Los Ángeles, según les da por decir, a veces más, pero en realidad sólo hay una, de seis carriles, con palmeras distantes, que desaparece en el mar por un lado. Tiene pisos pequeños con nombre de isla mítica —Nalani, Kona Kai—, dentistas, restaurantes mexicanos y mujeres sentadas en bancos con anuncios de funerarias en la espalda. Los coches pasan disparados como proyectiles. Sobre el fondo de las montañas, los edificios altos reflejan el sol.

Hay algunas zonas relegadas, abandonadas como restos que el mar desecha. Una es Palms. Patios traseros con cercas de alambre, carteles de «Se alquila», mosquiteras polvorientas.

Al pie de un jacarandá que dejaba caer las hojas sobre el tejado había una casa sin pintar como las que se ven en el *campo*. El porche se apoyaba en cuatro postes blancos. En el patio medraban la maleza y los cachivaches; en la parte trasera, un férax jardín de hierbajos; en una ventana, una calcomanía de la bandera; por encima, el cielo sin nubes de un azul abismal. Un gato gris, con la cola de punta, se abría paso cautelosamente por la hierba. Dos palomas ascendieron en un revuelo. El gato, con una pata en suspenso, las miró. En el sendero de entrada, blancuzco por las inclemencias del aire libre, había un deslucido coche amarillo.

La casa pertenecía a una joven de Santa Bárbara. Era alta, de piel blanca. Costaba imaginarse que alguien la describiera como mexicana. Tenía el cabello negro. Su madre era un personaje de la alta sociedad que en una ocasión se disparó en una pierna con intención de suicidarse. Su padre daba clases de idiomas modernos. Se llamaba Louise Rate, «erre, a, te, e», añadía ella, sobre todo por teléfono.

Rand llevaba un año viviendo allí, no en la casa propiamente, porque su habitación, la que había alquilado, era el cobertizo, pero tampoco era inquilino. En la primera entrevista, un silencio nervioso se impuso entre ellos durante el cual, según descubrió más tarde, ella se decía que no tenía que hablar. Abrió la puerta del cobertizo y entró antes que él. Era una construcción larga y estrecha situada en la parte de atrás de la casa. Tenía una cama, un tocador, estanterías y libros viejos.

—Puede cambiar los muebles de sitio si quiere.

Rand miró alrededor. Habían pintado el techo alternando el blanco y el verde casco de barco. Había cajas de botellas vacías. En la casa estaba puesta la radio; el sonido llegaba a través de la pared. Ella parecía brusca, desinteresada. Aquella noche escribió sobre él en su diario.

Era hija de la luna, tenía los dientes pequeños, las encías claras y los brazos y las piernas huesudos, esbeltos. Le llamaba por el apellido. Al principio parecía que se burlara. Era su estilo.

Trabajaba en un consultorio de urología. Le convenía el horario y, además, el placer de leer el historial de los pacientes. Le gustaba decir que vivía en el exilio.

—Está un poco revuelto —se había disculpado—. No he tenido tiempo de arreglarlo. Pero la calle es bonita. Es muy tranquila. ¿A qué se dedica?

Se lo contó.

—Ya —dijo ella. Cruzaba y descruzaba los brazos. No sabía qué decir. El sol caía a raudales aquella tarde cálida, había tráfico en todas direcciones. Por las ventanas se veían las casas vecinas con las persianas siempre bajadas, como si dentro hubiera una enfermedad. Y había una enfermedad, de vidas gastadas.

—Bien... —dijo ella sin saber qué decir. El gusanillo de un bienestar cercano, de una posible felicidad incluso, la turbaba—. Supongo que puede quedarse. ¿Cómo se llama?

Apenas la vio los primeros días. Luego, apareció un momento en el umbral y lo invitó a cenar.

—No es una fiesta ni nada parecido —le dijo.

Las velas goteaban encima del mantel. El gato se paseaba entre los platos del fregadero. Louise tomaba vino y lo miraba furtivamente. En realidad, todavía no había conseguido verle bien la cara. Era de Indianápolis, le dijo. Su familia se había trasladado a California cuando él tenía doce años. Había dejado de estudiar un año después.

—No me gustaba la cantina —dijo—. No soportaba la comida ni a la gente que comía allí.

Después había estado en el ejército.

—¿En el ejército? —dijo ella—. ¿Qué hacías en el ejército?

—Me reclutaron.

—¿No lo odiabas?

No respondió. Se sentaba rodeando el plato con los brazos, comiendo lentamente, como un prisionero o un hombre que ha estado en las misiones. De pronto lo comprendió. Casi exclama «¡Ah!». Lo veía, era un desertor. En ese momento, la miró. Ella quiso decirle sin palabras que no se preocupara. Lo admiraba, confiaba plenamente en él. Tenía el pelo excesivamente largo, llevaba tiempo sin cortárselo, y las aletas de la nariz finas, las piernas largas. Rebosaba de una especie de libertad casi visible. Supo dónde había estado. Había cruzado el país, había dormido en graneros y en campos, en lechos secos de ríos.

—Sé que... —dijo ella.

—¿Qué sabes?

—El ejército.

—No me habrías reconocido —le dijo—. Era un fanático, no te lo puedes ni imaginar. Teníamos un capitán, Mills se llamaba. Era de Arkansas, un tipo tremendo. Nos hablaba de los soldados que se reunían fuera cuando el general Marshall se estaba muriendo. Se presentaban por la noche y le cantaban sus canciones preferidas. Fue la idea del asunto lo que me ganó. A los otros, ¿qué les importaba? Pero yo no era como ellos. Yo creía. Era un soldado de verdad, iba a ingresar en la escuela de aspirantes a oficiales y a convertirme en teniente, iba a ser el mejor teniente de todo el puñetero ejército. Todo por ese capitán. Adonde él fuera, yo quería ir. Si él moría, yo quería morirme.

—¿De verdad?

—Lo imitaba en el vestir, en el andar. El ejército es como un reformatorio. Todo el mundo miente, finge. Eso lo odiaba. No hablaba con nadie, no tenía amigos, no quería pringarme. Seguramente esto no te interesa. No sé por qué te lo cuento.

—Me interesa.

Hizo una pausa y pensó en una época de fe pasada.

—El sargento primero, un veterano, apenas sabía escribir su nombre. Le llamábamos Bolo. Sabía que le caía bien, es decir, lo notaba. Una noche, en una fiesta cervecera le pregunté por mis posibilidades de promoción. Jamás lo olvidaré. Me miró y asintió, más o menos. Me dijo: «Rand,

llevo mucho tiempo en el ejército, ya sabes». En «la *fuersa zarmada*», dijo en realidad. «Mi viejo era marine, ¿te lo había contado? China marine. No habrás oído hablar de los China marines, seguro. Eran los peores soldados del mundo. Tenían criados que les limpiaban el rifle y les sacaban brillo a los zapatos. Tenían novias rusas blancas. Que no eran capaces ni de hacerse el petate, vaya. Yo era un chaval entonces, pero me acuerdo de todo. Te digo una cosa, estuve en Corea —hace mucho—, aquello fue duro. Estuve en Saigón. He sido soldado en todas las partes habidas y por haber. Me he *chupao* ventiscas de miedo, tardamos dos días en reunir a un escuadrón. Me he *chupao* noches. Me he *chupao* ríos... por error, aquello fue por error. He conocido tíos de todo el mundo y déjame que te diga una cosa: tú vas a llegar muy lejos en este ejército, seguramente vas a ser uno de los mejores soldados que ha habido en todo el mundo».

—¿Lo decía en serio?

—No sé... estaba como una cuba.

—¿Qué pasó?

—Me metí en líos.

La inmensa noche sureña había caído. Brillaba en todas partes, en las casas de la playa, en los supermercados que cerraban tarde, en las marquesinas blancas de los teatros.

—Toma —dijo ella—. ¿Quieres más vino?

—Podía haber llegado a capitán.

Llevaba una camisa azul descolorida y tenía una expresión curiosamente serena. Parecía un oficial destituido, un hombre traicionado por el destino.

—Pensé que eras un desertor —confesó.

—En aquel tiempo no. Todo yo era ejército. —Sacudió la cabeza—. *We're tenting tonight...* —tarareó en un susurro—. Yo creía, ¿te lo imaginas?

Aquella noche durmió en la cama de ella. De otro modo, se habrían enemistado. Ella sabía que se precipitaba y se ponía nerviosa. A lo mejor a él le pasaba desapercibido. La cama era muy ancha, su cama de matrimonio. Las sábanas tenían festones.

—¡Dios mío! —gimió ella. Dijo que era la primera vez desde el divorcio—. ¿Puedes creértelo?

—Sí.

—Eso que me has contado —le preguntó más tarde—, ¿era verdad?

—¿A qué te refieres?

—A lo de los marines.

La veía en la oscuridad, tenía los ojos cerrados.

—¿Los marines? ¿Qué marines?

Por la mañana lo siguió al trabajo.

Las mujeres parecen una cosa cuando no se las conoce y otra cuando se las conoce. No era que no le gustara. Se quedaba mirándola mientras se arreglaba sentada ante un espejo de tocador para salir de noche. La imagen misteriosa del círculo de luz ni siquiera reconocía la presencia del otro, sólo se miraba absorta mientras se aplicaba el negro alrededor de los ojos. Colgaba los collares en una cornamenta de ciervo. En la pared había fotos recortadas de revistas.

—¿Quién es éste? —preguntó—. ¿Tu padre?

Breve mirada.

—Es D. H. Lawrence —murmuró ella.

Un joven con bigote y bonito pelo castaño.

—¿Sabes a quién se parece? —dijo, asombrado. No podía creerlo. Se volvió hacia ella esperando que lo adivinase sola—. Oye... —dijo—, mira.

Ella miraba fijamente su propio reflejo.

—¿Cómo se pueden tener los labios tan finos? —se quejó.

Sí, entonces le gustó. Era sardónica, pálida. Quería ser feliz pero no podía, eso la privaba de sí misma, de lo que quedaría cuando él, como todos los demás, se hubiera ido. Siempre se dejaba algo escondido, guardado, ridiculizado. Era impaciente con su hijo, y el hijo lo soportaba estoicamente. Se llamaba Lañe, tenía doce años. Ocupaba la habitación del fondo del pasillo.

—Pobre Lañe —solía decir ella—, no va a llegar muy lejos.

No iba bien en el colegio. A los profesores les gustaba, tenía muchos amigos, pero era lento, distraído, como si viviera en un sueño.

Algunas noches volvían de algún lugar de la ciudad, cansados de bailar, y pasaban haciendo eses por el pasillo ante su puerta. Ella hablaba en susurros, procurando no hacer ruido.

Se le cayó el zapato al suelo con la brusquedad de un disparo.

—¡Hostia! —dijo.

Estaba muy cansada para hacer el amor. Lo había echado todo en la pista de baile. O si no, sí, a medio gas, y yacían como dos cadáveres de un asesinato sin descubrir, semitapados a la luz temprana, en silencio absoluto, salvo por los primeros y dispersos trinos de los pájaros.

Los domingos iban al mar en coche. En la claridad de la primavera, el cielo era de un azul suave, un azul que todavía no conoce el horno. Casas pequeñas, almacenes de madera, mercados cochambrosos. La desolación definitiva de la costa. A su espalda quedaban las calles de Los Ángeles, los automóviles plateados, los hombres con trajes caros.

Viéndolos bajar por el desmonte con cuidado, desde la autopista hasta la playa, medio desnudos, con las toallas en la mano, parecían una familia. A medida que se acercaban resultaba más interesante incluso. Ella ya acusaba la falta de soltura y seguridad que conlleva la madurez. Concentraba toda la atención en los pies. Sólo el divertido y garboso movimiento de las manos y el pañuelo a la cabeza la hacían parecer joven. Detrás de ella, una figura alta y resignada. Todavía no había aprendido que siempre viene algo a rescatarnos.

Era una mujer que un día se daría a la bebida o a la cocaína, probablemente. Era tensa, insegura. Hablaba con frecuencia de su aspecto exterior, de lo que iba a ponerse. Se quitó arena de la cara.

—¿Qué te parece el blanco, blanco puro, como se visten en Theodore's?

—¿Para qué?

—Pantalones blancos sin nada debajo —dijo—, camisetas blancas. —Se imaginaba a sí misma en fiestas—. Sólo el rojo del lápiz de labios y un poco de azul alrededor de los ojos. Todo lo demás, blanco. Se acerca un tío, un tío guapo, y dice: «Me gusta el color de tus pezones ¿sabes? ¿Has venido sola?». Lo miro con mucha calma y le digo: «Piérdete».

Se inventaba fantasías de ese estilo y las interpretaba. De pronto aceptaba besos y de pronto, la cabeza se le iba a otro sitio. Y nunca estaba completamente segura de él. Nunca se atrevió a ilusionarse con la idea de que él se quedara. Temerosa de lo que pudiera suceder, era frívola, indirecta, parloteaba sola como un pájaro en el bosque para no darse cuenta del peligro inminente.

Una mañana temprano, Rand se levantó antes de las cinco, cuando apenas había luz. Pisó el suelo y lo encontró frío. Louise dormía. Recogió su ropa y bajó al vestíbulo. Lañe dormía en calzoncillos encima de un enredo de sábanas. Tenía los brazos como los de su madre, tubulares y lisos, sacudió levemente. Abrió los ojos con un destello.

—¿Estás despierto?

No hubo respuesta.

—Vamos —le dijo.

Las ventanillas de los coches aparcados estaban empañadas. Había periódicos en el césped de las casas. Las calles estaban desiertas. Los autobuses circulaban con los faros encendidos.

Las autopistas ya estaban llenas, una procesión fantasmagórica. Una capa de nubes espesas pesaba sobre la ciudad. Hacia el este el cielo estaba más claro, casi amarillo. La luz rebotaba por abajo. De repente, liberándose de la tierra, salió el sol fundido.

Aparecieron los edificios del centro de la ciudad, altos, indistintos. Parecían volverse lentamente enseñando una cara desconocida, más definida, una cara de planeta iluminada por el sol.

Un río de coches avanzaba hacia ellos desde el resplandor que oscurecía las señales de tráfico. Unas veinte millas más allá, entre los últimos edificios de pisos y moteles, se encontraban las primeras montañas libres. Había menos tráfico ya, enfermeras que volvían a casa en la misma dirección que ellos, japoneses, negros barbudos, todos con la cara bañada por el alba como feligreses en adoración. Eran las siete.

Cerca de Pomona el paisaje empezó a despejarse. Había huertos, granjas, campos baldíos, los campos que antaño formaban la campiña. Un paisaje más sereno y puro se extendía por doquier cubierto de nubes tranquilizadoras. El hálito azul de la lluvia flotaba por debajo. Unos objetos blancos inclinados como lápidas desfilaban por la derecha.

—¿Qué son?

Rand echó un vistazo.

—Colmenas —dijo.

En el cielo despuntaban fragmentos luminosos.

Se desviaron en Banning. Ya estaban lejos de la ciudad, al menos a una generación de distancia. Las casas eran corrientes. Había caravanas, perros que renqueaban. La carretera trepaba internándose en montes yermos. En cada curva aparecía una vista de tierras de cultivo parceladas que iban quedándose lejos, abajo. Delante, el vacío, tierra sin dueño.

—A partir de aquí es bonito —dijo Rand.

Las montañas eran de color pizarra, con el sol detrás. El valle, con la carretera como una vena plateada, se vio por última vez. Más allá se columbraba un gran macizo montañoso, cimas todavía blancas de nieve. La carretera era silenciosa, lisa.

—¿A qué altura estamos?

—A dos o tres mil pies.

Los matorrales desaparecieron. Circulaban velozmente entre pinares. Había bancos de nieve en los márgenes de la carretera.

—Mira, un perro.

—Es un coyote.

El animal dio media vuelta antes de que lo alcanzaran y desapareció entre los árboles.

Descendieron en picado a un valle y a un pueblecillo. Estación de servicio, parque triangular. Todo resultaba familiar. Se sabía el camino como si hubiera sido ayer. Un sendero de madera entre casas con nombres como Nirvana y Última Milla, luego unos depósitos verdes de agua y, allí estaba, una gran cúpula de roca con los contrafuertes relucientes al sol. Se estremeció de emoción. El cielo

estaba limpio. Eran casi las nueve.

Aparcaron, abrieron las portezuelas de ambos lados y se cambiaron de calzado. Rand sacó del maletero una mochila pequeña y un rollo de cuerda roja como la franela. Empezó a descender, salió de la carretera y tomó un sendero medio escondido. Lo siguieron un trecho, giraron cuesta arriba y empezaron a escalar. Los pinos eran altos y silenciosos. El sol se colaba entre ellos y se derramaba en el suelo del bosque en hilillos. Rand avanzaba sin prisa pero sin pausa, casi con cierta vacilación entre paso y paso. No valía la pena gastar fuerzas ahí. A pesar de todo, las piernas les ardían; el sudor empezó a brillar en sus caras. Se detuvieron un par de veces a descansar.

—Ésta es la peor parte. No falta mucho —dijo Rand.

—Estoy bien.

Un gran peñasco que sólo un glaciar podía haber originado se encontraba más arriba, cerca de la base del macizo principal, que parecía perdido en su tamaño. Ya no se veían las grandes lajas que prácticamente se hundían en el bosque. Sólo se veían, allí cerca, las más bajas.

Rand desenrolló la cuerda. Pasó dos vueltas al chico por la cintura y miró cómo ataba el nudo. Él se ató el otro extremo.

—¿Quieres ser el primero? —preguntó.

Al principio era fácil. Lañe trepaba como una ardilla, ágil y velozmente. Al cabo de un rato oyó una llamada:

—Ése es un buen sitio para parar.

Rand empezó a escalar. Notaba la piedra cálida, desconocida, que no se entregaba todavía. Lañe esperaba en una oquedad a unos cuarenta pies del suelo.

—Sigo —dijo Rand.

Partió el primero, mientras el chico se aseguraba. Iba colocando alguna clavija a medida que ascendía. Las clavaba con el martillo en las grietas. Colocaba un eslabón metálico en la clavija, un mosquetón, y por allí pasaba la cuerda.

Abajo, a cierta distancia, una cara pequeña lo observaba. Rand escalaba con facilidad, con movimientos seguros. Miraba, palpaba y después, sin esfuerzo, avanzaba.

La roca es como la superficie del mar, constante pero nunca igual. No hay dos escaladores que hagan la misma ruta de la misma manera. La forma de agarrarse, la confianza, el deseo de cada cual nunca son iguales. A veces, la vía se estrecha, escasean los agarres, no hay donde escoger —la montaña es inflexible en sus exigencias— pero en general, cada cual escala a su gusto. Naturalmente, existen unos principios. El primero se refiere a la cuerda: se utiliza por seguridad, pero siempre hay que escalar como si la cuerda no existiera.

—¡Suéltame! —dijo Rand. Había llegado a una buena posición, a la cima de una laja vertical. Detrás de él había un gendarme bien definido. Le pasó por encima una cinta de malla de nailon y se aseguró. Recuperó la cuerda sobrante y se la enrolló a la cintura para dar fricción, llegado el caso.

—¡Sube! —dijo.

—¡Voy! —fue la lejana respuesta.

Lañe lo había mirado atentamente, pero desde abajo no se veía gran cosa. Después de los primeros pasos, todo era desconocido. En algunos tramos le parecía que tenía que haber algún truco —no había forma de escalar—, pero con la cuerda que tiraba de él levemente lo conseguía. La pendiente se inclinaba más de lo que parecía. Era ligero como una mosca. Tenía que poder agarrarse a la menor falla. Se le resbaló el pie de una presa mínima. Pero pudo sujetarse. Volvió a encajar el dedo gordo en el mismo sitio, con menos confianza. Ese tramo era muy difícil. Levantó la mirada, le temblaban las piernas. Las lajas de arriba estaban cortadas a pique, brillaban como el costado de un

barco. Más allá de ellos, un azul ardiente.

Se le estaba olvidando lo que tenía que hacer, forcejeaba a ciegas, desesperado. Le dolían los dedos. La resignación le pesaba en el pecho.

—¡Pon el pie derecho donde tienes el izquierdo!

—¿Qué? —gritó, abatido.

—Pon el pie derecho donde tienes el izquierdo y agárrate con la mano izquierda.

Se le resbalaban los dedos.

—¡No puedo!

—Inténtalo.

Hizo lo que le decía, con torpeza, a la desesperada. El pie encontró apoyo, la mano también. De pronto estaba salvado. Reanudó la marcha y, al cabo de unos minutos se le había olvidado todo el miedo. Sonrió cuando dio alcance a Rand. Había cometido errores. Se había arrimado demasiado a la pared, había hecho avances *demasiado* largos. No había planeado los movimientos. De todos modos, allí estaba. Lo embargaba el orgullo. El suelo quedaba muy abajo.

A la izquierda, en una vía más difícil, lisa y expuesta, había otros dos escaladores. Rand los miraba mientras enderezaba la cuerda. Estaban en una pared que prácticamente no tenía arrugas. El primero de cordada, cabello claro al sol, estaba pegado a ella, con los brazos y las piernas separados. Incluso en tan extrema situación, emanaba una especie de fuerza, como si estuviera sujetando el peñasco. No había nadie más en todo el Tahquitz.

Rand dejó de mirarlos. Moviendo el brazo comentó:

—Ahí está.

El bosque caía a sus pies, al valle. Aunque lejos todavía de la cima, habían llegado a un reino de silencio. La luz era diferente, el aire era diferente.

—El próximo tramo es más fácil —dijo Rand.

La montaña los había aceptado; estaba dispuesta a desvelar sus secretos. La incertidumbre desapareció, y el miedo a los malos agarres, a los sitios donde un dedo del pie se mantiene únicamente gracias al ángulo en que se afirma, la indecisión: tras un movimiento inútil, se hace otro inmediatamente, e incluso un tercero. Con la duda, el agarre desaparece, se retira.

La cima era llana y polvorienta, como un rincón olvidado del parque. Los otros dos escaladores estaban sentados en una roca al sol. Llevaban camisetas viejas y pantalones de escalar, la cuerda y el equipo reposaban cerca de sus pies. El primero, que calzaba zapatillas deportivas, levantó la cabeza al acercarse Rand.

—Estaba seguro de que eras tú —dijo Rand—. ¿Qué tal, Jack?

Cabot se limitó a tenderle la mano pausadamente. Tenía la sonrisa amplia y los dientes, el filo ligeramente aserrado, de un blanco mate; el cabello revuelto, sucio, como si hubiera dormido toda la noche en un porche. Era afable, seguro de sí. Su voz tenía cierta calidez.

—El hermano perdido —dijo—. Siéntate. ¿Quieres un bocadillo? —Le ofreció uno con un garboso gesto de desapego. Le brillaba el sol en el pelo. Dentro de la descolorida camiseta había unos hombros fuertes.

—Te vi luchando ahí abajo.

—¿Lo has hecho alguna vez? —preguntó Cabot.

—¿El Step?

—Es de tu propiedad, ¿verdad? ¡Canalla!

—Yo no he dicho eso.

—¿Dónde te habías metido? Te he buscado por todas partes. —A continuación, fragmentos de

una canción. Cabot cantaba como para sí—. *Some say that he is sinking down to mediocrity. He even climbs with useless types like Daddy Craig and me...* Hola —dijo a Lañe, que se encontraba a unos diez pies de ellos, sin atreverse a acercarse—, ¿qué tal lo ha hecho? ¿Se las ha arreglado bien?

Rand estaba partiendo el aplastado bocadillo.

—He preguntado por ti a todo el mundo —dijo Cabot—. Dios, ni una pista. Me he acordado de ti montones de veces, ¿sabes? En serio.

Había ido a Europa, a pueblos donde el único teléfono estaba en un bar y los muros de las casas eran de dos pies de grosor. Había pasado allí el verano y el otoño. Ahora, los nombres de las montañas que todos los alpinistas conocían también eran suyos, Cima Grande, Blaitière, el espolón Walker.

—¿El Walker?

—Bueno, no llegamos a la cima —reconoció Cabot. Estaba encorvado hacia delante, como pensando, quizá—. La próxima vez será. Claro que sólo es practicable cada dos años, como mucho. ¿Quieres hacerlo?

—¿Yo?

—Has estado en Francia, ¿no?

—Claro, ¿y quién no? —dijo Rand.

—Tienes que ir. Tienes que ir a Chamonix. No te lo imaginas. Una subida de cinco o seis horas por los glaciares, se oye correr el agua por debajo de la montaña. ¡Y qué escaladas!

Rand notó los latidos del corazón, lentos, envidiosos. Se sentía desdichado, abrumado de pesar. Se dirigió al otro hombre,

—¿Tú fuiste? —preguntó.

—No —contestó Banning—, no tengo tanta suerte. —Estudiaba Medicina, tenía los días de alpinismo contados.

Lañe no oía lo que decían, el viento se llevaba las voces. Los veía tumbados a su aire, el rubio recostado y sonriente, un trozo de papel parafinado revoloteaba cerca de su pie. Le recordaron las conversaciones de su padre y su madre, cuando era más pequeño, sobre asuntos que él no debía oír. Hay conversaciones que lo significan todo, mas ni una de sus palabras es imaginable. Estaba sentado en silencio, satisfecho de encontrarse cerca de ellos, de haber llegado tan lejos.

Banning sería médico y dejaría la escalada antes de haberse saciado. Jack Cabot, era difícil de decir. Pertenece a la clase de hombres que hacen planes en todos los continentes: quizá la montaña no lo soltara, quizá lo convirtiera en un mito suyo. En cuanto a Rand, tras un comienzo brillante, había desertado. Algo se le había debilitado. Sucedió cuanto tenía veinte años, mucho tiempo atrás. Era como un animal que ha hibernado en un rincón, a la sombra de un seto o de un granero, y una mañana, sucio de barro y aturdido, se sacude y vuelve a la vida. Sentado allí, recordó la gloria de tiempos pasados. Recordó la emoción de la altura.

—¿Quién era ése? —preguntó Lañe.

—¿Allá arriba? Ah, un amigo mío.

Hicieron el camino en silencio.

—¿Ibas a escalar con él?

Rand asintió.

—¿Es bueno?

—Sí, es bueno.

—Tenía una pinta imponente.

—Ten cuidado ahí —le avisó Rand. Avanzaba más despacio. La pendiente de la ladera era más



empinada. Hacia el borde, caía en picado—. Sé de uno que se despeñó por aquí.

—¿Por aquí? Si es fácil... —replicó Lañe—. ¿Cómo pudo despeñarse?

—Iba corriendo y resbaló.

Abajo, en la distancia, había peñascos lisos y redondeados.

—Ésa es la bajada difícil —añadió Rand.

En Chamonix, las *aiguilles*, las altas cumbres, estaban nevadas. Había picos por todas partes, silenciosos, desnudos. Los glaciares descendían lentamente, a media pulgada por hora, a una profundidad de siglos.

Detrás de la casa había leños cortos de pino piñonero que llevaban allí tanto tiempo que la tierra se había adaptado a su forma. La madera se había endurecido, restos de una columna que protegía un mundo de hormigas.

Rand partía los leños a martillazos potentes y rítmicos. Un eco de forja resonó al hundirse la cuña, y un crujido claro y definitivo cuando la madera se partió. Iba sin camisa. Parecía un personaje de una batalla medieval, perdido en el fragor metálico, en planos brillantes de sol y de polvo, que flotaba como el humo.

Desde la casa, Louise le echaba una mirada de vez en cuando, impaciente, medio resignada, como una mujer cuyo marido se empeña en una ruinosa tarea quijotesca. Lañe estaba en su habitación. Oía los golpes.

El coche, vendido esa mañana, ya no estaba. El sonido de la cuña al entrar era regular e invariable. Ella se acercó a la puerta.

—Oye, Rand...

Levantó la cabeza.

—¿No crees que ya has hecho bastante?

—Enseguida acabo —dijo.

Por fin se terminó. Le oyó apilar la leña contra la casa. Luego entró y empezó a lavarse las manos.

—Bueno, siempre había dicho que lo haría. De todos modos, tienes bastante para el invierno.

—Estupendo —comentó ella.

—Es posible que te haga falta.

—Ni siquiera sé hacer una hoguera —dijo ella. Rand estaba secándose las manos y quitándose briznas de corteza de la cintura. De repente, Louise se dio cuenta de que no tenía forma de retener esa imagen. Se iba a poner la camisa, a abotonársela. Todo eso desaparecería sin más. Sintió una necesidad imperiosa y vergonzante de abrazarlo, de estrecharlo entre los brazos, de postrarse de rodillas.

La noche anterior habían estado en un bar atestado y ruidoso. Rand tenía que decirle una cosa. Se marchaba, dijo. Ella apenas lo oía.

—¿Cómo?

Lo repitió. Se marchaba.

—¿Cuándo? —preguntó tontamente. Fue lo único que pudo decir.

—Mañana.

—Mañana —dijo ella—. ¿Y adónde vas? —Quería decirle algo incisivo que le hiciera daño, que lo obligara a quedarse. Sin embargo, musitó—: Me gustabas de verdad, ¿sabes?

—Volveré.

—¿En serio?

—Claro.

—¿Cuándo?

—No sé. Dentro de un año. Puede que dos.

—¿Qué vas a hacer, volver a escalar? Lañe me dijo que te habías encontrado con unos viejos amigos.

—Un amigo.

—¿Va contigo?

—No.

Ella miraba la copa. De pronto dejó de mirarla.

—¿Estás bien?

No contestó.

—Louise. Vamos...

—¡Va, olvídalo! —dijo ella. Moqueaba.

—Te llevo a casa.

—No quiero ir a casa.

—¿Ocurre algo? —preguntó una persona de la mesa de al lado.

—No es asunto suyo —contestó Rand.

Ella ya se había levantado y recogía sus cosas.

Volvieron a casa en silencio. Iba sentada contra la portezuela, con los estrechos hombros encogidos. Se acurrucó como un insecto, con las piernas recogidas de lado y los brazos cruzados.

Por la mañana tenía la cara hinchada como si estuviera enferma. La oía respirar. Parecía una respiración forzada, afligida, cercana al suspiro. Le pareció que se hacía más pesada a medida que escuchaba, hasta que se convirtió, se dio cuenta de golpe, en el sonido de un reactor sobrevolando la ciudad al amanecer.

Dejó unas cajas de cartón llenas de zapatos, aparejos de pesca y un puñado de cartas de una antigua novia, nacida en Kauai, que una noche, para sellar su amor, le había hecho un corte en la palma de la mano, se la había llevado a la boca y había chupado la sangre de la herida.

Llovía en Ginebra. La estación de autobuses estaba detrás de una iglesia. Sólo había unos pocos pasajeros cuando el conductor apareció, se montó, ocupó su asiento, puso el motor en marcha y se abrió paso en el tráfico al ritmo incesante del limpiaparabrisas y de la voz de un humorista que salía de una radio instalada bajo el volante.

Poco después, pasaban rugiendo por calles de ciudades pequeñas, casi rozando las fachadas de los edificios laterales. Atrás iban quedando farmacias, árboles verdes, supermercados. Rand lo dominaba todo desde un asiento delantero. Cruzaban vías ferroviarias, fuera veía huertos, almacenes de madera, niñas que corrían bajo la lluvia con el pelo mojado.

El cielo se puso lívido. Unos segundos después, ominoso y cercano, retumbó el trueno como un obús. Tenía la sensación de que lo hubieran enviado urgentemente al frente de guerra cruzando fronteras, atravesando campos mojados cubiertos de niebla que se extendían a ambos lados. Era verano, los ríos bajaban de un verde lechoso. Había puentes, cobertizos, cajas de botellas vacías apiladas en patios y, a veces, entre las nubes, asomaban las montañas. No sabía francés. Las poblaciones abarrotadas con sus tiendas y rótulos curiosos... no se las tomaba en serio. Al mismo tiempo, anhelaba conocerlas.

Empezaron a aparecer faros en dirección contraria, de un amarillo sulfuroso. Había dejado de llover. Las montañas aguardaban ocultas tras una especie de humareda. Era como si estuvieran preparando el escenario y entonces, de repente, en Sallanches, el valle se abrió. Allá, al final, inesperada, bañada en luz, se alzaba la gran cumbre de Europa, el Mont Blanc. Era mayor de lo que uno podía imaginarse, y, más de cerca, estaba cubierto de nieve. Esa inmensa imagen primera le cambió la vida. Fue como si lo ahogara, como si se elevara con lentitud infinita, semejante a una ola, por encima de su cabeza. Nada podía oponérsele, nada sobreviviría. Había arrastrado ciertas ilusiones y expectativas, imprecisas pero emocionantes, por ciudades y terminales muy concurridas, bajo la lluvia. Dormitaba encima de ellas como si del equipaje se tratara, amodorrado por el viaje, y súbitamente, en un momento determinado, las nubes se abrieron y desvelaron el símbolo de todo aquello bajo una luz brillante. El corazón le latía de una forma extraña e insistente, como si huyera, como si hubiera cometido un delito.

Llegaron a Chamonix con el crepúsculo. La plaza de la estación estaba en silencio, todavía había luz en el cielo. Se apeó. Aunque era mediados de junio, el aire estaba frío. Un taxi se llevó a otros dos pasajeros a un hotel. Se quedó solo. La ciudad parecía vacía. Tuvo la extraña impresión, casi la premonición, de que conocía el lugar. Miró alrededor como para confirmar algún detalle. Los hoteles de enfrente de la estación parecían cerrados; a la entrada de uno había luz. Un perro se asomó con presteza al borde de un tejado bajo y lo miró fijamente. Arriba, en los árboles, se demoraban los últimos rayos de sol. Se cargó el aislante y la mochila y echó a andar.

Un puente cruzaba las vías. Continuó en esa dirección, alejándose de la ciudad, y enseguida se encontró en un camino sucio. Los pinos habían empezado a ensombrecerse. Llegó a una gran casa de campo, en medio de un jardín lleno de maleza. A un lado había toda clase de trastos apilados, una cocina oxidada, macetas, sillas rotas. Encima de la puerta, un cartel metálico: chalet tal y cual, con las letras descoloridas. Los marcos de las ventanas eran gruesos, los postigos estaban cerrados. Dio

la vuelta hasta la parte de atrás, donde había luz, y llamó.

Una mujer salió a la puerta.

—¿Tienen un sitio para dormir? —preguntó.

La mujer no contestó. Llamó a alguien en la oscuridad de la casa, salió otra mujer, que parecía la madre, y lo condujo por unas escaleras a una habitación donde podía quedarse por diez francos: lo dejó bien claro levantando las dos manos con los dedos estirados. Había literas con colchones al aire. Alguien ya había dejado allí sus enseres, calzado y un equipo desparramado contra la pared, y en la única estantería, una barra de pan y un despertador.

—Me la quedo —dijo.

Había un lavabo con una bombilla. Todo estaba desnudo, sin pintar, oscurecido por los años. Se fue a la cama sin cenar esa noche. Había empezado a llover otra vez. Primero lo oyó, después lo vio por la ventana. Como un animal que conoce las cosas por el olor, estaba tranquilo, incluso en paz. El olor de las mantas, los árboles, la tierra, el olor de Francia le resultaba familiar. Se quedó allí tumbado sintiendo no tanto una calma física como una cosa más profunda todavía, el latido de la vida misma. Una dicha concluyente lo llenaba, calidez y bienestar. Nada podía comprar esas cosas — respiraba en silencio, la lluvia caía—, nada podía ocupar su lugar.

En épocas pasadas, Chamonix conservaba su belleza natural. A pesar de las muchedumbres y de su gran expansión, mantiene algunos aspectos —las calles estrechas y retorcidas, los sólidos establos, los gruesos muros que se desmoronan— que revelan su anterior personalidad y el ambiente del pasado. Se encuentra en un profundo valle en forma de cuenco, entre montañas, el valle del Arve, un río blanco de polvo cristalino que se precipita torrencialmente junto a las calles. Ensombrecen la ciudad las primeras laderas del Mont Blanc flanqueadas por la lengua de los glaciares.

Los Alpes son montañas nuevas surgidas de la corteza terrestre, plegadas y replegadas en épocas relativamente recientes, hace cuatro o cinco eras. El Mont Blanc es más viejo. Es una montaña de falla formada por un tajo inmenso antes incluso de la era de los dinosaurios y anegada por los mares que cubrieron Europa tras su desaparición. El antiquísimo granito resurgió cuando nacieron los Alpes y se alzó, cima culminante de Europa, por encima de cuanto entonces lo rodeaba o se pegaba a él.

Colindante, un ejército de pirámides y agujas, las *aiguilles*, que atraen a los alpinistas —en primer lugar a los ingleses, después a otros— desde hace más de cien años. A primera vista se dirían innumerables. Se extienden en filas y ásperos arcos hacia el sur y el este, algunas de las más altas, como las Grandes Jorasses, prácticamente ocultas por las de alrededor.

Las caras norte son las más frías y, en general, las más difíciles. Reciben menos sol, una o dos horas al día solamente, en algunos casos, y suelen estar cubiertas de nieve todo el año. Los inviernos son fríos, los veranos cortos y nubosos con frecuencia. La población es montañesa, curtida e independiente: durante años, los guías de Chamonix sólo aceptaban en sus filas a los nacidos en el valle. Al mismo tiempo, nuevas carreteras abrieron la ciudad al mundo. En julio y agosto llegan grandes multitudes. Los restaurantes, hoteles y hasta las propias montañas se llenan. En septiembre, como por decreto, todo el mundo desaparece y no queda nada más que las letras azules que dicen Carlton, alumbrando tristemente en la noche las calles vacías.

Estuvo días lloviendo, las nubes envolvían las montañas, una lluvia fría y constante. La humedad se colaba en las casas. Estaba sentado junto a la estufa, con camisa de cuadros escoceses y botas. Dos alemanes jóvenes que habían regresado empapados la primera tarde pronunciaban alguna frase de vez en cuando. «Mal tiempo —decían—. El viento del sur siempre es malo». ¿De dónde era? ¡Ah, California! Asentían y ahí terminaba todo.

Entonces, un día despejó. Las montañas aparecieron. Había actividad por todas partes, se notaba. Chamonix, con sus tejados de zinc y sus pequeños comercios, salió a la luz del sol.

En la oficina de Correos, las puertas de las cabinas telefónicas se abrían y cerraban sin cesar, las voces agudas y apremiantes de las operadoras llenaban el aire. Se puso en la cola. Delante de él había un japonés con una barba de dos días..., para pagar unos sellos rebuscaba en un bolsito de lona. Encontró el monedero. Lo abrió. Dentro había otro monedero de menor tamaño.

—¡Es increíble! —dijo Rand. Tenía detrás una cara barbuda, una cara estadounidense.

—Ahora se dará cuenta de que no le llega el dinero.

El japonés había puesto unas monedas en el mostrador; evidentemente, pensaba que tenía más. Sacudió el monedero otra vez y salió una sola moneda más. No era suficiente.

—Se lo presto yo, si hace falta —dijo Rand—. ¿Qué, es que pesan las cartas una a una?

—A veces las vuelven a pesar después de poner los sellos.

—¿Por qué razón?

—Por favor. No tiene nada que ver con la razón. ¿No habías estado nunca en Francia?

Se llamaba Neil Love. Era fácil entablar conversación con él, trabajaba en una agencia de viajes y era la tercera temporada que pasaba en Chamonix. Con ironía, le hizo una descripción del lugar incluyendo ingleses tirados que robaban fruta y hacían durar horas un botellín de cerveza. Los japoneses eran diferentes. Acudían en grupos numerosos, auténticos ejércitos, y se los veía en las montañas por todas partes, durmiendo en grietas y boca abajo, muchas veces se caían... no era raro ver alguno en el aire.

—Compran billetes de visita completa sólo para la mitad de los que son —dijo—. ¿Dónde te alojas? —Ya era hora de buscar dónde acampar, antes de que aparecieran las masas, le aconsejó.

—¿Dónde acampas tú?

—Ven.

Neil abrió la marcha. Dejaron atrás el cementerio donde estaba enterrado Whymper, el primer escalador del Matterhorn. Después empezaban los bosques. Había helechos y vegetación densa por todas partes. Desde allí no se veía la ciudad, sólo el cielo y, enfrente, la empinada pared del Brévent.

—¿Dónde estamos ahora?

—En el Biolay —dijo Love—. A medida que avanza el año, deja de oler tan bien.

Ya se había formado una opinión de Rand juzgándolo por la ropa, las venas de los brazos, el equipo bien cuidado, pero sobre todo, por un toque de frialdad que no acababa de localizar. El nombre no le sonaba ni sabía qué fama tenía, pero eso no significaba nada. Estaba completamente seguro de su valoración.

—¿Qué escaladas has hecho? —le preguntó.

—Ninguna todavía.

—¿No serás uno de esos maníacos que empiezan por el pilar Bonatti?

—No, sólo quiero ponerme en forma.

—Yo tardo todo el verano. ¿Te gustaría hacer alguna pared?

—Lo que tú digas —contestó Rand amablemente.

Se decidieron por Pointe Lachenal. Las condiciones no eran malas, tenía entendido Love. Y la propuesta, según sus propias palabras, era concebible.

—¿Qué clase de escalada es?

—Está calificada de T. D. *Tres difficile*. No soy el mejor alpinista del mundo —reconoció Love.

—¿De verdad?

—Pero sé escalar.

Algo semejante a la amistad surgió entre ellos en medio del verdor del bosque, la tierra fragante de lluvia y el aire puro y sereno. En el suelo había piedras negras de antiguas hogueras. Las gafas de sol de Love destellaban.

—Love y Rand, suena a lobo y can...

—Cloro y sal.

—¡Mucho mejor!

Se hicieron un té. Las agradables horas de la tarde pasaron.

Por la mañana temprano se dirigieron al Col de Rognon, una cresta baja de un lado del Mont Blanc. La nieve estaba dura, el sol todavía no la había ablandado. Grandes picos y cumbres, todos extraños y desconocidos, se levantaban por doquier.

Avanzaban sin cuerdas, Lo ve se movía de una forma rara. La subida era empinada.

—Buena nieve —dijo Love.

Cuando se detuvieron un momento, Rand preguntó con brusquedad.

—¿No te han enseñado a frenar?

—En realidad, no —dijo Love.

—Mira, cuando te resbalas por una pendiente, primero lo intentas con el pico —se lo demostró con el piolet—, después con la hoja, y si no funciona nada, clavas el mango.

La explicación abrió una especie de puerta a ciertos peligros indefinidos. Love consideraba que harían bien en atarse la cuerda, pero prefirió no decir nada. Reanudó la marcha. Al cabo de un rato, señaló hacia un punto.

—Allí está.

Habían cruzado la cresta y, hacia la derecha, iluminada por el primer sol de la mañana, se levantaba una pared como una mole de antracita. Detrás asomaban picos más altos, pero éste parecía destacar a pesar de su menor altura como una cara amenazadora entre la muchedumbre en la que nos fijamos por casualidad.

Rand la miró desde la base. Tenía al menos setecientos u ochocientos pies de altura. Estiró el brazo. La superficie estaba fría, como dormida. Tenía una grieta vertical, el comienzo de una vía. Lo acometió una súbita incertidumbre, como si allí, por algún motivo, en ese lugar remoto, pudiera perder la habilidad de escalar. La seguridad desapareció. Tocó la piedra con las manos, encontró la primera presa y empezó a escalar. Despacio, metro a metro, la desconfianza disminuyó. Siguió subiendo.

En la primera reunión se quitó el jersey y lo guardó en la mochila. El sol calentaba. Love subía detrás de él, tenía la barba toda enredada ya. Cuando asomó la cara, parecía Karl Marx de joven.

Rand estaba en su elemento. Se diría que sabía instintivamente dónde se hallaban los agarres. No fue difícil encontrar la vía, muchos puntos estaban señalados con clavijas, que fue retirando a medida que ascendía y guardándolas con las suyas.

—La verdad es que no deberíamos quitarlos —dijo Love—. Los dejan puestos para ahorrar tiempo.

—Nunca te fíes de un pitón que no hayas clavado tú.

—¿Eso no será un poco estricto?

Rand se encogió de hombros.

—¿Nos aseguramos?

—Nos aseguramos —dijo Love.

—Ahí tenemos una travesía. Te va a gustar.

Love empezaba a perder terreno psicológicamente. En lugares por donde Rand pasaba sin comentarios, él tenía que esforzarse mucho. Sabía que tenía que escalar a su propio ritmo, pero era consciente de su lentitud, de que hacía esperar al otro. Flexionó los dedos, la mirada fija en la roca que tenía delante, y procuró no pensar en nada más que el siguiente agarre.

El sol les daba ya de lleno. A Love lo asaltó una especie de mareo, una sensación de abandono. La blancura del glaciar y de los neveros de abajo, a lo lejos, parecía temblar y alzarse. El cielo estaba de un azul impecable.

Treinta minutos después oyeron algo arriba. Voces. Miraron por toda la pared.

—Allá.

A la derecha, cerca de una cresta a la que se dirigían, se distinguían dos siluetas. El grado de placer que Rand había experimentado desapareció; no estaban solos, seguían los pasos a otra pareja.



Love se quedó escuchando.

—Franceses —dijo.

El primero de cordada llevaba un jersey rojo, hablaba con el segundo y luego volvió a clavar un pitón. El golpe cayó de refilón... el pitón se desclavó. El acero resonó al chocar contra la piedra, salió disparado de rebote y refulgió un momento antes de camuflarse en el brillo del glaciar.

—*Merde*. —Se reían y se gritaban el uno al otro, las voces caían flotando. El primero de cordada estaba intentando fijar otra clavija. También se desclavó, pero la recogió a tiempo. De repente, se dejó caer con un gesto exagerado de impotencia y frustración.

No tardaron mucho en darles alcance. Rand estaba a unos quince pies del segundo. Allí tuvo que esperar interminablemente, sin poder moverse. Se impacientó. Miró hacia arriba.

—¡Fíola! —dijo.

Lo miraron brevemente desde arriba.

—¿Podemos seguir?

Reanudaron sus voces en francés, no respondieron.

De pronto, desde el pie del primero algo se desprendió y empezó a adquirir velocidad.

—¡Piedra! —Rand se abrazó a la pared. Rebotando, describiendo arcos, la piedra pasó de largo. Era del tamaño de una caja de zapatos. Oyó cómo se estrellaba contra la pared, más abajo.

—¡Hijo de puta! —gritó—. ¡Tendrías que estar jugando al golf! ¡No escalando!

Love se le acercó.

—Casi me da —dijo, preocupado.

—La próxima vez nos echará una mayor.

—Procura avisar antes. —Se apoyó resignadamente, con la barba revuelta—. Siempre he sido un poco lento de reflejos. De todos modos, espero que no hayas dicho «mayor» en serio. En una ocasión, se desprendió la pared entera del Blaitière.

—Seguro que fue uno de esos tíos.

—La verdad es que los franceses son buenos alpinistas. Tan buenos como cualquiera. Los italianos también. Los alemanes no me gustan mucho, aunque supongo que hay que contar con ellos de todos modos —puntualizó. Miró abajo. Estaban, más o menos, a medio camino. El glaciar se veía muy pequeño. Le pareció que se encontraba en un lugar —había tenido esa misma sensación muchas veces— donde era posible que las leyes físicas se suspendieran y todo cuanto conocía, todas sus certezas, sus esperanzas de ser, se disolvieran en un instante anárquico. Se veía cayendo.

Esa sensación alternaba con la confianza. Una capa de fragilidad se desprendía y debajo aparecía un ser más fuerte, más espiritual. Casi olvidaba dónde estaba y a lo que se había entregado. Se quedó mirando los picos silenciosos. La inmensidad y la quietud le imponían. En cierto modo, formaba parte de ellos. Tanta majestad enaltecería e incluso justificaría cualquier cosa que sucediera. Se identificaba con la escalada, se sentía inconmensurablemente próximo a su compañero, cuyo carácter admiraba cada vez más.

—Allí está la Aiguille du Géant —dijo, señalando—. Y allá, las Grandes Jorasses.

Rand miraba hacia arriba.

—Vamos a quedarnos aquí toda la noche —dijo.

Por fin les dejaron vía libre. Los franceses iban delante a gran distancia. Love empezaba a cansarse, lo notaba, estaba perdiendo fuerza. La piedra se tornó implacable. Percibía su malevolencia.

Miró a Rand, que iba delante, que no perdía la armonía con la pared, impertérrito: un movimiento por aquí, no era bueno, otro un poco diferente, servía. A veces parecía que no hiciera

nada, ni siquiera tantear la superficie, y de pronto estiraba un brazo, tiraba, buscaba apoyo en una rugosidad con el pie. Procedía a pasos tranquilos y pausas, retrocesos también, como una serpiente que se traga una rana, inmóvil, luego una leve agitación, después una pausa. Cuando algo no funcionaba, se retiraba, cambiaba de posición, flexionaba los dedos para soltarlos y lo intentaba otra vez. Las acciones físicas no son difíciles de imaginar, pero su sucesión interminable, lejos, encaramado a la pared... eso es otra cosa. Y a qué altura.

Love se reanimó y lo siguió. Hubo momentos en los que estuvo a punto de darse por vencido, le temblaban las piernas. Si se caía, la cuerda lo sujetaría, pero más que ninguna otra cosa, más que la vida misma, lo que no quería, a lo que no se atrevía, era a fracasar.

Tramo a tramo, unos más fáciles, otros menos, continuaron hasta la cumbre. No se veía a los otros. Ya había pasado todo. Mientras recuperaban la cuerda, la angustia que Love había sentido, la vergüenza en los momentos de debilidad y pérdida de fortaleza, se esfumaron. No cabía en sí de júbilo. Al parecer, no se había tenido en tan alta estima en toda su vida.

—No ha estado mal la escalada —comentó Rand.

—Como dijo la mujer del autobús cuando vio el Pacífico por primera vez...

—¿Sí?

—Me lo imaginaba más grande.

Bajaron hacia el norte por una ladera cubierta de nieve. Era empinada, tenían que pisar fuerte. De pronto, Love, que ya no pensaba en el peligro, se resbaló. El pie se le escapó y empezó a acelerar.

—¡Frena, frena!

No hizo el menor amago de frenar, sino que siguió deslizándose como una muñeca de trapo, brincando y rebotando como si fuera a romperse. Por fortuna, mucho más abajo la nieve estaba blanda. Consiguió detenerse y se quedó tumbado, inmóvil. Tenía grumos de nieve entre las barbas y los nudillos despellejados.

—¿No me oías? —gritó Rand, acercándose presuroso.

—Te oía, claro —dijo levantando la mirada—. Te oía. Me dije, es mi amigo.

—¿Qué?

—Mi muy querido amigo —dijo Love.

Los baños públicos estaban en el sótano de un edificio llamado La Résidence, al que se accedía *por* un sendero invadido de malas hierbas y unas puertas delgadas. Estaban llenos de gente. Las puertas de las duchas se abrían y se cerraban. Se oía ruido de agua corriente y lenguas extrañas, olía a vapor de agua. Una mujer con zapatillas de felpa cobraba un franco por cabeza.

La mujer conocía a Love. Le preguntó dónde había ido a escalar.

—A Pointe Lachenal —dijo sin darle importancia.

—*Tres bien* —dijo ella. Tenía el pelo negro y los dientes dorados. Echó una ojeada al hombre que estaba sentado a su lado.

—*Avec ce monsieur?*

Love le dijo que sí.

—¿Por qué crees que tardan tanto? —preguntó Rand. Miraba las puertas de las duchas.

—Se lavan la ropa ahí dentro. Está prohibido, claro.

Seguía llegando gente a las puertas. Algunos, al ver la cola, daban media vuelta. De repente, Rand se irguió en el asiento.

—¡Oiga! —gritó.

Vio el jersey rojo, el que escalaba delante de ellos. Se puso en pie de un brinco.

—¡Oiga, usted!

Echó a correr por el pasillo. Cerca de la puerta, agarró al del jersey y lo retuvo con fuerza.

—Oiga, mire. La próxima vez —lo decía despacio, para hacerse entender—, voy a tirarlo yo montaña abajo, maldita sea...

El hombre lo miraba con total desconcierto.

—¿Entiende?

Le respondió una rotunda voz inglesa.

—No, en absoluto. ¿Qué es lo que pasa?

—¿No estaba escalando Pointe Lachenal?

Cuando Rand lo soltó, el inglés se recompuso la ropa. Parecía aún más pequeño y receloso, como una tortuga a punto de esconder la cabeza.

—Lo siento. Había un tío en la montaña con un jersey como el suyo.

—Me lo imagino —contestó.

Además de un jersey rojo, John Bray tenía una cazadora de cuero sucia y cara de ladrón. Fumaba tabaco francés. Le había salido una ampolla en los labios. Tenía unos veintidós años.

—Los guías están buscando al canalla que va quitándoles los clavos —dijo. Llovía. Estaban sentados en el National, dentro; el suelo estaba sucio de botas mojadas—. No les hace ninguna gracia.

—Peor para ellos.

—Les estás jodiendo la función.

—Anda ya. Yo también fui guía —dijo Rand.

—¿De verdad? ¿Dónde?

—En los Tetones.

—No había oído nunca ese nombre. Seguro que son unas montañas nuevas.

—¿Te suena el Himalaya?

—¿Hima... qué? —dijo Bray. Entonces bajó la voz—. Cuidado, ahí vienen.

Entró un grupo de japoneses mirando a todas partes en busca de una mesa vacía.

—Hola —dijo Bray saludando con la mano cuando pasaron apretujados a su lado—. Buen tiempo, ¿verdad?

Los japoneses asentían con la cabeza y le daban la razón un tanto confusos.

—¿Se han divertido los montañeros? —preguntó.

Por fin le entendieron.

—¡Oh, sí! Montañelos —dijeron.

—¿Dónde han estado? ¿En el Triolet? ¿En Grépon?

—Sí, sí —dijeron.

—¡Suerte! —Los despidió agitando la mano, sonriente—. Simpáticos hombrecillos —comentó a Rand en un aparte—. Vienen de miles en miles.

—Ya me lo han contado.

—¿Qué te han contado?

—Lo del nipón en el aire.

Bray soltó una carcajada sardónica y nasal.

—¿A qué te refieres? No sé nada de eso —dijo.

Fuera llovía a rachas. El camping estaba inundado, los senderos, resbaladizos de fango. El National, conocido con el nombre de Bar Inglés, era barato y no tenía adornos. Existe un tipo de cara inglesa que podríamos llamar cruda, como si no valiera la pena terminarla del todo o darle un toque de color. El local estaba lleno de caras así.

—Aquí nunca deja de llover —dijo Bray—. Hay que esperar lo que llaman un *beau fixe*, una racha de buen tiempo. Entonces, todo es perfecto.

—¿Adónde piensas ir entonces?

—¿Te refieres a escalar? No lo he decidido.

—¿Quieres que hagamos algo?

—¿En qué estás pensando?

—¿Conoces el Fréney?

Bray lo miró.

—¿Te referías a eso?

—¿Te interesa?

—Sí, es posible.

—Entonces, ¿por qué no?

—Hum... serían un par de días allí arriba, ¿no?

—No creo —contestó Rand. En realidad, no tenía una idea clara. El Fréney era un contrafuerte inaccesible y enorme de una de las vertientes del Mont Blanc donde habían tenido lugar tragedias famosas.

—Fue donde Bonatti se metió en todo el lío, ¿verdad?

—¿Fue Bonatti?

—Sí, seguro, sería interesante —dijo Bray.

Tenía un cigarrillo grueso entre los pequeños dedos y la cabeza inclinada hacia delante como si recelara. Era enlucidor. El alpinismo había cambiado desde la guerra. Lo que anteriormente era feudo de hombres universitarios había experimentado la invasión de la clase trabajadora, que hacía sus primeros pinitos en las montañas de Escocia y Gales y después viajaba por todas partes, recelosa y hosca. Venían de las ciudades renegridas de Inglaterra: Manchester, Leeds. Llevaban a las montañas las mismas características —rudeza y cinismo— que les permitían sobrevivir en las barriadas. Carecían de credo y de código. Tenían mala dentadura, malos modales y una ambición: conquistar.

Por una curva en cuesta, la calle en la quietud del amanecer, a la hora en que los postigos todavía están cerrados y lo único que diferencia este siglo del anterior son coches vacíos, alienados siguiendo las alcantarillas, iba Rand. Llevaba una mochila grande y una cuerda. No se encontró con nadie, prácticamente..., una mujer solitaria en dirección contraria y un gato blanco rabón que cazaba en un jardín. Cuando se acercó, el gato se escondió en unos arbustos. La cola, apenas visible, era completamente negra.

En la estación del teleférico ya había gente esperando. Aguardaban en silencio, algunos mordisqueaban trocitos de pan, y lo vieron acercarse. Bray no había llegado. Varios guías con el distintivo azul de esmalte se encontraban con sus clientes. Se descargó de la mochila. Dos o tres rezagados llegaban por la calle. Tenía la sensación de ser de cartón y estar esperando entre otras figuras de cartón, algunas de las cuales murmuraban un par de palabras de vez en cuando.

Se produjo cierto movimiento: el vendedor de billetes había entrado en el cuartito de la ventanilla. La gente, como animales seguros de que van a echarles de comer, empezó a apretujarse cerca de las puertas.

En el último momento, una persona llegó apresuradamente y se le acercó. Era uno de los escaladores ingleses, con un grueso jersey y pantalones de pana.

—John no puede venir —dijo—, ha pillado un virus.

—¿Cuándo?

—Esta mañana. Le duele la garganta.

Habían abierto las puertas. La gente avanzaba. Volver al campamento era un paseo largo. Había preparado el equipaje la noche anterior colocándolo todo en un orden determinado.

—¿Quieres esperarlo aquí hasta mañana?

—No —dijo Rand.

—De todos modos, tú no vas, ¿verdad?

—Dile que espero que no sea nada grave.

Fue de los últimos en comprar el billete. La cabina del teleférico se bamboleó levemente cuando entró. Se puso nervioso un momento, como si hubiera cometido un error fatídico, pero enseguida empezaron a subir por encima de los pinos ascendiendo en ángulo cerrado. La ciudad se encogió, se apretó y desapareció. Se deslizaban hacia arriba silenciosamente.

Bray estaba en un saco de dormir, con la ropa esparcida por ahí. Se incorporó apoyándose en un hombro.

—¿Lo encontraste? —preguntó.

—Sí, allí estaba. Le dije que estabas enfermo.

—¿Y qué dijo?

—Subió, de todas maneras.

—¿Subió? —repitió Bray.

El sol había salido. Llenaba los árboles de luz. Bray tuvo un momento de remordimiento. El día estaba despejado, las montañas invitaban a acercarse.

—No iría solo —dijo Bray.

—A lo mejor se encuentra con alguien, allá arriba.

—Sí, hay cola.

—¿Es el que te dijo que te tirarían montaña abajo?

—Lo has entendido al revés.

—¿Ibas a tirarlo tú?

—No —lo cortó Bray en seco—. ¿Le dijiste que iría mañana?

—No creo que te lo vayas a encontrar tan fácilmente.

El cielo estaba completamente despejado, de un color perfecto, idóneo para escalar. Bien entrado el día, el tiempo se quedó en suspenso de golpe. Se levantó un poco de viento. Súbitamente, por ensalmo, unas cintas grises aparecieron en el aire y, como anunciándolas, un trueno. Los escaladores descendieron a toda prisa. Empezó la lluvia, que a mayor altura podía ser nieve.

El estruendo despertó a Bray, que estaba durmiendo inquieto. Se sobresaltó. Veía algo en la oscuridad. La temperatura había bajado mucho. Fuera, la lluvia sacudía la hierba del prado. Sus pensamientos, un tanto confusos, se centraron rápidamente en el Freney. Se imaginó allí. Como un gran barco, en ese momento, el pico navegaba entre nubes y oscuridad. De pronto cayó un relámpago muy cerca. Un trueno ensordecedor. El silencio volvió enseguida y, entonces, como escombros infinitos, empezó a nevar copiosamente.

A la mañana siguiente, se levantó temprano y fue a la ciudad. El servicio de rescate estaba en un edificio contiguo a un garaje. Seguía lloviendo. Había bicicletas en el vestíbulo; arriba se oyó un portazo. Dos hombres con sombrero y jersey azul bajaron por las escaleras. Pasaron a su lado y salieron.

En el segundo piso había un tablón de anuncios y un despacho. Una radio de onda corta estaba en marcha. Nadie hablaba inglés. Por fin, llegó una persona al mostrador que sí lo hablaba.

—¿Sí?

—Quiero dar parte de un desaparecido.

—¿Dónde?

—En el pilar central del Freney.

—¿Cómo lo sabe? ¿Estaba usted con él? —preguntó el guía.

—No, está solo —contestó Bray.

—¿Solo? —El guía tenía un oído puesto en la radio, y se rió de ella con los demás, de repente. Bray aguardaba—. ¿Por qué está solo? No podemos hacer nada hasta que pase la tormenta, ya sabe.

—¿Cuánto se calcula que va a durar? —preguntó Bray.

Los franceses siempre hacían lo mismo. Jamás contestaban a una pregunta, fingían que no la entendían. Esperó hasta que el guía, que no tenía nada más que hacer, se acordó de él otra vez y dijo:

—Vuelva mañana.

—Muchas gracias —contestó.

No habían tomado nota, no le habían preguntado el nombre. Bajó. Había dos furgonetas de policía aparcadas en la acera de enfrente. Llovía como en invierno en Inglaterra, esos días de ir a trabajar mientras los coches, con las ventanillas subidas, el interior seco y cálido, pasaban salpicando. Estaba acostumbrado a trabajar en ambientes fríos, en casas sin calefacción, y a salir los fines de semana a escalar a pesar del frío también, no es que fuera una estrella meteórica como Haston o Brown —se necesitaban grandes escaladas para eso, escaladas increíbles—, pero se acercaba bastante. Merodeaba por el borde de las cosas en espera de su oportunidad. Era capaz de escalar tan bien como cualquiera de ellos. Quizá le faltara confianza en vías absolutamente imposibles, el afán de atreverse con ellas. Quizá llegara. En cualquier caso, él se mantenía a la

espera.

Volvió en plena lluvia. Cuanto más durase la tormenta, menos posibilidades quedaban. Allá arriba hacía frío, se estaban formando grandes e invencibles placas de hielo. Todas las rugosidades de la roca estarían ocultas, las vías borradas.

Tenía suerte, podía haber estado allá arriba. La diarrea lo había salvado.

—No podía ir —diría muchas veces, más tarde—. Tenía mucho que hacer.

Fue una ironía de las que marcan las vidas de riesgo.



En el silencio de las cumbres y los valles, apagándose y volviendo de nuevo por el aire, se oía el rugido sordo e inconfundible de los rotores. A lo lejos, el helicóptero parecía un insecto volando oblicuamente sobre los neveros, deteniéndose y prosiguiendo.

Había dejado de llover. Se veía el cielo azul detrás de las nubes. La nieve lo cubría todo en las altas regiones, todo lo horizontal, todos los salientes. Las cumbres seguían veladas, el frío se adhería.

Un alpinista estaba atrapado en el pilar central del Fréney, eso era lo que decían. El ruido del helicóptero de rescate yendo de un lado a otro era cada vez más ominoso, como uno de esos desastres que no se anuncian pero el silencio lo dice todo. Era normal que se produjeran accidentes. De vez en cuando, uno se destacaba por inevitable y horroroso. Los casos verdaderamente crueles nunca se olvidaban, se integraban en el alpinismo como los crímenes famosos se integran en una época.

La búsqueda cesó al final de la tarde. Se había avistado una silueta solitaria en el glaciar. Al mediodía siguiente, sucio y agotado, con la mochila colgada de un hombro, Rand llegó andando por el sendero del campamento. No miraba ni a izquierda ni a derecha, como si no hubiera un alma más en la tierra.

Love estaba sentado fuera de la tienda de campaña y lo llamó. Rand siguió andando. Sacó una botella de vino del interior de la parka. Estaba descorchada. Sin dejar de andar, empezó a beber.

Al llegar a la tienda, sencillamente se arrodilló y desapareció dejándose caer hacia delante, con los pies fuera. Al cabo de un momento, los recogió.

Bray lo encontró tumbado allí, con los ojos abiertos todavía.

—¿Qué pasó? —le preguntó.

Rand dejó vagar la mirada lentamente.

—Creí que bajarían con un cadáver congelado —dijo Bray. Esperó... no hubo respuesta.

Entonces:

—Menudo pedazo de *beau fixe*.

—¿Hasta dónde llegaste? ¿Dónde estabas?

Rand había cerrado los ojos al acostarse, pero sólo un momento. Se le habían abierto solos. Estaba allí tumbado hirviendo de palabras, como un moribundo que no puede confesar, que se las llevará consigo a la tumba.

—Me pilló por sorpresa —dijo por fin—, empezó tan de repente... No me dio tiempo a hacer nada. Llegué a una cornisa pequeña. Al principio sólo llovía...

—¿Y después?

—Me quedé allí. Toda la noche y el día siguiente.

—¿No tenías miedo?

—¿Miedo? Estaba paralizado —dijo—. Pensé que había hecho el imbécil. Me equivoqué, no tenía que haber subido, no sabía nada. Es normal que me pasase.

Algunas caras más se asomaron tratando de ver algo. Rand hablaba tan bajo que no lo oían.

—Por fin vi claro que tenía que intentar el descenso —dijo—. Hice un tramo en *rappel*. La

cuerda estaba congelada. Tenía las manos entumecidas. Hice agarres con el pico. Tenía miedo de perder el piolet, se me caería de las manos y ahí terminaría todo.

—¿Te encontraron? Avisé a los de rescate.

—Pasaron volando. No sé si me vieron.

Bray asintió. Se avergonzó de lo que había sentido antes, de haber dado por muerta a una persona con tanta facilidad. La voz grave y sin fuerzas parecía venir de profundidades incalculables, de un hombre interior. La cara exhausta lo afectaba hondamente. Veía en ella la derrota, la renuncia. En ese momento, algo le unía a Rand, le habría gustado expresarlo, pero permaneció en silencio. En cambio, agarró la botella.

—¿Quieres un poco? —preguntó.

Rand negó sacudiendo la cabeza.

—No está mal —dijo Bray tras beber—. ¿Dónde lo compraste?

—No me acuerdo.

Se durmió. Tenía las botas puestas. Yacía en medio del desorden de la retirada, las uñas negras de suciedad. Durmió dieciocho horas, pasaba gente por el camino. En la ciudad ya se hablaba de su aventura.

En otoño alquiló una habitación detrás de la *papeterie*, pasado el punto muerto de los Moulins, en una casa a la orilla del río. El campamento se quedó vacío, la ciudad se volvió silenciosa. La luz de septiembre lo inundaba todo. Un sol ardiente y holgazán llenaba los días.

Se oían melancólicos cencerros en los prados altos, la vida encerrada de los lugareños, los bosques fríos y verdes... todo hablaba de la estación. Las cimas se tornaban más oscuras, abandonaban la vida. El Blaitière, el Verte, las Grandes Jorasses por encima del glaciar, empezó a verlos con otros ojos, sin ansiedad ni confusión. El cielo que los cubría había cambiado, era un cielo sereno, misterioso, con el color azul de los últimos viajes.

Tenía el pelo largo, se estaba dejando barba: ya se le abría en abanico, tupida y ancha, como a los profetas del Antiguo Testamento. Lo conocían en las tiendas, donde había empezado a balbucear francés. Era honrado, era seco. Por la noche, volvía a su habitación con la punta de una estrecha barra de pan asomando por la mochila.

Más tarde vivió en una habitación situada detrás de un museo pequeño, el Musée Loppe, que se encontraba al final de un corredor y, después, en el ático de una casa cercana a la estación, una casa grande con postigos verdes y paredes descoloridas. Se entraba por la cancela del jardín, desde un callejón en sombra. Dos mesitas auxiliares se oxidaban cerca de la puerta. Dentro había un olor cálido y opresivo a comida y tabaco. Su habitación tenía un pequeño tragaluz y un balcón de doble hoja con cortinas que habían sido blancas en otro tiempo. Enfrente había un garaje y la parte de atrás del Hotel des Etrangers. La lluvia repicaba en el tejado metálico. De vez en cuando se oía el suave traqueteo del tren.

Se paró en Sport Giro a mirar unas botas del escaparate. El propietario, desde la puerta, le hizo señas para que entrara.

—*Merci*.

—¿Habla francés? —dijo Giro.

La dependienta apenas lo miró. «Con esa pinta, no hace falta hablar», comentó en francés. «A la larga, algo hay que decir, además de “gracias”», contestó Giro. «¿Por ejemplo?», replicó ella.

Una expresión resignada se definió en la fea cara de Giro.

—No lo he entendido del todo —dijo Rand.

—No es nada.

La chica se había vuelto de espaldas. Tenía una forma de distanciarse rayana en la insolencia que lo molestaba. En general, habría sabido responderle, pero el idioma lo desconcertaba.

Pensó en ella al día siguiente en los baños. El agua le caía por todas partes, brillante sobre la piel. Allí se sentía más seguro, más suelto. Soñó que la poseía, sueños gratificantes. Ella aporreaba la pared con las manos, él se movía entre gritos...

La mujer de la bata floreada le preguntó:

—*Vous êtes anglais, monsieur?*

Cuando supo que no, le habló con franqueza. Los ingleses eran muy sucios. Hasta los árabes eran más limpios. ¿Había estado en Inglaterra?

—¿En Inglaterra? No —dijo él.

Ella sonrió inesperadamente.

Trataba con poca gente: la mujer de las Douches Municipales, Remy Giro, un desconocido muy de vez en cuando. Había una cajera en la Banque Payot que lo miraba de una forma peculiar. Tendría unos treinta, y una cara estrecha que ocultaba algo, como la de las mujeres que echan la vida a perder por culpa del amor. Se quedó mirando el aburrimiento y la inexpresividad con que contaba fajos de billetes de cien francos para un ejecutivo bien vestido. Cuando Rand se acercó, ella levantó la mirada un instante. Estaba preparado. Fue como si la sujetara por el brazo. A veces la veía desde la calle, entre los *barrotes* de la ventana. Estaba casada, lo sabía. Se había fijado en la alianza de oro del dedo.

El tiempo refrescó, cayó la primera nieve. Era precioso, seductor incluso, cómo se asentaba la oscuridad y empezaba a nevar mansamente. Le pareció que pasaría el invierno con holgura, pero a medida que transcurrían las semanas empezó a comprender lo mucho que se había equivocado. Se había arriesgado en exceso. Era como una travesía por un país desolado en un coche muy pequeño. Se formaba hielo en el parabrisas, el horizonte se veía blanco. Si el motor fallase, si por azar se saliera de la calzada...

No había tenido en cuenta la soledad, el frío tremendo. Le pareció que había cometido un gran error. Había varado. Los postigos de las ventanas se cerraban *por* la noche. Su habitación no tenía calefacción, en realidad nunca entraba en calor. En la radio oía anuncios de chicas que desaparecían de casa: fueron las primeras cosas que pudo entender... «Seize ans, minee, lorgeur un metre quatre-vingt, yeux verts, cheveux longs, châtains. Téléphonez 53.36.39», etc. A veces entendía palabras sueltas de las noticias.

Era como si la batalla se hubiera trasladado a otra parte y lo hubieran dejado atrás en una ciudad extranjera. Todo el mundo se había ido, estaba invernando solo.

Encontró un trabajo ilegal —no tenía permiso—, de barrendero en una tienda de electrodomésticos en la carretera de Ginebra. Estaba detrás del Hotel Roma; las ventanas iluminadas y los coches aparcados se mofaban de él cuando pasaba por la noche, de camino a casa.

Pensaba en Louise prácticamente todos los días. «Sí, ven, ven ahora mismo», le escribía desde un café desangelado, llenando hoja tras hoja. Las releía despacio y al final mandaba una postal. Caían nevadas tremendas sin parar, las montañas relumbraban por encima de la ciudad; los sábados, la paga, un sobado billete de diez francos. No había caminos fáciles en este mundo.

Una noche en una esquina vio a la cajera del banco leyendo el cartel de una película. Estaba sola. El corazón le dio un vuelco. Se le acercó.

—*Bonsoir.*

Ella no contestó. Se dio la vuelta y lo miró como juzgándolo fríamente.

La primera vez que lo vio se estremeció. Se sabía susceptible a cierta clase de hombres, les entregaba la vida. Los ojos, la tez bruniada... era su tipo, lo dejaría todo por él, ya lo había hecho dos veces.

Él no lo sabía. Apenas podía hablar con ella a causa del idioma, y ella no parecía dispuesta a abrir la boca. Tenía una expresión descarada, desafiante. Su marido estaba ausente, de visita en casa de sus padres. Tenía un hijo.

Pasaron por la orilla del río, el agua bajaba con estrépito. Rand sentía un dolor casi físico a su lado, tan grande era el deseo. Quería mirarla, contemplarla abiertamente, verla fumar un cigarrillo, quitarse la ropa. Se llamaba Nicole Vix.

Consiguió besarla en un portal. No iba a decirle dónde vivía. Ella estaba como si hubiera dado el último paso con unos tacones torturadores. Apoyó la cara en el pecho de Rand y se dejó tocar los

senos.

La vio en el banco al día siguiente. No era dada a la sonrisa. Rand no sabía cómo comportarse... no podía acudir al banco a diario. Además, el marido estaba a punto de volver. Habían intercambiado señales de pasión pero, por lo visto, no iba a poder verla otra vez.

Pasó el invierno. Era difícil recordar qué se había hecho de los días, se desdibujaban como los de la escuela, el primer curso, el peor. Mirándolo, no se adivinaba que hubiera estado tan solo, que se hubiera quedado al margen de la sociedad envidiando la luz y el calor, deseando formar parte de ella, resuelto a no integrarse; nada de todo eso se reflejaba en su cara.

En las alturas, las *aiguilles* relumbraban. Las montañas estaban dormidas, los glaciares, ocultos por la nieve.

Había una sola tienda de campaña en el prado. De lejos, parecía la primera de la temporada, de cerca, la última superviviente. Dentro, resultaba acogedora, unos libros alineados en una piedra plana, una lámpara de alcohol, unas pocas fotografías enrolladas al mástil, pegadas con celo.

La hierba ya llegaba a las rodillas, salpicada de las primeras flores. Era mayo. Enormes babosas del tamaño de un dedo pasaban lentamente entre las piedras. Por abajo discurría la estrecha carretera que se convertía en el sendero a Montevideo, aunque nadie lo tomaba en esa época del año. Arriba, el cielo azul de Francia. Una furgoneta se había detenido en la carretera, ligeramente inclinada, como atascada.

Una silueta solitaria llegó con paso resuelto por la hierba, dándose la vuelta completamente de vez en cuando. Rand observaba. El invierno había terminado pero se encontraba singularmente inanimado, cansado de sí mismo y de la soledad a que se había visto sometido. Parecía que nada pudiera ponerle fin. Estaba tumbado a solas entre sus escasas pertenencias como un herido, cuando una alegría súbita lo desbordó, como un naufrago al ver a un teniente naval de blanco saltando a la playa. El cabello rubio brillaba al sol.

—¡La hostia! —dijo.

—Hola, chaval —era Cabot.

—No me lo creo. ¿Qué haces aquí?

—Buscarte.

—No mientas. ¿Cómo me has encontrado?

—No ha sido difícil. —Buscó donde sentarse—. Por lo visto, en la ciudad todo el mundo sabe dónde estás.

—Sí, he hecho muchas amistades —dijo Rand.

—Apuesto a que sí. —Lo miró detalladamente—. Entonces, ¿qué tal te lo has pasado?

—Bueno, nieva mucho por aquí. Viene mucha gente, sobre todo franceses, italianos. No sé quiénes son. ¡Cuánto me alegro de verte! ¿Has venido solo?

—No. Ven, baja conmigo a la furgoneta.

Rand se levantó. Todavía no podía creérselo.

—Dime ¿vas a quedarte una temporada? —preguntó.

Desde la carretera, Carol Cabot los vio ponerse en marcha, su marido rodeando los hombros del otro con el brazo, andaban y de repente echaban a correr, pero no en línea recta sino en grandes círculos ebrios. Les oía dar voces... era Rand, daba saltos enormes y agitaba los brazos desafortadamente. Llegaron corriendo hasta ella.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Aquí está —contestó su marido.

Apenas sabía quién era Rand, prácticamente no lo reconoció. Trató de recordar cómo era. Sólo lo había visto unas pocas veces y conservaba la imagen de una persona alta, segura, con el pelo sucio y una especie de energía secreta. Ahora parecía un forajido. Olía a corteza de árbol y humo.

—Hola —lo saludó—. Cuando Jack dijo que estabas por aquí, pensé que nos costaría trabajo encontrarte.

Era de Arizona, abierta y optimista, más refinada que su marido en determinados aspectos. Cuando paseaban por las calles de la ciudad, era elegante, soñadora. Iba en manga corta, con los brazos cruzados, una mano en cada hombro. Se detenía en un escaparate mientras Rand y su marido seguían adelante y, después, los alcanzaba paseando sin apurarse. Cabot nunca se volvía a ver dónde se había ido. A veces la rodeaba con el brazo sin dejar de hablar, cuando estaba cerca. Entonces ella se quedaba. Muchas veces parecía no escuchar.

Cabot estaba más fuerte. Había trabajado de carpintero, haciendo armazones con un martillo pesado. Tenía los brazos muy desarrollados.

—¿Has aprendido mucho francés? —le preguntó.

—No mucho.

—¿Cómo? ¿No te has echado una novia francesa?

—No me he echado ninguna novia.

Cabot lo admiró inmensamente de pronto.

—No me lo creo —dijo Carol con calma.

—No es que no me lo planteara.

A pesar de su aspecto —como si llevara la ropa de dos o tres compañeros caídos— lo encontraban francamente bien. Le brillaban los ojos. Estaba pletórico de vitalidad. Hablaron de ello después.

—Parece una especie de santón —dijo Carol.

—Natty Bumppo, más bien.

—¿Quién?

—El cazador de ciervos.

—Ya sabes que soy tonta. ¿Quién es ése?

Lo llevaron a comer a Le Choucas... Quizá fuera la cara de Carol, o el bienestar que representaban, pero los transeúntes se volvían a mirarlos. Al día siguiente fueron a Saint Gervais y al valle de al lado. Entre los chalets nuevos había casas de campo antiguas, con el tejado de piedra. Las montañas eran enormes y blancas.

—¿Qué tal las condiciones ahí arriba, ahora?

—Todavía hay mucha nieve —dijo Rand—, pero dicen que está compacta. Hace unos días oí hablar de eso. La cuestión no es la cantidad que haya, sino el estado en que se encuentre.

—Seguro que alguna escalada podremos hacer... Me gustaría empezar a ponerme en forma.

—Tienes buen aspecto.

—Estaba nervioso lejos de aquí. Empecé a pensar en ti, por ejemplo. Hay algunas rutas que no me gustaría que hicieras sin mí.

—Creo que no tienes nada que temer.

—A lo mejor por el momento no, pero me preocupa. Hay rutas en las que no se puede dejar de pensar. No hay forma de que se te olviden. ¿No te pasa nunca? —Hizo una pausa—. El problema es que hay otra gente que puede hacerlas. Eso me quita el sueño.

—Entonces, dime, ¿en qué estás pensando?

—Tendremos que prepararnos.

—Suéltalo, vamos —dijo Rand.

Cabot seguía con evasivas.

—Tendremos que ponernos en muy buena forma.

—¿Para qué?

Cabot esperó.

—El Dru —dijo.

—¿Estás de broma? Te referirás a algo fácil.

—La directa por el centro.

Una singular pared de granito, gris y aislada, se elevó en la imaginación de Rand separada del paisaje, más inconfundible aún. Oscuro, con líneas negras que caían como lágrimas, un templo babilonio derrumbado por los siglos, las columnas y pasadizos desgajados, los enormes fragmentos cayendo desde miles de pies de altura hasta estrellarse en las lajas de la base, legendario, inescalable durante décadas: el Dru.

Rand miró al suelo.

—El Dru... —sonreía tímidamente, casi cohibido.

—¿Qué te parece?

—Jack, te esperaba —dijo.

La montaña es como un obelisco descomunal. Las primeras escaladas se realizaron por las vías más fáciles. La cara norte no se conquistó hasta 1935, tras años de infructuosos intentos. La oeste, la más difícil de todas, permaneció imbatible hasta después de la guerra. Por fin, se escaló en 1952.

La cara oeste parece una aguja, imponente. Es como un capitel. No se adivinan, desde delante, toda su profundidad y su poder. Desde el valle —Les Tines—, se aprecia que no es un simple dedo sino una cabeza poderosa, la cabeza de un dios.

La ruta habitual arranca a la derecha, sube por un empinado *couloir*, que es un canal de desprendimientos de piedras, donde varios alpinistas han muerto. Desde la parte superior del *couloir*, una serie de repisas acercan al centro y, desde allí, la vía continúa más de mil quinientos pies por una pared implacable.

Esa ruta no les interesaba.

Hay escaladas tediosas que exigen un esfuerzo brutal, casi una especie de destrucción. Escalar sin agarres, sin líneas naturales, trabajar contra la inclinación de la roca, por así decirlo, es feo, si bien esencial en ocasiones. La forma más elegante es menos común, como una especie de amor. Entonces, el intento más arriesgado se convierte en belleza por su perfección, aunque conlleve la caída y la muerte. Existen debilidades en la roca, fallas por donde se puede superar la ausencia total de irregularidades. Descubrir las y unir las unas a otras es la forma de alcanzar la cumbre.

Existen algunas rutas de osadía y lógica abrumadoras. La ideal es, naturalmente, la puramente vertical. Si se pudiera ascender, o casi, por el camino que tomaría una piedra al caer desde la cumbre, y escalar sin desviarse apenas a derecha ni a izquierda, por imposible que parezca, se dejaría atrás algo inextirpable, una vía que llevaría más allá de una mera cumbre.

Esa vía se llama la directa.

En junio, después de tres semanas de escaladas menores, fueron caminando hasta Montenvers por el empinado sendero que serpenteaba entre bosques. Desde allí se avistaba el perfil clásico del Dru, un poco ensombrecido por las montañas de detrás, lejano, remoto. Descendieron hasta el glaciar, que parecía un río invernal al pie de la estación y el hotel.

El glaciar sólo es peligroso cuando está cubierto de nieve. Ese año se había derretido pronto. Tenía la superficie gris de polvo de roca y arrastraba bloques de granito de todos los tamaños. Rebasaron a otras dos personas, un hombre y una mujer, sordos los dos: caminaban en silencio haciéndose gestos el uno al otro. Las grietas azules exhalaban un aliento frío y un murmullo de reguero de agua. Subieron la empinada orilla del lado opuesto y entraron en un sendero apenas visible que zigzagueaba entre matorrales y pinos pequeños. Hacía calor. Marchaban sin hablar. El Dru, visible desde el glaciar, se había ocultado tras las crestas que se interponían. Después, al mirar



hacia arriba, lo vieron de nuevo, la punta solamente, como el mástil más alto de un barco y, luego, poco a poco, el resto. Continuaron el camino largo y empinado. Ya habían pasado tres horas. Se terminaron los árboles y los matorrales, había retales de nieve. Por fin, llegaron a la protuberancia que sobresalía como una isla entre neveros, al pie del Dru, el *rognon*, lo llamaban.

Era mediodía. El cielo estaba limpio, el aire quieto. La mítica pared se elevaba por encima de ellos como venciéndose ligeramente hacia atrás. La luz se derramaba en la cima. Había nieve en el gran *couloir*, nieve en las altas repisas. La roca tenía zonas claras, casi oxidadas. Había placas enormes así, doradas por el paso del tiempo. Se oyó un susurro débil y después un estrépito. Provenía de la derecha. Vieron un elegante caudal de piedras bajando por la pared, la nieve corría delante rompiendo como las olas del mar. El ruido murió lentamente. Se hizo el silencio. El aire era frío. Rand se quitó la mochila y miró hacia arriba.

—Menudo pedazo de roca.

Cabot asintió. En la sombra húmeda y fría, era como si hubieran llegado a nado hasta allí y hubieran emergido. El aire frío era como una lluvia fina, tenían la cara borrosa.

Se sentaron a estudiarlo en detalle. Descartaron el *couloir*. Se desviaba mucho a un lado, además de ser el punto de partida de la ruta normal, pero el resto era una inmensa pista repleta de desplomes y lajas puestas boca abajo. Sin embargo, casi enfrente de ellos, parecía distinguirse una falla oblicua que conducía a un grupo de arcos. Saldrían a una especie de repisa, quinientos pies más arriba.

—Después hay una serie de grietas —comentó Cabot. Eran débiles vías verticales; casi desaparecían en algunos tramos. Era difícil percibir si realmente desaparecían. Podía haber una forma de unirlos.

Cabot miraba con prismáticos... eran de poco alcance, la imagen se movía, saltaba. Y más arriba, una pared extraplomada encima de la cual se encajaba un bloque enorme, el famoso *bloc coince*. Después, vía libre. Continuarían por la ruta normal el resto del camino.

Pasaron horas estudiándolo, fijándose en todos los detalles. Rand tomaba notas con un cabo de lapicero. El sol salió por el flanco izquierdo y pegó de lleno en la pared inundándola de una luz vasta y sobrenatural.

—Creo que esto es todo —dijo Cabot por fin.

Rand miró un rato por los prismáticos antes de ponerse en marcha. No dijo nada. Tenía cierta sensación de solemnidad.

Una gran montaña es asunto serio. Lo exige todo del escalador, absolutamente todo. Tiene que ser difícil y también bella, tiene que grabarse en la memoria como una imagen inolvidable. Tiene que ser impoluta.

—¿Cuánto crees que tardaremos?

—Dos o tres días —dijo Cabot.

—¿Cuántos pitones?

—Creo que todos los que tengamos.

—El peso será un problema.

Cabot no contestó.

—Es una vía tremenda —dijo, mirando hacia arriba por última vez—. Puede que nos lleve directos a la cima, ¿sabes? —O más allá.

Estaba bañándose en mar abierto. Había algo allá lejos, una persona; en el aire zumbaban unos gritos débiles, evanescentes. Los brazos le pesaban, las olas se hacían más profundas. Trató de llamarse a sí mismo, la voz se perdía en el aire. Una persona se estaba ahogando, le faltaba valor para acudir en su auxilio. Estaba dándose por vencido. Le pesaba el corazón. Se despertó súbitamente. Había sido un sueño. Eran las dos de la madrugada.

Siguieron horas de pensamientos que se repetían una y otra vez. La cara oscura de las montañas ocupaba no sólo el insomnio sino el mundo entero. Sólo en determinados momentos revelarían su frialdad, sus terrores ocultos. Así estuvo desde mucho antes del alba, víctima de esos temores. Las horas difíciles que preceden al asalto. Ya tenía los ojos cansados de imágenes de lo que estaba por llegar, lo milagroso se le había escurrido entre los dedos.

El tiempo no había sido bueno. El retraso le atacaba los nervios. Todas las mañanas se despertaban con cielos encapotados o repiqueteo de lluvia. Todo estaba dispuesto, cuerdas, clavijas, repuestos. Todos los días transcurrían de vacío.

En los Alpes el tiempo es crucial. Las tormentas repentinas son la causa de la mayor parte de los desastres. La aparición inadvertida de unas nubes; un cambio de viento, aunque parezcan insignificantes, pueden ser peligrosos. Además, el sol funde el hielo y la nieve en las máximas alturas y, a veces, rocas de tamaño increíble se desprenden y caen. Suele suceder por la tarde.

Es preciso conocer las montañas. La velocidad y el buen criterio son esenciales. El dilema clásico siempre es el mismo: retirarse o seguir adelante. Llega un momento en que es más fácil seguir hasta arriba, cuando la cima, en realidad, es la única forma de salir. En ese momento se necesita fortaleza.

Por fin despejó. Fueron andando a la estación. Llevaban mochilas enormes, al menos pesaban cincuenta libras. Las cuerdas les colgaban de los hombros, al moverse hacían un ruido amortiguado de metales, como las armaduras.

Sentía el pecho vacío, las manos ingravidas. Notaba una falta de densidad, la fortaleza para agarrarse a la existencia, para permanecer en la tierra, como si ya fuera una especie de cáscara que el viento pudiera llevarse.

Esa gran mañana, jamás olvidaría esa mañana. Carol estaba entre los turistas. Había llegado un grupo de escolares con sus maestros, iban de excursión a la Mer de Glace. Rand estaba cerca de un poste que sujetaba el techo. El sol le calentaba las piernas. La ropa, diferente de la de ellos, las barras de pan sobresaliendo de la mochila y el equipo lo singularizaban. Lo rodeaba una especie de distinción, como si estuviera marcado para otra clase de vida. Esa distinción lo era todo.

Subieron al tren. Había sitios vacíos alrededor. Entre los gritos de los niños, el murmullo suave de la conversación de las parejas, jóvenes con jersey de cachemir alrededor del cuello, sonó un silbato agudo. El tren se puso en marcha. Carol lo acompañó hasta el final del andén.

El valle quedó atrás. Enfrente, él Brévent se alzaba como un muro, un sendero difuso zigzagueaba montaña arriba. Un anciano inglés y su mujer ocupaban los asientos de al lado. El hombre llevaba un sombrero de ala vuelta. Tenía manchas en la cara.

—Cuánta belleza, ¿no? —dijo.

—Me gusta más el Cervino. El Cervino es mucho más bonito —contestó la mujer.

—¿Tú crees? —dijo él.

—Es majestuoso.

—Bueno, ahí tienes majestad.

—¿Dónde?

—Ahí.

La mujer miró un momento.

—No —dijo—, no es lo mismo.

El tren se mecía suavemente. Las conversaciones parecían fragmentos de papel que salían flotando por las ventanillas a medida que ascendían. En Montenvers una multitud aguardaba el tren de regreso.

Hacia las tres estaban acampados al pie del Dru. Al atardecer, cenaron bien: sopa, grandes trozos de pan, frutos secos, té. Después, una tableta de chocolate. Planeaban salir al amanecer. La pared se alzaba silenciosa por encima de ellos. Los rayos oblicuos del sol caían sobre sus hombros, sobre la roca caliente cubierta de líquenes y sobre la hierba seca. Contemplaron la esplendorosa puesta, por detrás del Charmoz. Cabot fumaba. Ofreció el fino cigarrillo a Rand mientras exhalaba. Rand lo cogió de entre los dedos.

—¿De dónde has sacado esto?

—Lo traje. —Se recostó y dejó vagar los pensamientos—. Y entonces —dijo—, esperaron a que llegara la mañana. Me encanta este momento. Es el mejor.

—Toma...

Cabot volvió a cogerlo. Inhaló profundamente, sonriendo. Allí parecía otro hombre, más sereno; con la misma fuerza pero sin la vanagloria que se le adhería a esa misma fuerza. La familia acomodada, el colegio, los equipos de deporte, el efecto que todo eso había ejercido sobre él lo habían ejercido las montañas sobre Rand. Eran iguales. Sin mediar palabra, parecía que hubieran hecho un pacto solemne. Jamás lo romperían.

La luz se extinguió. Empezaba a refrescar. A las nueve y media estaban durmiendo. Una hora después, estalló un trueno, lejano pero inconfundible. A medianoche empezó a llover. Bajo un aguacero torrencial, descendieron de nuevo al día siguiente empapados y abatidos. Durmieron en la parte de atrás de la furgoneta, los tres, amontonados como perros, mientras la lluvia aporreaba el capó.

Tres veces regresaron al pie del Dru. Tenían el tiempo en contra: También había inmovilizado a todos los demás. Bray había vuelto a la ciudad. Había hablado con un guía, un hombre de pueblo que conocía los dichos populares.

—Hay un viento que llaman «viento del año» —le contó—. Sopla el 23 de enero. Este año sopló del oeste.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Un día bueno, dos o tres de lluvia, y así todo el año. Variable.

—Eso te lo podía haber dicho yo —dijo Cabot.

La segunda semana de julio se pusieron de nuevo en marcha. El tiempo había despejado, los escaladores invadían las montañas. Había una pareja en el glaciar, cerca de ellos, la chica llevaba una mochila grande. Su amigo iba muy por delante.

—¿Para qué la habrá traído?

—Para ordeñarla —contestó Cabot.

La muchacha llevaba gafas de sol. Tenía la cara húmeda. Más tarde, después de haberse caído

dos o tres veces en el hielo, gritó de rabia y se quedó sentada. El chico prosiguió sin mirar atrás.

Otro grupo había acampado ya en el *rognon*: dos austríacos que parecían hermanos. Cabot se alarmó inmediatamente.

—Vámonos a la otra cara —dijo.

Aquella noche oyeron, desde el lado opuesto del valle, el silbato del último tren que partía. Después, unas canciones. Eran los austríacos.

—¿Qué crees que querrán hacer? ¿Lo mismo que nosotros?

—No sé —dijo Rand—. ¿Dónde estaban cuando llovía?

—Más vale que salgamos temprano —concluyó Cabot.

Levantaron el campamento en silencio a las cinco de la mañana y bajaron al glaciar que se extendía entre ellos y la base de la roca. Ya era de día. Tenían las manos frías. Los pasos sobre la superficie congelada parecían ladridos.

—Si no se han despertado ya, esto los despertará —dijo Rand.

—De todos modos, van a hacer la ruta normal.

—¿Cómo lo sabes?

—Mira, allí están.

Lejos, hacia la derecha, se distinguían dos personas que iban en dirección al *couloir*.

—Entonces, no hay de qué preocuparse —dijo Rand.

—Exacto.

Entre el glaciar y la roca hay una grieta profunda, la *bergschrund*; la cruzaron sin dificultad. El granito estaba oscuro y helado. Rand lo tocó. Le parecía tocar no una pared sino algo del calibre de un planeta, excesivamente grande para imaginárselo, aunque, al mismo tiempo, él era consciente de que estaba allí.

Todavía no eran las seis cuando ya habían empezado a escalar.

—Hago yo el primer largo de cuerda, ¿vale? —dijo Cabot.

Se agarró a la pared, encontró una presa de pie y empezó el ascenso.

—¡Suéltame!

Al cabo de un momento, cayó una cuerda caracoleando. Ató a ella la mochila de Cabot con los dedos entumecidos y se quedó mirándola subir, golpeándose contra la roca. La cuerda volvió a caer. Ató entonces su propia mochila. Unos minutos después, Rand estaba escalando.

Al principio se siente ansiedad, sobre todo en los primeros veinte pies aproximadamente, pero enseguida desaparece. La piedra estaba fría, parecía que le mordiera las manos. Al detenerse un momento, oyó un débil sonido de camiones detrás, en el valle lejano.

Llegó al punto de reunión donde Cabot se había asegurado. Intercambiaron unas palabras. Rand siguió adelante. Escalaba con seguridad, la distancia hasta abajo aumentó. El cuerpo es como una máquina, lenta al principio, pero tan pronto como alcanza su punto, se diría que puede seguir eternamente. Buscaba agarraderos encajando todo el cuerpo en la grieta, palpando, rechazando, izándose a pulso.

A mediodía habían ascendido un gran trecho: alcanzaron la repisa cubierta de nieve que remataba la placa. La pared principal arrancaba allí. Mucho más arriba, el sol se derramaba al otro lado de la invisible cima. Comieron un bocado sentados en una estrecha protuberancia.

—Hasta aquí no ha sido tan malo. ¿Me pasas el agua? —dijo Cabot.

Al ir a cogerla, se produjo un desliz imprevisto y la botella de plástico se le cayó de la mano. Trató de alcanzarla pero se le escapó, rebotó hacia el vacío una, dos, tres veces, cada vez más pequeña contra el blanco del glaciar, donde terminó con un golpe al cabo de un largo rato.

—Lo siento —dijo con calma.

Rand no hizo comentarios. Había otra botella, pero las reservas habían quedado reducidas a la mitad. La montaña magnífica. El menor acontecimiento, la mínima palabra, son irreversibles.

Comenzó una serie de grietas verticales. Rand ascendía. Al final de la primera, era necesario atravesar hacia otra que se abría a la izquierda. Entre ambas no había prácticamente nada. Los agarres eran descendentes. Hizo un intento, se retiró, hizo otro. Tenía que alcanzar un nudo, a unas ocho pulgadas de distancia. La falta de presas lo amenazaba, el último medio pie lo tentaba. Tenía la cara húmeda. Empezó a temblarle una pierna. «Preparado», se dijo. Se separó. Alargó el brazo. Llegó. Lo tocó con los dedos. Cruzó. Desde abajo, no parecía que mediara esfuerzo, como si estuviera rozando meramente la roca y apenas precisara agarres. Cabot sólo vio que clavaba una clavija y continuaba. En ese momento, el sol salió por detrás de la pared y lo cegó. Se protegió los ojos con las manos. No estaba seguro, pero le pareció ver el *bloc coince* arriba, en la lejanía.

Aquella tarde se les veía con telescopio desde Montenvers. Se distinguían grandes porciones claras de montaña al sol. A cierta distancia por debajo del enorme bloque extraplomado se apreciaban dos puntos inmóviles. Un casco blanco brillaba.

Pasó la tarde y ellos todavía estaban al sol. El calor resultaba agradable. Siempre hay esperas interminables, se mira arriba, se entumece el cuello, mientras el primero de cordada abre la vía. Los rodeaba el silencio de la pared, la envergadura de las proporciones.

De repente, sin previo aviso, un ruido alarmante. El silbido de un proyectil; Rand se abrazó a la pared. Algo que no veía pasó hacia abajo, golpeó, tomó velocidad y desapareció. Miró arriba. La

vista era imponente. El roce de un ala gigantesca parecía haber tocado a Cabot y, como acatándola, Cabot se inclinaba lentamente. Se le aflojaron las piernas, los brazos se le soltaron. Sin proferir un sonido, llevó a cabo un acto sagrado: empezó a caer.

—¡Jack!

La cuerda se tensó. Cabot pendía por encima de él, a un lado.

—¡Jack! ¿Estás bien?

Silencio.

A Cabot se le caía la cabeza hacia delante, las piernas sueltas en el aire. No hubo respuesta.

Un hombre no puede izar a otro con la cuerda, sólo puede aguantarlo. Rand se encontraba en buena posición, pero las consecuencias despuntaban ya en su cabeza. Soltó un poco de cuerda pasándola entre las manos. Cabot movió un pie ligeramente. Tocó un agarre, quizá lo utilizara para apoyarse, pero se le escurrió. Se golpeó la cabeza contra la pared.

—¡Jack! ¿Estás bien?

Silencio.

—¡Jack, debajo de ti! —dijo.

Había un sitio mejor más abajo. Sin dejar de hablar con él, Rand soltó más cuerda. Igual que un pedazo de tela puede prenderse en una esquirra, le pareció que algo enganchaba a Cabot y lo dejaba, invisible, colgado de la roca.

Logró ascender hasta él por fin. En ese momento, Cabot volvió la cabeza un poco. Tenía la barbilla y todo un lado de la cara bañados en sangre, y los ojos cerrados como quien forcejea con la ebriedad. La sangre le empapaba la camisa. Rand tuvo ganas de vomitar de repente.

—¿Es mucho? A ver.

Al quitarle el casco, casi esperaba encontrarse el brillo húmedo de los sesos. La sangre salió a borbotones. Le goteaba por la mandíbula.

—¿Tienes una venda?

—No —musitó Cabot apenas.

Improvisó una con un pañuelo, que se oscureció nada más atarlo. Le limpió la mejilla para comprobar si la hemorragia se detenía. El corazón se le salía del pecho. Miró a ver si sangraba por el oído, lo cual significaría trauma grave o fractura de cráneo.

Incluso en ese momento, una cosa parecía cierta: Cabot iba a morir.

—¿Te duele?

Un gesto lento de asentimiento. No dejaba de sangrar. Rand se limpió las manos en la pared y trató de frenar los desbocados pensamientos. Fijó una clavija, donde se aseguró él y aseguró a Cabot. A Cabot se le cayó la cabeza hacia delante como si estuviera dormido. Por debajo, mil pies de altura. Disponían de dos o tres horas de luz diurna. Fuera como fuese, allí no podían quedarse.

A no mucha distancia, hacia arriba, había un desplome que quizá ocultara una repisa. Era la mejor esperanza posible. Quizá lograra alcanzarla.

—Voy a subir, a ver si hay una repisa —anunció.

Ominoso silencio de Cabot.

—Si hay repisa, te subo. ¿Estarás bien mientras tanto? Después te subiré.

Cabot levantó la cabeza ligeramente, como despidiéndose. Tenía los ojos nublados, logró separar los labios y sonreír débil, terroríficamente, como un cadáver. La sangre le perfilaba los dientes.

—Aguanta —dijo Rand.

Al empezar, le estalló un miedo vertiginoso que no cejó. Estaba solo, escalando sin protección.

Estaba peor que solo. Ascendió helado por la malevolencia de la pared, imaginando que podría rechazarlo totalmente con sólo soltar la laja a la que se sujetaba.

Hacía mucho que el último tren había partido de Montenvers. Los únicos ojos que miraban por el telescopio eran los de los clientes curiosos del hotel que salían de paseo antes de cenar. Lo que veían era retazos de un paisaje magnífico, rosado e inmóvil. La luz era pura, el cielo estaba límpido. Como el resto de la creación, nada sabían de la sombra escalofriante de debajo del desplome ni del cuerpo silencioso de corazón vacío que ocultaba.

Siguió avanzando poco a poco, clavando pitones en una grieta cada vez más cerrada y poniéndose de pie en los *étriers*, estribos que soportaban todo su peso. La grieta se cerró. Buscó con desesperación, no había dónde clavar un pitón. Se separó y estiró el brazo hasta el borde buscando agarres. La mano encontró uno. Quizá si se izaba hasta arriba y apuntalaba un pie en la última clavija encontrara otro por encima. Palpaba y volvía a palpar la roca sin verla. Todavía resistiría un gran esfuerzo más. Tomó aliento y se impulsó echándose hacia atrás, buscando con la mano libre. Nada. Consiguió subir otro poco. Nada. Una oleada de pánico. Palpaba la roca frenéticamente. En el punto máximo de alcance encontró un asidero. La roca había cedido, en compensación por el esfuerzo. Se izó y se quedó tumbado jadeando. La repisa tenía unos dos pies de anchura, era irregular pero era una repisa. Empezó a recuperar a Cabot.

El sol se puso por detrás del Mont Blanc. Refrescó. El cielo estaba luminoso todavía. El pequeño hornillo Bleuet hacía té.

Cabot, desplomado en el suelo, no se movía. Se le había secado la sangre de la cabeza y la cara, pero los ojos, que miraban hacia abajo, parecían ausentes. Sujetaba la taza con las maltrechas manos.

—¿Qué tal la cabeza? Parece que ha dejado de sangrar.

Cabot enseñó los dientes, ennegrecidos por los bordes, y asintió levemente.

—Creo que de momento estamos bien —le dijo Rand.

Cabot no contestó. Al cabo de un momento, murmuró:

—¿Qué tal tiempo hace?

El cielo estaba despejado. La primera estrella brillaba tenuemente.

—Con el tiempo no se juega —musitó. El esfuerzo lo agotó. Se hundió en un estado de meditación. Rand le quitó la taza de la mano.

A lo lejos se veían las luces de Chamonix. A medida que oscurecía se distinguían mejor y en mayor número. Significaban comida caliente, conversación, habitaciones acogedoras, todo tan inalcanzable como las estrellas. El frío aumentó, había llegado rápidamente envolviendo los picos. Empezó la larga vigilia de la noche.

Cabot estaba tapado, con las manos en los bolsillos, los cordones de las botas sueltos. La pared estaba en sombra, tenía el tono marrón de los monumentos antiguos. Una intensa sensación de aislamiento, una especie de claustrofobia, embargó a Rand. Era como si no pudiera respirar, como si el espacio lo aplastase. La combatió. Pensó en dónde se encontraba y lo que podía suceder. Las tres frías estrellas del cinturón de Orión brillaban en el cielo. El pensamiento divagaba. Pensó en los condenados que viven las últimas horas de espera, en los días de California, en su juventud. Tenía los pies fríos, probó a mover los dedos. Pasaron horas, períodos de olvido, de mirar a las estrellas. Nunca había visto tantas. El frío de la noche aumentaba su número. Temblaban en el aire. En el lejano horizonte se percibía el resplandor de Ginebra, constante toda la noche. Cayó un meteorito como un coágulo de fuego blanco. Un avión pasó hacia el norte. Estaba resentido, desesperado. Miró pared abajo, mil pies. Se caía, se caía. Cabot no se movió ni una vez; gemía de vez en cuando.

Con sólo un cambio sutilísimo en el color del cielo al principio, llegó el alba. El azul palideció. Las estrellas empezaron a desaparecer. Rand estaba entumecido, cansado. La cúpula enorme del Mont Blanc se irguió iluminada.

—Jack, despierta. —Tuvo que sacudirlo. Cabot abrió los ojos. Eran los ojos de un hombre que no podía hacer nada, de un hombre disuelto, acabado—. Ya es de día.

—¿Qué hora es?

—Las cinco y media. Hermosa mañana en Francia. —Con los dedos entumecidos, consiguió encender el fuego y sacar algo de comer. Trató de examinar el cuerpo inerte con disimulo.

—Me encuentro mejor —dijo Cabot inesperadamente.

Rand lo miró.

—¿Crees que podrás descender?

—¿Qué? —Hubo una pausa—. No. —Era como un animal poderoso, sangrante y maltrecho



después de un combate, que parece muerto pero consigue ponerse de pie—. Descender no —dijo—. Estoy bien. Puedo hacerlo.

—No me lo parece.

—Puedo hacerlo —insistió Cabot.

—Queda lo más difícil.

—Lo sé.

Rand no dijo más. Trató de pensar mientras sacaba cosas y seleccionaba el equipo. Cabot era fuerte, sin duda. De momento, parecía tener el control de sí mismo. Había llegado muy lejos.

—¿Estás seguro? —dijo al fin.

—Sí. Sigamos.

Al principio no lo sabía, el comienzo fue lento. Las largas horas y el frío los habían entumecido. Rand iba el primero. No tardó en comprobar que Cabot apenas podía escalar. Sólo podía quedarse en un lugar como dormido.

—¿Estás bien?

—Sólo estoy descansando un poco.

Avanzaban con una lentitud tremenda, como se hace con los novatos. De vez en cuando, Cabot hacía un gesto: «Un momento, será sólo un minuto», pero casi siempre eran cinco o diez. Rand tenía que izarlo con la cuerda.

Rebasaron el *bloc coince* e iniciaron un diedro compuesto por dos grandes lajas de roca en forma de libro abierto. Tenían la sensación de no estar allí en realidad, de formar parte de una especie de juego. Hacían como si escalaran, nada más. Pero no podían descender. El momento de hacerlo había sido antes, no después de haber ascendido con gran esfuerzo quinientos pies más. Estaban cerca del lugar donde se había retirado la primera expedición que había escalado la pared, dando la vuelta hacia la cara norte para descender por allí. Rand no sabía cuál era el punto exacto. Buscó los tornillos que habrían tenido que colocar años antes, pero no encontró ni uno.

Llegaron a una gran laja terriblemente expuesta, con agarres someros, apenas mayores que renglones de escriba. No había dónde colocar una clavija. Cuando empezó a ascender, Rand tuvo una premonición, una especie de desesperación que aumentaba, que lo desbordaba. El creer, tanto como cualquier otra cosa, es lo que permite aguantar agarrado a una pared. Tardó treinta minutos en cruzar otros tantos pies, convencido entre tanto de que era vano.

—No es tan difícil como parece —dijo.

Cabot se puso en marcha. Se movía muy despacio, de pulgada en pulgada. Cubierto un tercio de la travesía, dijo sencillamente:

—No puedo.

—Sí, sí que puedes —dijo Rand.

—A lo mejor hay otra vía.

—Puedes subir.

Cabot se detuvo y lo intentó de nuevo. Casi inmediatamente se le resbaló el pie. Logró sujetarse.

—No puedo —dijo. Estaba acabado—. Tendrás que dejarme aquí.

Silencio.

—No; venga —le dijo Rand.

—Vuelvo atrás. Tú sigue. Vuelve a buscarme.

—No puedo —dijo Rand—. Oye, vamos —dijo con toda tranquilidad. Temía que el pánico se le colara en la voz. No miraba abajo, no quería ver nada. Hay un punto extremo crucial, no siempre el más difícil técnicamente, en el que la montaña no concede nada, ni el menor movimiento, ni la más

remota esperanza. Sólo existe una línea más sutil que el aire que hay que cruzar como sea.

El vacío del espacio le consumía las fuerzas, lo preparaba para el final. No era nada en aquella inmensidad, sin emoción, sin miedo, pero con una angustia, un odio incontenible hacia Cabot, allí colgado, sin voluntad de moverse. «No te rindas aquí», pensaba. Lo deseaba con todas sus fuerzas: «¡No te rindas!».

Cuando miró, Cabot había avanzado otro paso.

Pasaron la noche en una repisa muy alta de la pared. Los desplomes que cerraban la cima se veían arriba. No percibieron, hasta tarde, la llegada de nubes.

Las primeras ráfagas soplaron casi con suavidad pero heladas, un aviso de lo que estaba por llegar. A lo lejos retumbó un trueno. Rand esperó. Procuraba no tomarlo en cuenta con la esperanza de que desapareciese. Volvió a retumbar. Era como si se aproximase un ataque aéreo que todavía pudiera pasar de largo. Las nubes se hicieron más densas. El Charmoz desaparecía, se oscurecía. Los relámpagos, deslumbrantes en la oscuridad, golpeaban el Brévent. La cara del Dru todavía estaba despejada, suavizada por la hora tardía. Los truenos no cesaban.

Rand se sentía indefenso. Vio acercarse la tormenta, llegaba apoderándose del valle como una ola azul precedida de veloces fractostratos. La observaba con miedo, como si temiera que lo descubriese y virase hacia él. Lo reconoció inmediatamente, como el zumbido de las abejas.

—¿Qué es eso? —preguntó Cabot.

—Un momento —le advirtió.

Las nubes los envolvieron. En cuestión de segundos, el Dru desapareció. No veían nada. El sonido parecía provenir directamente de arriba, y después de más cerca, casi de dentro de sus oídos.

—Es más fuerte.

Rand no contestó. Aguardaba sin respirar apenas. La niebla y el frío eran como una venda en los ojos. Escuchó el fantasmagórico zumbido creciente.

De súbito, la oscuridad se tornó blanca con una detonación ensordecedora. Serpientes blanquiazules de alto voltaje cayeron retorciéndose por las grietas.

Restalló otro rayo. Esta vez se le dispararon las piernas y los brazos a causa de la sacudida que alcanzó la repisa. Olía a roca ardiendo, a azufre. Empezó a granizar. Rand se aferraba al valor, aunque no significara nada. La boca le sabía a muerte.

Cabot estaba encogido a su lado: había terminado el día moviéndose aún más despacio que antes. Estaba sentado en la oscuridad como un cadáver, los estallidos ensordecedores de los truenos, que parecían el mismísimo fin del mundo, ni siquiera lo conmovían; un peso muerto que arrastraba a Rand al abismo. Estalló otro relámpago. La patética silueta se vio con claridad. Rand la miró fijamente. Nunca olvidaría lo que vio. Lo perseguiría toda la vida resurgiendo en temporadas sombrías. Un ojo semioculto por el vendaje, abierto, mirándolo directamente; un ojo sereno, constante, casi femenino, cargado de paciencia, que comprendía su desesperación. Rand se preguntó si estaría vivo. El ojo se movió, miró ligeramente hacia abajo.

Una explosión inmensa. Tembló. Faltaban nueve horas para el amanecer.

La tormenta cesó a medianoche. Después heló. Tenían la ropa mojada; el granizo se había convertido en nieve. De vez en cuando se abría un claro entre las nubes y se veía algo incluso en la oscuridad, y después, la densa ola volvía en silencio absoluto, barriéndolo todo como si quisiera enterrarlos, borrarlos. Rand temblaba de frío. Se dijo a sí mismo que era un acto de cobardía, pero no podía parar.

Por fin empezó a clarear. Todavía quedaba tormenta en el aire. El equipo estaba congelado, las cuerdas, tiesas como alambre.

Consiguieron hacer té. A lo lejos, como un ejército hostil, se movía una línea interminable de nubes negras. Si el tiempo aguantaba, podrían tratar de alcanzar la cima. Rand tomaba a sorbos el líquido templado que sabía a metal. Se sentía vacío. Le faltaba resolución, no tenía ningún plan.

Estuvieron una hora moviéndose aturdidos entre los enseres del equipo. Fue preciso el mayor esfuerzo para reorganizarlo todo. La tentación de sentarse a descansar era abrumadora. Había nieve en cada fragmento de roca, en cada fisura. El sol daba en las crestas del oeste. Rand no dejaba de temblar. Tenía la sensación de que hacía más frío aún.

Cada vez que tocaba la roca le parecía el costado de un barco hundido a gran profundidad. Se calentó los dedos con el aliento. Le pesaban los brazos y las piernas. Oyó pájaros que pasaban veloces. Soñó un momento, fantaseando, que se cernía en el aire con ellos, con los brazos extendidos, rozando la pared como ellos.

Cabot parecía fortalecido, escalaba más fácilmente. Por encima de ellos, la montaña había concentrado los últimos obstáculos. Todo eran desplomes, paredes, fragmentos, oscuros techos quebrados.

—Tenemos que superar lo que queda mientras dure el buen tiempo.

—Dímelo a mí —musitó Rand. Le parecía que las cosas se invertían extrañamente. En vez de animarse, se sentía vacío, como cuando, las últimas etapas, después de darlo todo, lo sobrepasan a uno. Una sola idea lo sustentaba: la proximidad de la cima.

—Vamos a conseguirlo —dijo Cabot. Era como el capitán que vuelve al puente, una figura cubierta de sangre que se destaca para que lo vean.

El último desplome, los últimos largos de cuerda y ya estaban allí. Era casi mediodía. Abajo brillaban los glaciares y los valles verdes. Estaban por encima de todo, salvo las cimas más altas. Guardaban silencio, tan hondamente conmovidos que no podían hablar. El vivac de la base parecía a semanas de distancia, años incluso. Todavía tenían que descender por una brecha y escalar un poco más para descender, pero eso carecía de importancia. Estaban en la cúspide de la cara oeste.

Cabot se lanzó hacia delante. Abrió la marcha. Se movía deprisa, casi con exceso de premura, sobre todo en los tramos de *rappel*, el descenso por medio de la cuerda. El descenso siempre es peligroso, lo peor parece haber pasado.

—¿A qué viene tanta prisa? —Rand intentó retenerlo.

—Suelta.

—Estás echando piedras abajo.

—Deja de preocuparte —fue lo único que dijo.

Esa noche entraron en el refugio de Charpoua a trompicones y durmieron dieciocho horas. Cuando llegaron a Montenvers, un hombretón salió del hotel. Era reportero de un periódico ginebrino.

—¿Qué ha pasado? —preguntó. Cabot parecía la víctima de una pelea—. ¿Le alcanzó un desprendimiento? ¿Cuándo? ¿A qué altura se encontraba?

Cabot habló con serenidad, confidencialmente. El periodista no escribió nada. Conocía bien las montañas, había sido escalador. Tenía la soltura de un aristócrata que ha salido al jardín vestido con ropa vieja. Sabía la historia completa del Dru y cómo lo habían escalado. Su mirada era incisiva, su nariz aún más.

«lis livraient leurs vies á la montagne», ‘entregaron su vida a la montaña’, escribiría, «les étalant á son pied», ‘la depositaron a sus pies’.

Una cosa era la escalada y otra que semejante hombre la confirmara.

Esa noche, en Chamonix, Cabot llevaba una camisa deportiva amarilla con el cuello desabotonado. El vendaje blanco resaltaba en su cara oscura. Había pedido una mesa al fondo. Le dolía la cabeza un poco, admitió, pero estaba eufórico.

—El mejor escritor europeo de alpinismo —dijo—. Nunca pensé que fuera a estar allá arriba.

—¿Y cómo habrá sido? —preguntó Rand.

Cabot se encogió de hombros.

—Se enteran de esas cosas. —Estaba sirviendo vino—. Conoce el Dru. Que escriba sobre uno es lo máximo que se puede pedir... —Lo interrumpió el apretón de manos de un célebre guía que había realizado muchas primeras escaladas. También estrechó la mano a Rand.

—Gracias. *Merci*.

—¿Quién era ése? —preguntó Carol.

La gloria se derramaba suavemente sobre ellos como el propio frescor de la noche. Carol miraba insistentemente a su marido.

—Esperaba que me lo cuidaras mejor, la verdad —dijo.

—Creía que no lo conseguiríamos —confesó Rand.

—Por fuerza tuviste que pensarlo.

—Fue una insensatez.

—No, no lo fue —dijo Cabot. Tenía un lado de la cara amarillento y amoratado, el otro, atractivo, como las dos mitades de una personalidad—. Habría sido una insensatez si hubiéramos muerto.

—Sí, ya lo sé. Fue soberbio —murmuró Rand.

—Espera y verás.

—Por suerte le dio en la cabeza —puntualizó Carol—. Podía haberle hecho mucho daño.

Cenaron opíparamente y alargaron la sobremesa. Cabot les contó cuanto recordaba: nada, desde el momento en que recibió el golpe hasta que dijo: «Sigue, vuelve a buscarme», y Rand simplemente le dijo: «No puedo». Después llegó la tormenta. Carol escuchaba distraída, con la copa vacía. Existe una embriaguez que parece sabiduría.

—¿De qué hablabas? —dijo.

—Estoy contando lo de la tormenta.

—¿La misma tormenta?

—No me interrumpas —dijo.

Desconsolada, apoyó la cabeza en Rand. El percibió el olor de su cabello, la calidez, la calma infinita, como los campos que se extienden hasta perderse de vista. Hacía cuatro días y cuatro noches

que esperaba a su marido.

—La tormenta —musitó—. ¿No ha pasado ya?

—¡Ah, es inútil! —dijo él.

—¿Qué tal la cabeza? Tiene una pinta horrible.

Parecía que no la oyera.

—¿Viste cuando Noyer se acercó y nos dio la mano? —preguntó.

—¡Ah! ¿Era ése?

—Era, es y seguirá siéndolo. —Noyer era famoso, como Lachenal y Terray.

—Vámonos a casa —dijo Carol—. Tengo sueño.

—Vamos —la secundó Rand. Había traspasado el límite de la felicidad. Estaba cansado. Quería tumbarse bajo las estrellas, mirarlas, ni más cercanas ni más lejanas que dos noches antes. Al levantarse, la silla se cayó. El camarero, que también era alpinista, se apresuró a levantarla.

—Buenas noches —les dijo en inglés.

Rand se dio la vuelta desde la puerta. Era alto, excéntrico y estaba ojeroso. En ese momento, aunque no se diera cuenta, acababa de ser catapultado a un estrellato que resultaría irreversible con el tiempo. Su cara reflejaba cansancio y la pátina de una experiencia terrible. Agitó la mano.

—Sí, buenas noches —dijo—. Quédese el cambio.

Era famoso, o casi. Se sabía que había una tienda en alguna parte, entre los árboles, donde guardaba como un fugitivo sus escasas pertenencias, lo que necesitaba, cuerda enrollada en apretadas vueltas a los pies, montones de clavijas, botas. Nunca se había sabido tan poco de él como ahora. Circulaban anécdotas completamente erradas, como disparos desconcertados en la oscuridad.

Se hizo más esquivo incluso, al menos durante un tiempo, cosa que sólo alimentaba los rumores. La gente creía que cualquier estadounidense alto y mugriento era él. Lo veían y hablaban con él en lugares en los que ni siquiera había puesto los pies.

Lo había acometido la pasión por la escalada. Tan pronto como terminaba una se preparaba para otra. Escaló el Blaitière con Cabot y después volvió con Bray al Dru, por la ruta normal. O no se saciaba o se quedaba exhausto por completo, pero al día siguiente se levantaba invariablemente fresco. Lo arrastraba la pasión como si fuera la primera vez. Cuando escalaba la vida brotaba, lo desbordaba. Su ambición nunca había sido extraordinaria, pero eso cambió después del Dru. Un júbilo enorme, indestructible, lo poseía. Había encontrado su vida.

Suyos eran los barrios pobres de la ciudad, las más altas praderas, los picos más aireados. Era el año en que todo nos es favorable, cuando uno es amado por fin. Doblaba y guardaba recortes de prensa. Fingía burlarse de ellos. Los conservaba a pesar de todo. Creía que la auténtica forma de las leyendas era la oral. No quería que lo catalogasen, decía, que lo leyeran y lo olvidaran como los resultados deportivos y los crímenes.

—Todos han escrito sobre sus escaladas —aducía Cabot—: Whympfer, Hillary, Terray. ¿Cómo, si no, sabríamos algo de ellos?

—¿Y qué hay de los que no sabemos nada?

—¿Por ejemplo?

—¿Te han contado alguna vez cómo escalaron el Walker? Llegaron tres alpinistas desde Italia, ni siquiera sabían dónde estaba el espolón. Preguntaron al guardián de un refugio: «¿Dónde están las Grandes Jorasses?». «Allá arriba», les dijo. Y así fue como lo encontraron. No sé si es verdad, pero es lo que cuentan.

—Aparece en unos diez libros, solamente. Era Ricardo Cassin —dijo Cabot.

—No sé explicarlo. No me parecería tan importante si lo hubiera leído.

—¿Cómo lo sabes?

Estaban sentados a la luz todavía nueva de la mañana. Unos centinelas desconocidos se erguían en la lejanía, claros. Podían ser suyos, sólo tenía que continuar. Era como el sol que toca los picos remotos, su presencia los despertaba. Esa idea lo inquietaba. Sentía una fuerza inmensa. Vio una imagen inmortal de sí mismo en la altura, entre las crestas: estaba dispuesto a morir por conseguirlo.

—No quiero que nadie sepa cómo escalamos el Dru, sólo que lo escalamos. El resto que se lo imaginen.

—Muy bonito, pero hay miles de alpinistas por ahí. —Cabot hizo un gesto impreciso.

—¿Y?

—Sólo unos pocos nombres serán recordados.

—Como pasa con todo —dijo Rand. La confusión de sentimientos le impedía hablar. No quería

explicaciones sobre lo que había hecho, sobre lo que haría. De esa forma algo se perdería. Las cosas más valiosas, por las que tanto había pagado, eran exclusivamente suyas.

Se sentía solitario, en lo hondo, como un pez en el río, con la boca cerrada, no pescado, brillando a contra corriente. Se vio a los cuarenta trabajando por un salario, volviendo a casa de noche, a pie. Las ventanas de los restaurantes, los faros de los coches, las tiendas cerrando..., todo ello parte de un mundo al que nunca se había rendido, al que siempre desafiaría.

Hacia el final de la temporada, Remy Giro lo llevó a casa de un hombre llamado Vigan. Se encontraba en un barrio antiguo y prestigioso que dominaba la ciudad. Henri Vigan tenía más de cuarenta años y era conocido en los círculos de montañeros, aunque no era más que un escalador pasable. Había heredado unas fábricas de su padre cerca de Grenoble. Saludó a Rand cordialmente.

—¡Cuánto me alegro de conocerle! —dijo. Era extrovertido, generoso, de los que caen bien a primera vista—. Creo que es usted más nativo de Chamonix que yo mismo. *Vous parlez français?*

—No habla. Es un lobo —dijo Remy—. Vive en secreto, viaja solo.

—Tanto mejor —contestó Vigan.

—Un lobo alfa. El jefe de la manada.

—Me lo imaginaba. ¿Qué le apetece tomar? —preguntó Vigan.

Rand tenía las puntas de la barba claras, quemadas por el sol del verano. Rodeados de ese halo, los labios le brillaban. Aceptó una copa de vino.

—Permítame presentarle a unos amigos —dijo Vigan.

Rostros seguros de sí mismos, nombres imposibles de recordar. Los invitados estaban dispersos en grupos por toda la casa. Algunos parecían conocerlo, al menos sabían quién era, a otros no les importaba. Charlaban y se reían con despreocupación. Todo eso existía ya cuando él barría suelos detrás del Hotel Roma, cuando se derrumbó en la cama en Navidad borracho de una botella de vino. Quería vengarse. No lo poseerían por tan poco. No lo comprarían con un apretón de manos y un cumplido. Entonces oyó:

—Catherin, creo que conoces a...

—Sí —dijo ella—, gracias. —Le dio un apretón de manos. Se disculpó con un gesto de impotencia—. ¡Es tan franchute! —aclaró.

Lánguida, elegante, era la dependienta de la tienda de Remy. Rand se puso nervioso sin saber por qué.

—No sabía que hablaras inglés —fue lo único que logró decir.

—Sí, un poco. Algo. —Tenía los dientes estrechos y blancos. Era extremadamente tímida, cosa que no había advertido antes—. Fue toda una aventura lo que os pasó en el Dru. Tu amigo tuvo mucha suerte.

—Ah, ¿te enteraste?

Ella no contestó, como si desaprobara la inanidad de la respuesta.

—¿Todavía está aquí? —dijo por fin—. No lo he visto.

—Se fue a Zermatt. Está haciendo el Matterhorn.

—¿Y tú?

—¿Yo?

—¿No fuiste?

—Preferí quedarme.

Les interrumpió Vigan, que volvía con otra persona a la que quería presentar. Charlaron un poco, sobre todo acerca de la excelente temporada y de algunas rutas tan frecuentadas que los excrementos empezaban a ser un problema, un nuevo peligro objetivo, concluyeron a la ligera.

Vio que Catherin había salido al jardín. Era la hora del crepúsculo en la que el Dru, visto desde Les Tines, se baña en una luz inmensa, casi rosada. Las golondrinas volaban en círculos. Los últimos sonidos melancólicos de un partido de tenis llegaron flotando entre los pinos desde el Hotel Mont Blanc. La parsimonia con que había salido, la posibilidad de lo que podía significar, que tal vez hubiera alguien con ella, alguien con quien hubiera vuelto, lo desconcertaba, le pesaba casi.

Se alegró de encontrarla sola. Estaba contemplando la ciudad, donde las luces empezaban a encenderse.

—Dime una cosa —le dijo—, ¿por qué fingías que no sabías inglés?

—No lo fingía. —Era reservada, educada. Le interesaban determinadas cosas y sólo ésas—.

¿Por qué preferiste quedarte aquí, en vez de ir con tu amigo?

—No tenía planes.

—Ahí está, ¿ves? Yo tampoco tenía planes. —Sonreía lentamente, como si no quisiera. Rand no tenía la menor idea de lo que opinaba de él ni de lo que estaría pensando.



Vivía cerca de la estación del teleférico, en una casa con postes de piedra y verjas de hierro. Había sido un gran chalet, pero había perdido categoría como los palacios ocupados en una revolución. La habían dividido en varios apartamentos mal definidos. Las paredes estaban desnudas, el revoque, deslucido.

Llegaron de una velada en Argentiére, la primera. Sabía mucho más sobre ella. Su padre era inglés. Le gustaban las bromas. Al mismo tiempo, mantenía cierta distancia: era como un baile. Podía tocarla, no lo rechazaba, pero no hacía nada más que someterse pacientemente.

—Qué rara eres —le dijo.

—No, no soy rara —dijo ella—. Soy bastante normal.

—No me lo creo.

—Demasiado normal.

—Entonces, ¿yo qué soy?

—No sé.

—Alguna idea te habrás hecho.

—Todavía no —contestó llanamente.

—¿Siempre has vivido en Chamonix?

—No, no. Sólo vine de vacaciones. Me gustó el sitio, me gustó la gente. —Había parado el motor del coche—. Vivo aquí —comentó.

Rand volvió la cabeza. Había un edificio fantasmagórico retirado de la calle.

—Es una casa grande.

—Viven tres familias.

—Tiene que ser muy grande. ¿Puedo entrar?

—Pues... creo que no.

—¿Por qué?

—No te parecería interesante, la verdad.

—¿La casa?

—Yo —dijo ella.

—Sólo unos minutos.

Se acercaron a la puerta. Era pesada, tenía un cristal con barrotes de hierro en la parte superior. Ella revolvía entre las llaves.

—Déjame pasar a mí primero.

La puerta se cerró tras ellos. Ella subió las escaleras. En la habitación, encendió la luz.

—Ahí lo tienes. Ya ves, esto es todo lo que hay.

Intentó abrazarla pero ella lo esquivó.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—¿De verdad quieres?

—No, estoy de broma.

—Estoy muy plana —dijo con sencillez—, como un hombre prácticamente.

—No me importa.

Un momento o dos después, empezó a quitarse la blusa. Había resignación en sus movimientos. Apagó la luz y se deshizo de las últimas prendas. Por la carretera principal a la que daba la ventana el tráfico circulaba con fluidez. Yacían en la estrecha cama de Catherin.

El parecía apremiante, apabullante. Ella no tenía deseos propios, los había abandonado, aceptaba los de él. Su vehemencia, su brusquedad casi la atemorizaban. Se quedó dormido tan pronto como terminaron.

Por la mañana, un sol que parecía un reflector entraba a chorros en el dormitorio. Ella volvió de alguna parte con una pequeña taza blanca en cada mano. Lo encontró sentado en la cama, desnudo hasta donde la sábana le cubría la cintura. El torso la tentaba. Lo tenía casi tan liso como ella.

Sonidos cotidianos de la mañana: tazas y cucharillas indolentes. Vio que su interés por ella se había amortiguado. El corazón le latió con tristeza. Mientras se vestía, a través del espejo vio que llevaba una sarta de cuentas estrechas de color verde claro alrededor del cuello.

—Puedes quedarte aquí, si quieres —le dijo.

La miraba en silencio.

—Tengo que ir a trabajar.

Le dedicó una rápida sonrisa como de cumplido.

Se quedó en la cama. Todavía olía a mujer. Oyó pasos en otro lugar de la casa, le parecieron inquietos. Puertas que se abrían y se cerraban. Las tazas vacías estaban en el suelo. Como si hubiera empezado de repente, oyó el tictac del despertador. Se sentía lujoso. Confiaba en sí mismo, en sus piernas, en su potencia sexual, en su destino. La consciencia que había perdido reapareció. Era como una película, cuando se desenfoca y oscila y de repente se define; salta entonces una imagen oculta, incorruptible, luminosa.

Después pasó por la tienda y le susurró unas palabras. A ella se le endulzó la expresión pero no le dijo nada. Lo que la traicionó fue un gesto inesperado, infantil. Cuando él se hubo marchado, se apoyó en un extremo del mostrador y se meció soñadoramente de adelante hacia atrás, y lo repitió.

—*Vous êtes bien?* —le preguntó Remy.

—*Tres bien.*

Cayó el telón. Septiembre fue un mes de buen tiempo y luz maravillosa, pero la ciudad estaba prácticamente vacía, todo el mundo se había ido.

—No me importaría quedarme por aquí —se lamentó Bray—, pero Audrey llega a Ginebra. Me dijo que fuera a buscarla. —Era su novia—. Es el único momento en que podía ausentarse. Por otra parte, se me ha terminado el dinero. No soy como tú, no sé vivir de las mujeres.

Conducía el cochecito de Catherin por la ciudad.

—Así que supongo que se acabó —dijo Bray. Podría haber sido un sinvergüenza de poca monta, con mucha cara y cierta tendencia al exhibicionismo barato. Le gustaba fumar puros grandes después de comer, tomar Martell. La montaña lo había salvado.

Le faltaba la imaginación indispensable para la grandeza. Las escaladas supremas requieren más que coraje, requieren inspiración. Él era un sargento de la tropa en el escalafón... Quizá, en momentos tumultuosos, pudiera ser un coronel de los que llevan la camisa desabrochada y se emborrachan con los hombres.

Audrey era enfermera. Tenía el sello de su clase, era desdeñosa, directa. Odiaba el lenguaje soez y la cocina extranjera, y los deportes le eran indiferentes. La juventud suavizaba esas cosas en parte. Muchas mujeres inglesas poseen, a pesar de la fama que tienen, una gran sensualidad, si bien la niegan. No tenía una expresión cordial en la cara, era la extraordinaria piel que le iluminaba el cuerpo lo que hacía soñar a Bray y escribirle cartas llenas de una imaginería erótica impensable en él.

—¿Por qué no vienes a Inglaterra? Arráncate de aquí. Hay trabajo. Podrías trabajar conmigo.

—¿En qué? —dijo Rand.

—Soy enlucidor. Es una tradición. O'Casey era enlucidor.

—¿Quién?

—O'Casey. Escribía obras de teatro. Seguro que has oído hablar de él. No importa. De paso nos culturalizamos un poco.

—A lo mejor voy.

—De todos modos, volvemos en diciembre —dijo Bray.

—¿Para qué?

—El Eiger. Cabot me dijo que fuera con él. —Era evidente que estaba encantado—. ¿No te lo dijo a ti?

—No. —Después de un silencio, añadió—. ¿Qué dices del Eiger?

Bray se cortó de repente. Se dio cuenta de que algo no iba bien.

—Ah, vaya, creía que... creía que lo sabías. Va a hacer una escalada de invierno.

—¿Ah, sí? —logró decir Rand.

—Creía que estabas al tanto de todo.

Para Rand, fue como un bofetón en la cara.

—No —dijo.

—Lo siento.

—No pasa nada —dijo—. Cuéntamelo.

Apenas oyó las palabras, le resbalaban. Iba a ser como Scott... el viaje al Polo... vivacs preparados con antelación, búnkeres, con víveres para dos o tres semanas, para sobrevivir a cualquier tormenta. La BBC los filmaría.

—Ya. —De repente odió a Bray. La sensación de que le habían robado le aplastaba el corazón.

—Supongo que todo el mundo quiere escalarlo —dijo Bray sin convicción.

—No quieren escalarlo, quieren haberlo escalado. —Se hurgaba los bolsillos en busca de dinero—. Toma —dijo, y puso unas monedas en la mesa—, paga lo mío.

Salió a la tarde vacía. El sol arrojaba luz contra los edificios. Se sentía completamente abandonado, enfermo.

—¿Qué pasa? —se alarmó Catherin.

Echaba chispas de indignación. Se había dejado caer en la cama.

—¿No te encuentras bien? —preguntó.

—Estoy bien. —Se tumbó.

—¿Qué pasa? —insistió.

—Nada. Cabot va a escalar, eso es todo.

—Pues que escale, ¿qué tiene de malo?

—Va a hacer el Eiger.

—Por favor, ¿qué es eso? Parece que se te haya caído el mundo encima.

Esa noche, en vela en la cama, volvía una y otra vez sobre los mismos pensamientos amargos. La habitación se le hacía pequeña. Ansiaba estar en el bosque, a solas. El cielo lo tranquilizaría, las galaxias heladas. Se sentía atrapado lejos de casa. Quería esconderse.

Se acordó de la chica de Kauai que le había hecho un corte en la mano. Ella creía en el ocultismo. No tenía sentido del humor, era vehemente. «Escribe el nombre de tus tres amigos más íntimos —le dijo— y pondré un círculo alrededor de tu peor enemigo».

Los días de otoño son febriles. El sol se despide, da cuanto le queda. El calor es misterioso, lleva un mensaje: «Adiós».

Catherin lo salvó. Salían los fines de semana en su cochecito, en una ocasión, a Aix-les-Bains, Chambéry. En el campo, dejaron la carretera y bajaron, resbalando, un empinado terraplén. La ladera estaba de cara al sol, no había una sola casa ni una sola persona a la vista. La capa de hojas caídas era honda, llegaba a las rodillas. Comieron de lo que ella había preparado en una cesta y se tumbaron despreocupadamente después, las abejas acudían a los restos de comida.

Pasó una hora, y una hora y media. Rand se sentó lentamente. Catherin abrió los ojos un momento.

—¡Oh, Dios! —suspiró.

—¿Qué hay?

—Todavía estoy dormida.

—Despierta.

—Es muy difícil —dijo ella débilmente—. Cuando me muera, espero no tener que despertarme después. Sería difícilísimo.

Rand se arrodilló a su lado. Ella se apoyó en él. Se oyó un débil «plaf»: dos polillas, grises como la madera, con un deslumbrante punto azul, se habían caído unidas la una a la otra. No se movían.

—¿Lo ves? —dijo ella.

Por abajo pasaba un río. Se acercaron paseando entre flores azules y moradas, esparcidas, abandonadas por el verano. Luego cruzaron una huerta. Al final del todo, una cabra completamente blanca se tambaleaba sobre los cuartos traseros ramoneando entre el follaje. El invierno sería frío. Los ratones se habían marchado de los prados. Las hojas ya estaban marrones.

Miraron atrás. Semiocultos en la tierra había unos largos muros de piedra contruidos para apuntalar la ladera. El sol se ponía. El blanco del coche brillaba arriba, a lo lejos.

Los últimos ritos del otoño. Subieron lentamente. Ella se quedó sin aliento, tuvo que detenerse. Se la cargó el resto del camino, pero no en los brazos sino al hombro, mejilla contra cadera. No se resistió. Se quedó colgada sin moverse, acariciándolo como si fuera un caballo.

En Annecy pasaron por la orilla del lago. Un muelle solitario se adentraba en el agua. Las embarcaciones barnizadas crujían. Rand vivió una vida entera en Annecy, en un hotel con un balcón de hierro y las letras h-o-t-e-l fijadas al metal. La televisión costaba un franco. Había una botella de Perrier en la ventana. Se acostaron a medianoche. Las pulseras de Catherin tintinearón sobre la mesa de cristal.

—Hemos bebido más de la cuenta —logró decir. Las ventanas estaban abiertas. De vez en cuando un coche pasaba zumbando por la calle a demasiada velocidad.

El alba tornó oscuras las montañas. El cielo clareaba, la hora, ignota. Rand salió al balcón. Annecy estaba azul. Los edificios tenían forma de fantasmas, se elevaban como surgiendo del mar. Un solo ojo lo miraba desde el revoltijo de sábanas, un ojo fijo con restos de maquillaje. Una voz estupefacta dijo:

—¿Qué haces levantado en plena noche?

Una vida entera y más. En realidad empezó a ver Francia, no sólo los pueblos de montaña llenos de turistas sino el centro profundo e invisible que, si se logra entrar en él, se convierte en parte de la sangre. Naturalmente, no sabía a qué aludían las muchas avenidas Carnot y paseos Jean Jaurés, las calles llamadas Gambetta, Hugo e incluso Pasteur. El desfile de reyes y repúblicas no significaba nada para él, sin embargo, lo que veía sin querer era la forma en que una gran civilización se conserva a sí misma. Porque Francia es consciente de su brillantez. Comprenderlo es sentarse a su mesa, dormir bajo sus techos, casarse con sus hijos.

Mañanas inmortales. Le pesaban los genitales como oscuras y lisas piedras talladas por esquimales. Estaban grávidos, con una densidad que no podía creerse. Apartó la sábana. Catherin estaba desnuda, el cabello esparcido por la almohada. Era como una ahogada, hundida en la cama como en un entierro en el mar. Le puso la mano encima, una mano propietaria, serena. Empezaban a pasar los primeros coches. En la calle resonaron los pasos de un viandante.

Ese amor fue el acto de una persona, no fue compartido.

Rand era como un hombre en barca en un gran lago, un lago perfectamente liso al amanecer. Sin más sonido que el de los remos, crujiendo, crujiendo, un hombre solo en una barca que empieza a estremecerse, a gritar. Después, reposaron uno al lado del otro, como camaradas.

El cabello de Rand era como el de Catherin. Su brazo reposaba cerca del costado de ella, el músculo dormido, la luz perfilándolo apenas.

—¿Vamos a volver a Chamonix? —preguntó ella.

—Sigamos viajando. Tomémosles la delantera.

—Me gustaría llevarte a París. —Le acariciaba el brazo con los dedos—. Quiero exhibirte.

—¿Dónde nos alojaríamos? —Un cansancio sublime lo inundaba, como si acabara de tirarse en la cama tras una fiesta inolvidable—. ¿Y tu trabajo?

—Oh, a Remy no le importará. Ahora apenas hay movimiento, de todos modos. —Pareció que se quedaba dormida—. Tengo un poco de dinero —dijo después de una pausa—. Nos lo pasaremos muy bien.

Se levantaron a mediodía y fueron a buscar un restaurante. Estaban hambrientos.

El piso estaba en un callecita de la avenida del Maine. Llegaron al atardecer, un atardecer azul como las tormentas. Siguieron la orilla del río entre la corriente de vehículos y cruzaron densos barrios. Los escaparates iluminaban el comienzo de la oscuridad. Los autobuses pasaban rugiendo. La ciudad, vista a esa hora por primera vez, tenía un estremecimiento eléctrico. Lo deslumbró. Los árboles conservaban todavía sus enormes hojas. A la puerta de los restaurantes había puestos de venta de ostras, las cestas, levantadas por un lado para que los clientes vieran la mercancía. Las calles estaban llenas de gente. La ciudad le cantaba una canción, fluía como un gran sueño inimaginado.

Sólo había dos habitaciones curiosamente desamuebladas, como si alguien acabara de mudarse de allí. Una cocina, un baño alargado y estrecho de paredes rojas. El agua renqueaba en la bañera, un calentador de gas cobraba vida aullando cuando se abría el agua caliente. Había fotografías e invitaciones pegadas en el espejo. La nevera, como no había espacio en otra parte, estaba en el salón.

La propietaria, madame Roberts, pasó por allí al día siguiente. Tenía una melena larga y llevaba unos zapatos muy bonitos. Confesó sus cuarenta y cinco años. Era su hija quien vivía allí normalmente, y se había ido.

—A Roma —explicó—. Ha decidido ir a estudiar. Se ha llevado muchas cosas. Espero que se encuentren cómodos. —Tenía una mirada muy franca—. Aunque usted está acostumbrado a dormir en

sitios peores, ¿verdad? —le dijo a Rand—. Catherin me ha hablado de usted, de su fantástica vida. Usted no es un intelectual, ¿verdad?

—¿Un intelectual? —dijo él.

—Bien, estoy harta de intelectuales. —Tenía los dientes fuertes y blancos; se los lavaba con sal. Era dueña de una tienda en la otra orilla del río: ropa de importación, accesorios, cosas así..., la había levantado ella sola.

—Es muy bonita. Tengo una clase de clientela determinada. Catherin lo sabe. Los trato muy bien, ofrezco buen género. —Su presencia era profusa, vital. Revolvió el bolso buscando un cigarrillo. Cruzó las piernas, enfundadas en medias de brillo metálico, por encima de las rodillas. Había sido maniquí, así había empezado.

—La primera vez estaba totalmente insegura. En el vestuario había una mujer con experiencia. Vio lo asustada que estaba y me habló en un aparte. «Cuando salgas ahí fuera», me dijo, «recuerda solamente que eres joven y guapa y que ellos son mierda». Todo lo que he hecho, lo he hecho sola —prosiguió—. Nadie me ha regalado nada. Mi marido me dejó la mitad del piso cuando nos divorciamos. Levantó un tabique de ladrillos. Él se quedó con el salón y la cocina, y yo con el dormitorio y el baño.

Llevaba el negocio como las cortesanas famosas. Clasificaba a los hombres que acudían en *payeurs, martyrs* y *favoris*.

—Siempre que no cambien impresiones. Ser maniquí me ayudó; me aficioné al lujo. —Tenía un chorro de voz potente y clara. La utilizaba como un surtidor de agua. Se reía roncamente, la risa de una mujer libre—. Me aficioné pero no permití que me arruinara —añadió.

París estaba lleno de mujeres como ella, las veía en las calles, en los autobuses, en todas partes. Estudiantes, casadas, rostros extravagantes en cafés y bares. En los escaparates de las *parfumeries* relucían atractivos anuncios para el cuidado de los senos y la piel. Se quedaba mirándolos como un marido joven mira a las rameras.

En un bar cerca del Boulevard St. Michel había una muchacha con los ojos delineados en negro y un brillante fular de seda enrollado varias veces alrededor de su largo cuello de cisne.

—¿Quién es? ¿La conoces? —preguntó Catherin. Estaba ojeando una revista. Rand empezó a leer por encima de su hombro. Era noviembre. Las noches refrescaban pero los días todavía eran agradables. Pensó que París se estaba abriendo a él.

Conoció a algunos amigos de Catherin.

—*Bonsoir* —dijo una amiga al tiempo que le ofrecía la mano.

Se llamaba Françoise. Detrás de ella había un hombre de pelo oscuro, le dio la mano con desinterés.

—Te presento a Michel —dijo ella mientras se sentaban—. Michel ha vivido en Inglaterra. ¿Eres inglés? —preguntó a Rand.

—No —dijo él.

—*Américain* —comentó Michel cansinamente—. *C'est vrai?*

—Así es.

Michel asintió. Demasiado sencillo.

—*Vous êtes grimpeur?* —preguntó con brusquedad. Françoise ya se lo había dicho.

—Fíabla en inglés —le dijo ella.

—*Je ne parle pas l'anglais.*

—Sí, sí que lo hablas.

—Es muy difícil —dijo él.

Entonces contó una anécdota en francés sobre una fiesta a la que había asistido en Londres. Se le había acercado una chica a preguntarle por qué estaba apartado y solo. Le dijo que era francés, que no hablaba inglés. Ella le dijo que al cabo de dos meses lo hablaría con fluidez. Él le dijo que hacía dos años que vivía allí. La chica no volvió a hablar con él.

—*Oh, tu m'énerves* —dijo Françoise.

Se quedaron en silencio.

—¿Qué escaladas has hecho? —preguntó en francés—. Yo tenía un amigo que era alpinista.

—¿Quién? —preguntó Françoise.

Michel dijo:

—No lo conoces. Estaba en el ejército. Le gustaba el ejército, era de los que les gusta el ejército, pero se metió en líos y tuvo que dejarlo. Después empezó a escalar en serio. Primero no lejos de París, después en Marseilles y en los Alpes. Era muy fuerte, muy puro. Era como un niño, en algunas cosas.

Rand lo miraba con recelo. Michel era consciente de esa mirada. Hablaba más despacio, con naturalidad, como si hablara para todos.

—Empezó a escalar los picos más difíciles de Europa. El alpinismo es más que un deporte. Eso es verdad, ¿no? *Qa dure toujours...* «Dura para siempre».

Escuchaban en silencio. Rand tenía una sensación de pánico. No podía creer que esas frases fueran hilándose así, una después de otra. Michel lo miraba directamente a los ojos.

Rand sonrió. Quería romper el hechizo, demostrar que no era víctima de él.

—¿Quién es ese amigo?

—Sólo puedo contaros —continuó Michel— que su sueño era convertirse en uno de los mejores alpinistas de todos los tiempos.

—¿Es cierto eso? —Se le estaba creando una gran confusión. Tenía una súbita y extraña sensación de aislamiento, como si toda la gente que lo rodeaba, sentada en las mesas cercanas hablando, riéndose, formara parte de lo que estaba sucediendo, fuera incluso consciente de ello.

—No sé nada de alpinismo —dijo Michel entonces. Hacía confidencias, quería entablar amistad—. Lo vi no hace mucho. Le había pasado algo. No sé. Hacía al menos un año que no lo veía. Había dejado a su mujer, no trabajaba. De todas maneras, seguía pensando que si escalaba una montaña más, todo volvería a su lugar. Era como una droga. Siempre necesitaba más y más, y a dosis cada vez mayores.

Rand no dijo nada. Lo miraba fríamente.

—Siempre fue un idealista. Tenía mucha fuerza interior, más de la que hayas visto en tu vida. Pero algo había cambiado en él, se le notaba en la cara. Lo había hecho todo y todavía no era feliz. Hace dos semanas...

A Rand le latía el corazón con fuerza. Los cristales de la ilusión se escapaban de su vida. Notó que desaparecía.

—No me gusta esa historia —le interrumpió Catherin.

—A mí tampoco. Y lo que es más, no me la creo —dijo Françoise.

—Pues es cierta —dijo Michel.

—Yo no lo creo.

—Entonces, no la cuento.

—Adelante, termínala —dijo Rand.

Michel sonrió.

—Adelante.



—Hace dos semanas, en una escalada fácil se cayó y se mató.

—¿Por qué no hablas de algo que sepas? —se quejó Françoise.

—Dije que no sabía nada. Por eso es tan fascinante. Me interesa la psicología del asunto. Se trata de una persona completamente diferente a mí. Yo no tengo valor. No tengo ni un poco de valor. Inteligencia, eso es todo.

—Inteligencia, demasiada; de otra cosa, insuficiente —dijo ella.

—Aquí tenéis a un hombre valiente. —Señaló a Rand—. No le caigo bien. Mirad.

—¡Ay, qué plomo eres! —se quejó Françoise.

—Mira, quiere pelea. Quiere alzar los puños y aplastar lo que no le guste. Ese es el espíritu americano.

—¿Quieres callarte?

—¿Por qué no me pegas? —lo hostigó.

Rand lo miraba fijamente.

—¿Qué pasa? ¿No sabes hablar?

—Me voy. Vamos —dijo Françoise.

—Pero lo que he contado es cierto —gritó al tiempo que se levantaba—. Lo sabes, ¿verdad? ¿Lo ves? Lo sabe.

—¡Michel! Michel es un *pédé* y un borracho. Teníais que haberlo echado a patadas —dijo Colette Roberts.

Estaba tomando un café rápido antes de abrir la tienda. Por la mañana su cara acusaba cansancio visiblemente, como la propia ciudad, a la luz anodina del invierno, de la monotonía.

—Ni siquiera es francés —dijo—. Es judío polaco. Tienes el pelo como la cola arrugada de un gran gallo, ¿sabes?

Se sentía digno en presencia de ella, vivo. Colette era como un espejo en el que se veía perfectamente. Ella sabía manejarse, no era una *amateur* de la vida.

—¿Dónde está Catherin? —le preguntó.

—Tenía que ir al banco.

—Venid esta noche a tomar una copa. Viene un amigo mío de Niza. —Entró una persona en el bar y la saludó. Ella respondió con un movimiento de cabeza y sonrió—. Se me hace tarde. —Se dio cuenta de pronto—. Venid a las seis. —Dejó unas monedas en la barra. Era una mujer de las que no se quedan hundidas mucho tiempo.

Por las mañanas leía, sentado cerca de la ventana, un ejemplar del *Tribune* de uno o dos días antes. Por la tarde salían.

Los túneles del metro estaban llenos de pintadas. En los cafés se hablaba siempre de política ferozmente. En los quioscos había carteles de escándalos descubiertos. Francia era como una gran familia que se pelea, los argelinos, las ancianas con sus perros, la gente en los restaurantes, la policía..., una enorme familia reñida, unida para la eternidad por el odio y la sangre.

Hubo tardes de salir del cine con los ojos reblandecidos y cruzar por entre los panteones grises del cementerio de Montparnasse, con los pies fríos, para volver a casa. Tardes de suaves nevadas que parecían caer de la nada, cuando la ciudad se tornaba azul como el hielo, el sonido del tráfico en la lejanía. O de cafés, charlando y observando a la gente. Había una mujer con una blusa verde de seda sentada sola en una mesa cercana. Leía una cosa que había sacado del bolso. Un horario. De repente, abrió los ojos desmesuradamente. Hablaba sola, asombrada. Se levantó, se puso el abrigo y salió corriendo a la calle.

Tardes secretas, no descubiertas, las ventanas selladas con silencio. A la luz tamizada, ella parecía mítica, relumbrante, como si por primera vez se manifestara la maravilla de un cuerpo. Llevaba solamente las bragas. La sangre latía despacio en el cuello de Rand. Horas de samurai. El disparador de una cámara hizo clic.

—¿Crees que nos las revelarán?

—Claro que sí —dijo ella.

—Yo lo dudo. Nos las robarán.

Cuando Rand salió del baño, Catherin estaba sentada en la cama con las piernas cruzadas, jugando al solitario perezosamente. Los reyes y reinas del mazo tenían nombres impresos, las jotas se llamaban Héctor, Lahire. Se tumbó a su lado a mirar.

—¿Esto es lo que llaman echar la vida a perder?

—Bromeas —dijo ella.

Aun con toda su grandeza, la ciudad no podía sustentarlo. Débilmente, a las calles, a los helados callejones invernales, llegaba un sonido leve, incesante, de un picar esquirra a esquirra. El cielo pálido sólo lo amplificaba. Era el sonido de un piolet. La de Cabot. No paraba.

Se despertó a las cuatro de la mañana. Silencio absoluto en las calles, en el cielo. No podía dormir. En alguna parte, medio en sueños, la arista oscura del Eiger se cernía desde un cielo vacío. Había nevado en las montañas. Las carreteras estaban blancas, los valles cubiertos. Soplaban viento fuerte. Caían torrentes de nieve pared abajo.

Había entrado en una habitación donde Cabot yacía muerto. No podía creerlo, estaba entumecido, pero al ver el féretro y el rostro yacente, con los ojos sellados, el fino cabello, el dolor lo derrumbó súbitamente, lo puso de rodillas. Lloraba sin ningún reparo.

Catherin trató de despertarlo.

—¿Qué te pasa? —le decía. Rand no podía contestar—. ¿Qué ha pasado? Estabas gritando. Se quedó tumbado abrazándola. Ninguno de los dos pudo dormir.

El Eiger es la gran pared de Europa. Es la única representante de su categoría. Seis mil pies de altura, el doble que el Dru, y más traidora. Es de color negro, excepto cuando la nieve, en invierno, se posa en todas partes y oculta las placas de hielo. La escalada es difícil, el peligro de tormentas y desprendimientos de piedras, extremo.

Todos los primeros intentos fueron fatales, aunque forjaron el camino. Los hombres morían congelados, los cadáveres se quedaban grotescamente en la pared durante largos periodos de tiempo. En 1938, se escaló por fin.

Existe un hotel antiguo, el Kleine Scheidegg, no lejos del pie. Las habitaciones son cómodas, la planta baja está llena de fotografías de los que han culminado el ascenso. Hacia el cielo, tan inmensa que no se ve, se alza la montaña.

Se habían alojado todos en el hotel; Cabot había reunido a cinco alpinistas y estaba buscando al sexto. De madrugada, antes del amanecer, salían en dirección al pie de la pared cruzando con dificultad los campos helados. Volvían por la noche agotados.

—¿No sabes de nadie más que quiera venir? —preguntó a Bray.

—Conozco a un tipo de París.

Cabot lo miró.

—¿No conoces a nadie de Inglaterra?

—Para esto no —dijo Bray.

Era como la guerra en una ciudad sitiada. Luchaban todo el día denodadamente. Por la noche dormían en la cama.

Carol estaba allí; era la jefa de las mujeres. Audrey, que acudió en enero, parecía blanca a su lado. Por las tardes, si no había vuelto nadie, comían juntas, a veces con el equipo de televisión. Un hombre que encendía un pitillo con la colilla del anterior, llamado Peter Barrington, era el productor.

—¡Uf! ¡Hoy hace un frío del demonio! —dijo, dando palmadas con las manos enguantadas—. Cuánto me alegro de no estar ahí arriba. ¿Dónde se ha metido el piloto esta mañana?

Había hecho películas sobre arquitectura y sobre poetas ingleses. Después fue al Nepal y eso lo convirtió en experto en montañismo, decía él en tono de crítica. Sin embargo, dominaba la jerga. La utilizaba con libertad. A Cabot lo llamaba secretamente «el Estrangulador». Pasaba la mayor parte del tiempo en el bar, sentado a una mesa con el cenicero rebosante: esperando unas piezas para el equipo, que el tiempo mejorase, una llamada de Londres.

—Buenos días, Peter —le decían.

—Hermosa mañana, ¿verdad? ¿Qué creéis que tendríamos que hacer hoy? ¿Unas cuantas fotografías más de la montaña?

—Por ejemplo.

—¿Qué se han propuesto hoy?

Las cosas iban despacio. Cabot se había roto el pulgar en una caída de veinte pies. Eso no lo había detenido; seguía en ello haciendo tanto como cualquiera e incluso más. Era el único que creía que iban a llegar a la cumbre. Los demás eran meros soldados, autómatas.

La pared estaba completamente helada. Así no habría desprendimientos, pero el frío era intenso.

Se producían frecuentes avalanchas de nieve. Lentamente, con resolución inquebrantable, estaban abriendo una vía nueva por completo hacia la cumbre. Dejaban cuerdas fijas en algunos puntos para acelerar el ascenso y el descenso. El esfuerzo se concentraba siempre en el punto más alto.

A mediados de enero habían escalado la mitad de la pared. Habían excavado dos vivacs en la nieve, búnkeres los llamaba Cabot. Tenían que establecer el tercero. Entonces, retirarían las cuerdas fijas y, empezando desde abajo, un hombre intentaría el ascenso. No era el plan inicial..., se le había ocurrido sobre la marcha. Sería un ascenso directo desde el tercer búnker, cargando víveres y equipo. Alcanzaría la cumbre en solitario.

Pero el tercer búnker se les resistió. Se encontraban en una parte muy escarpada de la pared. No había nieve, únicamente sólido hielo que había que picar pulgada a pulgada. Se les congelaban las manos, los pies. Trescientos pies más arriba había un lugar que parecía algo mejor.

«No habrá tercer vivac, maldita sea», pensaba Bray. No habría nada. Estaba agotado, los dedos le ardían de frío. En los pies no sentía nada. Temía perder los dedos, que se le congelaran, pero de nada servía pensar en ello. Odiaba el tiempo claro y frío que había llegado hacía dos días. Odiaba a Cabot. «Diez más», musitó para sí mientras picaba el hielo. Pequeños fragmentos salían disparados. Un golpe de cada dos era inútil. Nueve. Diez. Hizo una pausa. Bien, diez más, se prometió.

—¿Qué tal ahí arriba?

Cabot estaba prácticamente debajo. Bray le veía la coronilla. No contestó.

—¿Qué tal? —insistió Cabot.

—No puedo más —musitó Bray.

—¿Qué?

—Se me están congelando las manos.

Poco después, bajó.

—¿Hasta dónde llegaste?

—No llegué a ninguna parte. Es como cortar acero.

—Voy a probar yo.

Cabot ascendió utilizando los jumares, unos dispositivos de mano con sistema de bloqueo. Los subía alternadamente y estaban dotados de unas largas cintas de nailon que utilizaba a modo de estribos, donde apoyaba los pies. Ascendió sin tropiezos, dando vueltas despacio en la tensa cuerda. No tardó en oírse el golpeteo rítmico de su piolet a lo lejos. Eran las diez de la mañana. Llevaban en ello desde el alba.

—Están prediciendo mal tiempo. Creen que durará toda la semana —dijo Barrington—. Viene del este.

Habían vuelto al hotel. Hacía demasiado frío para quedarse en la pared y no perdían mucho tiempo en volver a escalar por las cuerdas. Podía hacerse en la oscuridad.

—Con el frío que hace, no sé cómo podéis seguir —dijo Barrington—. ¿Habéis encontrado un sitio para el último búnker?

—Todavía no —dijo Cabot—, pero lo encontraremos.

Carol se había ido a Múnich a hablar con los de la televisión. No se había levantado el telón para el último acto, pero no tardaría. Habían tenido que sacrificar algunas cosas, tal como se planteaba todo finalmente. No era una escalada clásica, sino corrupta en cierto sentido. La conquista de las alturas por cualquier medio y por cualquier motivo es discutible. Naturalmente, nunca sacaron el tema a colación. Estaban ya muy implicados y Cabot era un personaje muy persuasivo. No era de los que se ajustan a la norma, sino de los que la crean.

—Es que si pudiéramos aprovechar el buen tiempo... —decía Barrington.

—Bueno, en ello estamos.

—Porque después, podría ser... difícil.

—Oye, ¿te gustaría subir a ti? —preguntó Cabot.

Barrington se ruborizó.

—No creo que con eso se consiguiera gran cosa.

—No. —Cabot cambió el tono de repente... Estaban sirviendo la sopa, se acercó el plato—. No te preocupes —dijo—. Lo conseguiremos. Está sólo un poco más arriba.

Dos sillas más allá se encontraba Bray, comía encorvado, en silencio.

—He ahí al hombre que lo hará. —Las palabras cayeron en los oídos de un acólito enfurruñado de labios quemados que estaba harto de todo—. Lo hará él. Y los caballeros ingleses que ahora están en la cama se maldecirán a sí mismos por no haber estado aquí, ¿de acuerdo?

Bray siguió comiendo como si no hubiera oído. Más tarde bajó Audrey. Se habían casado en otoño. No se habían ido de luna de miel; dos días en Brighton, nada más.

—Has comido —dijo ella—, creía que ibas a esperarme. —Se sentó—. ¿Qué has pedido?

—Creo que era una chuleta.

—Dios, qué cara tienes. ¿Tú te has visto?

—¿Qué pasa? —Se tocó los labios.

—¿Pensáis volver ahí arriba mañana?

—Eso creo. Pregúntale a él.

Audrey se dirigió a Cabot.

—¿Vais a subir? —No sabía por qué no le gustaba Cabot... Su fría determinación, todos la tenían en una u otra medida.

Cabot también estaba cansado. Tenía la cara escaldada del frío, los ojos rojos. Después, en el pasillo, la detuvo.

—No lo desanimas —dijo—. Ahí arriba es muy duro.

Llegaba música del bar. Por el pasillo del piso superior oyeron unas carreras. Después, risas del bar otra vez. Unos cocineros de mandil blanco trabajaban en la calurosa cocina. Los clientes estaban sentados ante el televisor. En el despacho, una persona sumaba números. En la pared del Eiger, hasta las cuerdas estaban congeladas. Pendían en la oscuridad como si fueran de madera.

—¿John está cansado de verdad? —dijo Cabot.

—Bueno, ya sabes lo tonto que es. No se queja —le contestó.

—Lo sé.

Se sentaron un rato en el bar. A la luz atenuada, el cabello rubio y disperso de Cabot parecía mate. Era como un marginado visto en las sombras, desdibujado, con aire de indefensión. Quizá estuviera medio dormido.

A la mañana siguiente salieron de nuevo. Habían decidido quedarse en la pared hasta alcanzar el nevero que parecía haber arriba. Bray era el primero de cordada. Habían salido del hotel en la oscuridad y, en todo el camino hasta los campos helados, camino que habían recorrido tantas veces, no se dijo una palabra. Cabot resbaló y se cayó una vez. Bray no se dio la vuelta.

Tuvo la negra todo el día. Estaba subiendo una grieta llena de hielo. Costaba veinte minutos de esfuerzo mover un pie. La grieta se ensanchaba poco a poco, él se apuntalaba contra los lados. Tenía la impresión de estar solo allí. Un sentimiento extraño se apoderó de él, un desapego, una euforia casi, como si sólo fuera una fotografía. El silencio de abajo dejó de existir, el miedo desapareció. Siguió abriéndose camino. Estaba agarrado a la nada, en equilibrio sin saber cómo. Notó que el pie empezaba a resbalársele. Procuró aguantar.

—¡Recupera!

La cuerda se tensó. No fue suficiente.

—¡Me voy! —A tres mil pies de altura sobre el valle, empezó a caer. Lo vio todo claramente, lo deploró, apenas le importaba.

La cuerda lo detuvo bruscamente. Tenía la pierna enredada en ella, pendía boca abajo, a diez pies de Cabot.

—¿Estás bien?

—He perdido el guante —dijo.

—¿Qué ha pasado?

—No he podido. —Respiraba fuertemente, con la mano desnuda metida en la chaqueta—. No pude aguantar. —Era media tarde. El sol había rebasado el cenit. El cielo parecía blanco—. El año que viene vuelvo a trabajar de enlucidor —dijo.

—¿Seguro que estás bien?

Bray asintió. Miró abajo. De repente tuvo miedo. El valor había desaparecido. Al cabo de un rato preguntó:

—¿Vas a intentar la ascensión?

—Tú sólo tienes un guante.

—Pero mira el tiempo que se avecina —dijo Bray. Habían aparecido nubes a lo lejos.

No tenía nada que hacer, eso era cierto. Más tarde, las dos figuras que llevaban horas inmóviles iniciaron el descenso. Es posible que el hielo hubiera gastado la cuerda, o que la hubiera cortado una roca. Nadie lo sabría jamás. A los ojos de los que miraban, un punto de color pareció soltarse y caer muy despacio, flotando casi, pared abajo. Y con él, la voz de alarma.

—¡Alguien se ha caído!

Audrey solía pasar el rato en un salón donde los clientes tomaban té. Era cálido y cómodo. Hablaba con la gente, escribía postales y leía. Era agradable sentarse allí a tomar té, a recibir miradas curiosas de los turistas y a contestar a sus preguntas idénticas. «¿Dónde están?», le preguntaban, y ella señalaba hacia los alpinistas lo mejor que podía.

—¡Asombroso!

—¿A qué altura se encuentran?

—Muy arriba.

—¿Y no se pone usted nerviosa?

—No pienso en ello —les decía.

No oyó nada. Vio una cosa que la asustó, la gente de la galería se levantó de repente. Una multitud se congregó en el telescopio.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido? —preguntó. Estaba leyendo. Tenía el libro al lado, boca abajo. Al levantarse, se tambaleó. No oía lo que decían, no oía nada. Era como un vacío. Un momento después, todos los ojos confluían en ella. Estaba segura—. Por favor. ¿Qué ha ocurrido? —dijo.

Esa noche empezó a nevar. Los copos caían mansamente en la oscuridad. La gente cenaba y charlaba. Los camareros se deslizaban por el comedor. Poco después de las siete, Cabot, que llevaba horas fuera, al pie de la pared, llamó a la puerta entreabierta.

—Adelante. —Era la voz de Barrington. Audrey estaba sentada en una silla con una chaqueta sobre los hombros.

—Hola, Jack. ¿Han vuelto todos? —preguntó Barrington.

El equipo de Bray estaba desperdigado por todas partes, las botas detrás de la puerta, los calcetines secándose en el radiador. Cabot se sentó. Le costaba hablar.

—Volvimos hace un poco —dijo.

—¿Está nevando mucho?

—Bastante. Una cosa es casi segura —dijo sin mirar a Audrey—, estuvo inconsciente todo el tiempo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque estaba allí. Lo vi cuando se dio el golpe en la cabeza, desde el primer momento.

—¿Lo viste?

—Sí, es lo más probable —confirmó Barrington—. Esa pared tiene muchas escarpaduras.

La palabra la inquietó.

—Escarpaduras...

—Muchas protuberancias.

—Espero que tengas razón —dijo ella.

Se quedaron en silencio. La inmensidad de la caída y la indefensión del alpinista cayéndose llenaron la habitación. Al cabo de un rato, Barrington se levantó y se marchó. Dijo que luego pasaría otra vez.

—No sé qué decirte —Cabot rompió el silencio por fin... lo había afectado mucho—. La cuerda... podía haberle pasado a cualquiera.

—No seas idiota —dijo ella.

—Ha sido un accidente imposible, como otros.

—No, no es cierto. No ha sido un accidente. Sabía que lo matarías —dijo ella—. Lo supe desde el momento en que te vi.

—No lo dices en serio.

—Desde luego que sí.

—No es verdad.

—¿Que no? —dijo ella—. Claro que es verdad. Sólo era un pobre hombre, comparado contigo, quiero decir, pero era fiel, tenía buen corazón. Podías obligarlo a hacer cualquier cosa. Bastaba con que dijeras que no creías que pudiera hacer una cosa para que él fuera y lo intentara. Bueno, eso ya lo sabías. Te he visto obligarlo. Así que la cuerda se rompió y él ya no está. Anoche estaba aquí. Estaba justo enfrente de ese espejo. Estaba muerto de cansancio, pero tú jamás habrías consentido que se detuviera porque estuviera cansado. ¿Y ahora dónde está? Ni siquiera sé dónde está. —Había empezado a llorar—. Tú seguirás —dijo—. Tú llegarás a la cima. Ni siquiera te acordarás de él.



—No es cierto.

—Oh, sí; sí que es cierto —dijo ella con amargura.

—Escucha, Audrey, es difícil de explicar. —Hizo una breve pausa—. Yo no lo obligué a hacer nada, lo hacía por los mismos motivos que yo. Nada puede obligar a nadie. Cada cual lo hace por sí mismo.

Audrey estaba junto a la ventana mirando la nieve. Se agarraba a su propio cuerpo con los brazos estrechamente cruzados bajo el pecho.

—Lo siento, pero no te creo —dijo con un suspiro. La forma en que se abrazaba —como si no pudiera esperar nada más de la vida—, la ropa y los cosméticos del tocador, el rectángulo claro de la cama que reflejaba la luz, todo parecía hablar por ella. La habitación estaba caldeada. El silencio se amontonaba como una factura que habría que pagar.

—Ven a cenar. No tienes que estar sola esta noche —dijo él—. Si quieres, comemos en el bar. Les pediré que nos sirvan allí.

—No quiero ir al bar.

—Te sentaría bien.

—Déjame en paz.

La rodeó con el brazo.

—Audrey... —Quiso decir algo más pero no se le ocurrió nada.

Ella asintió sin saber por qué. Había empezado a llorar otra vez, las lágrimas le rodaban por las mejillas.

—¿Qué va a ser de mí? —dijo.

—Volverás a Inglaterra.

Lo miró.

—¿Eso es todo? —inquirió.

Él hizo un gesto impreciso.

—¿Eso es todo?

—Vuelvo dentro de cinco minutos —dijo él.

Ella no contestó.

—¿Bajas conmigo?

—Sí —dijo por fin.

—¿Dentro de unos minutos?

—Sí.

Él no se movió. Vio que no había necesidad. En cambio, le puso las manos en los senos, hacía semanas que lo deseaba.

—No —dijo ella. Cabot notó que temblaba, aunque ella no se movió—. No.

La giró hacia sí.

Fue como si lo tuvieran hablado, como si siempre hubieran estado de acuerdo. Carol no había vuelto de Munich todavía. Nevó toda la noche.

Al final de la página había un pequeño artículo, alpinista fallece al caer. Se saltaba las palabras. La sangre huyó de su cara, trató de leer con calma. «Wengen, 24 de enero. Hoy las autoridades han identificado a un alpinista inglés de veintitrés años que encontró la muerte al sufrir una caída desde 3.000 pies de altura, ayer en el Eiger...».

Era domingo en París y hacía frío. La gente hablaba a su alrededor, la televisión estaba encendida. Tenía la sensación de estar vacío y descolorido, como el día. De pronto todo le parecía deprimente. Lo irritaba que hablaran francés, lo irritaban los extranjeros que lo rodeaban, la

ignorancia del mundo. Pensaba en Bray, un hombre menudo y sonriente de manos pequeñas, con una chaqueta sucia. «¿Por qué no vienes a Inglaterra? Podrías trabajar conmigo —dijo—. Los dos. Juntos».

Catherin bajó por la escalera abotonándose el abrigo. Él la esperaba en la calle.

Se dirigieron al centro de la ciudad. Había gente por todas partes; las últimas multitudes del invierno llenaban Chamonix. Pasaban coches salpicados de barro.

—Bueno, ¿qué te dijo?

—Que es definitivo —contestó ella.

—¿Definitivo?

—La prueba ha dado positivo.

—No lo entiendo. ¿Cómo ha podido ser?

—Siendo, simplemente —dijo ella.

Se quedó callado, mirando sin ver los escaparates al pasar.

—¿Te apetece un café? —le preguntó.

Se sentaron hacia el fondo, Rand se dejó caer en la silla.

—En fin, veo que la noticia te ha conmocionado —comentó ella.

—No es eso. Es que...

—¿Qué?

—Que es una sorpresa, nada más.

—Bueno, a mí también me ha sorprendido.

—No es exactamente en lo que estaba pensando.

—Eso ya lo veo.

La camarera volvió con el café.

—¿En qué estabas pensando? —preguntó Catherin. Tomó tres terrones de azúcar y se los puso en la diminuta taza.

—En una vida familiar, no.

Ella no dijo nada.

—No quiero ser padre.

—¿Cómo lo sabes? —Removía el café lentamente—. Serías un padre muy bueno.

—No lo tengas —dijo por fin.

—Es tarde.

—¿Cómo que es tarde?

—Estoy de dieciséis semanas.

El número no le decía nada. Estaba seguro de que mentía.

—Me gustaría saber cómo ha sucedido —insistió—. ¿Cómo ha podido pasar?

—No sé. Habrá sido un fallo.

—¿Cómo?

—¿Me estás interrogando? ¿Por qué no me interrogaste antes de empezar?

—No puedo ser padre —dijo.

Ella guardó silencio.

—A lo mejor no quieres casarte. Eso es lo que quieres decir.

—Es posible.

—Sí. Lo comprendo.

A Rand le cayó un peso tremendo encima. Miró en torno vagamente, como buscando otra idea.

—Pues, no sé qué hacer. *Merde* —dijo ella.

—Catherin, sabes cómo vivo.

—*La veut dire quoi?* —Tras un silencio, añadió—: ¿Qué es lo que quieres? ¿Quedarte como hasta ahora?

—Nunca se queda uno como hasta ahora. Dentro de un año o dos no seré el mismo.

—¿Cómo serás?

—¿Quién sabe? No quiero atarme.

—No estarás atado —dijo ella—. Te lo prometo. Siempre podrás hacer lo que quieras.

Las palabras lo tranquilizaron. Habría podido aceptarlas en ese mismo momento de no haber sido por la ruindad de ella. Por otra parte, se le olvidaría lo que acababa de decir, saldrían a relucir los instintos femeninos. Siempre pasaba lo mismo.

—Quieres que me deshaga de la criatura —dijo Catherin finalmente.

«Sí», pensó, pero por algún motivo no dijo nada. Hay un momento en que es necesario clavar el cuchillo fríamente, de lo contrario, triunfa la víctima. La miró sabiendo que el momento estaba pasando.

—Qué mierda —murmuró él.

Catherin supo que le había fallado. Se sintió indefensa, desesperada. Se quedaron en silencio.

—Dime algo —le rogó.

Rand no dijo nada.

Esa primavera apenas fue a Chamonix. Siempre estaba en un refugio u otro, a veces varios días. Era el comienzo de la temporada. No había nadie en los dormitorios, los colchones estaban uno al lado de otro. «Silencio a partir de las 21:00», imponían los carteles.

De vez en cuando aparecían otros escaladores. Apenas hablaban. Las cabañas todavía estaban frías del invierno, con las tarifas desfasadas colgadas en las paredes. Cada vez iba con menor frecuencia y se detenía en la tienda.

—*Qua va?* —murmuró con torpeza. No parecía que le hubiera cambiado la silueta.

—¿Qué tal por ahí arriba?

—Todavía hay mucha nieve.

—¡Ah!, es decir, estás allí —dijo ella.

Rand no logró sonreír. Se marchó tan pronto como pudo, un tanto incómodo por lo que ella quizá dijera. Odiaba los comentarios de despedida. Seguían una especie de acuerdo, continuaban juntos en cierto modo, al menos mantenían la apariencia. En una ciudad tan pequeña como Chamonix las cosas se sabían enseguida aunque, en rigor, los dos eran extranjeros.

—Voy a subir a Argentiére —le dijo él un día—. Si las condiciones no son muy buenas, es posible que me quede por allí esperando un tiempo, ¿sabes?

—No hace falta que te des prisa en volver —dijo ella—. No voy a estar aquí.

Fue como una bofetada repentina.

—¿Qué? ¿Adónde vas?

Existe un momento en que uno dice: «Te quiero más que a la vida misma, te daré cualquier cosa». Catherin tuvo la sensación de que ese sentimiento parpadeaba ante ella —se iba, lo había decidido ya— era como la última mirada atrás.

—Me voy a París —dijo.

—Bien, nos vemos cuando vuelvas.

No contestó, estaba recordando su rostro por última vez. El silencio atemorizó a Rand.

—¿O no? —dijo.

—No, no creo —dijo ella.

Se desesperó de repente. Ella lo atormentaba. La amaba y el amor lo asfixiaba. La quería pero ella se iba.

—¿Qué vas a hacer en París?

—Voy a estar en casa de un amigo —le dijo.

—¿Quién?

—¿Qué importancia tiene?

¿Importancia? Era enloquecedor. La mayor importancia del mundo. Intentó que se lo dijera, pero ella se negó.

El amigo era Henri Vigan. Catherin había sido su amante —dos años—, y lo dejó porque no quería casarse con ella.

Volvió con él. La aceptó de buen grado. Le dijo que, si lo deseaba, consideraría a su hijo como propio.

Se instaló en Izeaux —las fábricas de cajas de Vigan estaban cerca—, en una casa antigua situada en medio de la calle, construida en los tiempos en que sólo de tarde en tarde pasaba un carruaje o una carreta. Las paredes de la fachada eran sencillas, feas incluso, pero el interior era cálido y acogedor como sólo pueden serlo las casas de campo francesas, con muchas puertas de acceso al jardín. Allí era feliz o, al menos, libre del estorbo de amar a quien no debía. Sería un error decir que no pensaba en él, pero pensaba con menor frecuencia a medida que el tiempo pasaba.

Vigan era amable y comprensivo. Además lo halagaba que ella hubiera vuelto, y por doble motivo, puesto que volvía desde los brazos de un hombre más joven y audaz. Cuando Catherin quiso volver a Chamonix a recoger su ropa se lo prohibió.

—Pediré a alguien que la recoja y la traiga a casa. De todos modos, ahora no puedes ponértela.

La encontraba más bonita, como les suele suceder a las embarazadas. El apetito que tenía, la necesidad de descansar y la recuperación del buen humor lo colmaban de una honda satisfacción. A ella la iluminaba un bienestar que sólo se intuye después del acto sexual. En su caso era lo mismo pero en todo su esplendor, y era él quien se deleitaba en su calidez. La época anterior a su regreso a Izeaux fue perdiéndose en el olvido.

—Estaba muy mal —confesó Catherin—. Pensaba las cosas más deprimentes. Quería suicidarme y que me pusieran una lápida como la de la amante de Dumas, sin nada más que fechas, una en cada esquina: la fecha en que lo conoció, la fecha en que hicieron el amor por primera vez...

Era principios de verano. Las puertas del jardín estaban abiertas.

—Que yo recuerde, todo sucedió el mismo día.

—No.

—Creía que había sido aquella noche memorable en que os fuisteis juntos de la fiesta.

—¿Tanto se notó?

—Estaba clarísimo.

—Por favor —dijo ella.

—Me diste envidia.

Vigan sentía la plenitud del bienestar. A la luz de las ventanas, a última hora del día, le pareció que, por su aspecto, no aparentaba más de treinta y cinco años. La ropa de su armario y sus cajones siempre estaba pulcramente ordenada, el orden llegaba incluso a las pequeñas tijeras y los frascos diversos de la repisa del cuarto de baño. *Le Monde* estaba en la mesa de la entrada con las cartas,

las sábanas estaban frescas, la cocinera, una mujer del pueblo, era bonachona y tranquila. Catherin discrepaba de las opiniones políticas de Vigan, era reservado respecto al dinero y ella habría preferido un hombre más joven, pero a pesar de todo, estaba muy bien dispuesta hacia él, le parecía que existía entre ellos una unión indisoluble. Le gustaban las superficies gastadas y bien conservadas, la comodidad de la casa. Admiraba los detalles de su vida.

Pensaba muy poco en Rand. No recibió cartas suyas, ni siquiera cuando se acercaba el nacimiento del niño aunque, naturalmente, él no sabía a qué dirección tenía que escribir.

Hizo la pared norte del Triolet y el espolón de las Droites en solitario. Habría podido encontrar un compañero, prácticamente cualquiera habría agarrado la ocasión por los pelos, pero partió solo de Chamonix y, por la razón que fuese, empezó a escalar de esa forma.

El Triolet es empinado, el hielo que lo cubre nunca se funde. Se escala con crampones, una rejilla de clavos que se ata a la bota. Dos de ellos apuntan hacia delante y se pueden clavar en el hielo de una patada. Soportan todo el peso.

Se puso en marcha temprano. La cara era como un enorme río descendente, cada vez más empinado, y su aliento, frío. Los crampones crujían en el silencio. Avanzaba metódicamente, con un piolet en cada mano. Se dejó llevar por el ritmo. La idea de resbalar —habría salido disparado pendiente abajo como por un cristal— no lo asaltó en ningún momento hasta que hubo alcanzado una gran altura, y fue una sensación extraña. En una fracción de segundo clavó las puntas de los crampones menos de media pulgada: esa media pulgada no fallaría. Al darse cuenta de ello, una especie de bendición descendió sobre él, una sensación de invulnerabilidad distinta a cualquier otra. Era como si la montaña lo hubiera consagrado; Rand no lo rechazó.

Era feliz, sostenido allí por la menor punta de acero, más allá de toda dificultad, más allá de todo miedo. Pensó que eso era lo que debía de sentirse al final, un borbotón de dicha antes del último momento. Miró abajo. La pendiente era de vértigo. Lejos, por encima, había una gran protuberancia de hielo y sólo dos vías para superarla, dos solamente.

Cada paso, cada patada para clavarse en el hielo, metódica, segura, lo llevaba más y más arriba. Pensó en Bray. Por un momento fue como si estuviera allí. Esas paredes solitarias, esos días, todavía eran suyos, existía en ellos. Destrozado y muerto, no se había ido. No había desaparecido, sólo había salido del escenario. El día le trajo recuerdos de él junto con la sensación de triunfo al superar el desplome, ante la vista que lo aguardaba en la cima.

Lo veían salir a menudo con la cuerda al hombro, la mochila a la espalda. Salía a dar un paseo, decía. Por la mañana se despertaba entre cimas increíblemente blancas en contraste con el cielo apagado. Hay una cosa superior a la vida de la ciudad, superior al dinero y a las posesiones; una hombría que jamás desaparece. Se da todo a cambio de eso.

«Me ha sucedido una cosa rara —escribió a Cabot—, he perdido el temor a la muerte. Últimamente sólo escalo en solitario. Hice la cara norte del Triolet y el Coutrier del Verte. Fantástico. No puedo explicarlo. ¿Qué hay por los Estados Unidos? ¿Qué has hecho tú?».

No era únicamente la soledad lo que lo había cambiado, sino también una comprensión distinta. Lo que importaba era formar parte de la existencia, no poseerla. Todavía sabía lo que era la angustia de las escaladas peligrosas, pero lo sabía de otra manera. Era un tributo; lo pagaba de buen grado. Sentía una plenitud secreta. No envidiaba a nadie. No era arrogante ni tímido.

A principios de agosto, llegó al pequeño refugio de la Fourche. Atardecía. En el largo paseo que cruzaba el glaciar había dejado atrás Pointe Lachenal, el Grand Capucin. El sol se había ocultado tras el Mont Blanc. Hizo el camino durante el crepúsculo.

El refugio estaba prácticamente lleno. La inmensa cara del Mont Blanc, justo enfrente, se había sumido en la oscuridad. Cuando alguien hablaba lo hacía en voz baja. La mayor parte de los

alpinistas se había ido a dormir.

—*Bonsoir* —musitó alguien. Un guía, uno de los más jóvenes. Rand lo conocía de vista.

—*Bonsoir*.

—*Beau temps, eh?*

—*Incomparable*.

El guía movió la mano de un lado a otro —quién sabía cuánto duraría— y echó una mirada a la entrada que Rand había escrito en el libro.

—La Brenva, ¿eh?

Rand no contestó.

Se hizo una sopa y buscó sitio en la tarima de dormir. Al taparse con la manta oyó una tos en la oscuridad, una tos de mujer. Volvió la cabeza ligeramente. No la veía. La soledad lo asaltó súbitamente. Lo asustó la intensidad del sentimiento. Allí tumbado, empezó a soñar. Catherin se acercaba a él exactamente como la vio la primera vez, tan nueva que lo aturdió, igual que entonces. El pequeño Renault, aparcado detrás de la tienda, el olor de su aliento, su sonrisa repentina. Imposible cansarse de ella, de su olor, de su ropa interior blanca, de su cabello. Su rostro entre las almohadas, su espalda desnuda, la luz difusa de las mañanas que la envolvía en un tenue resplandor; su mano delicada tocándolo... sentía todo eso, las imágenes se le derrumbaban en la cabeza. Ella se convirtió en un harén, en una manada, la cabeza le daba vueltas, la multiplicaba en pleno grito, en pleno aullido de perro callejero. El recuerdo lo desbordaba. Se quedó como una piedra tumbado en la oscuridad.

Al amanecer el cielo estaba cubierto. Había empezado a nevar. Nadie escalaría ese día. Unos pocos grupos ya habían empezado a descender. Se fijó en la mujer que había tosido. En realidad la oyó quejarse. Era inglesa, llevaba un jersey grueso y pantalones de escalar desabrochados en la rodilla. Se quedó mirando cómo se peinaba. Ella se volvió a preguntarle.

—¿Qué le parece? ¿Despejará?

—Es difícil de decir.

—No sé si bajar o no. —Su voz sonaba amable—. ¿Cómo puede mantener la calma?

Rand había puesto agua a hervir.

—¿Puedo tomar un té? —le preguntó. Observó cómo echaba el agua—. ¿De verdad va a hacer la Brenva?

—Depende.

—Y va a ir solo. —Se puso tres cucharadas de azúcar—. ¿No es complicarse la vida adrede?

—La verdad es que no —dijo.

Tenía la mirada directa y gris. Era inglesa, pero no como Audrey. Pertenece a otra clase.

—Pero, un solo fallo y se acabó todo, ¿no es así? —Pausa—. Mi guía lo considera una especie de proscrito —dijo.

—Hay que decir que los guías duermen en cama caliente.

—¿Y usted?

—Alguna vez —dijo.

—Me lo imagino.

—¿Ha venido a pasar la temporada?

—Quince días solamente. He venido con mi marido. Es muy buen alpinista, hace años que se dedica. Creo que está un tanto irritado en estos momentos. Se ha herido una pierna. Tuvo una caída en la Blaitière, así que fui a buscarlo con un guía, pero creo que me pasé un poco. Usted es el norteamericano que lo hace todo solo, ¿verdad? Me parece que no sé cómo se llama.



—Rand.

—Sí, eso es. ¿Rand...?

—Vernon Rand.

—Lo vi llegar anoche. Si le digo la verdad, me asusté. Dudé de haber acertado viniendo aquí. Cuando lo vi, supe que no tenía que estar aquí.

—Bueno, dispone usted de un guía.

La miraba desde el extremo opuesto de la habitación.

—Aunque fueran tres —dijo ella.

Se llamaba Kay Hammet, estaba en el Hotel des Alpes. Se marchó al mediodía, nevaba con mayor intensidad que antes. Aquella noche quedaron solamente cuatro y al día siguiente se marcharon otros dos.

Entonces había mantas de sobra. Estuvo tumbado, bien abrigado, durmiendo la mayor parte del tiempo, levantándose a cerciorarse de que seguía nevando. El viento hacía crujir las paredes de metal. Había otra persona más en el refugio. No cruzaron ni una palabra.

La tormenta duró tres días. Después quedaron nubes bajas que tapaban las cimas.

El sexto día, a mediodía, se abrió la puerta y entró un hombre dando patadas contra el suelo para quitarse la nieve. Era Remy Giro.

—*Salut* —dijo.

—Eres la primera persona que entra por esa puerta desde hace una semana.

—Lo creo. Hace un tiempo de perros ahí fuera. ¿Tienes sopa?

—No, ¿quieres té?

—Lo que sea —contestó Giro. Lo vio encender el fogón—. ¿Qué has estado haciendo aquí arriba?

—No mucho.

Giro echó una mirada al joven que estaba sentado en el extremo opuesto de la cabaña.

—Esto estaba lleno cuando llegué —le contó Rand—. Es curioso cómo se van marchando, primero los guías y los clientes, después los que, en realidad, en el fondo no quieren escalar. Después los ingleses, sin comida. Al final sólo he quedado yo y —señaló al fondo con un gesto— el Fantasma.

—¿No te parece que la ciudad sería más cómoda?

—La comodidad mata —contestó Rand con brusquedad.

—¿Te has enterado de lo que ha pasado?

—No, ¿qué?

—¿No has oído helicópteros?

—¿Qué? ¿Un accidente?

—Hay dos italianos atrapados en el Dru.

—¿Dónde?

—Uno está malherido.

—No me sorprende. ¿En qué parte del Dru?

—En la cara oeste, muy arriba. Por encima del diedro de los noventa metros. Toda la cara es hielo duro.

Habían cubierto dos tercios de la escalada y la tormenta los había sorprendido. Trataron de descender por todos los medios; el hielo era severo en exceso. El segundo día, al comprender que tenían que hacer algo, decidieron volver a subir y alcanzar la cima como fuera. Fue entonces cuando uno se cayó. Se encontraban en un lugar por debajo de los desplomes.

—Llevan ahí una semana.

—¿Siguen vivos?

—Esta mañana sí. Han intentado rescatarlos por todos los medios. Incluso tiraron un cable desde la cima, pero quedaba muy lejos de su alcance. Ahora están intentando subir por la cara norte y cruzar hasta ellos.

—¿Quiénes?

—Todo el mundo. Los gendarmes, las tropas de montaña.

—¿Y los guías?

—Sí, claro, y los guías.

—Dando consejos.

—No, no. Lo están intentando también. Hay doscientas personas en movimiento.

—¿Por qué no suben por la cara oeste?

—¡Aaah! —dijo.

—¿Lo han intentado?

—Creo que no —dijo Remy.

—¿Ni siquiera los guías?

—Los guías lo están intentando por la cara norte.

—Naturalmente. Quizá encuentren a alguien atrapado allí —insinuó Rand.

—Hacen lo que pueden —los defendió Remy.

Rand asintió y empezó a llenar la mochila.

—¿Dices que llevan cinco días?

—No van a durar mucho más —dijo Remy con calma. —¿Quién es ése? ¿Lo conoces? —preguntó Rand.

—Lo he visto en la ciudad.

—¿Sabe escalar?

—Es probable. ¿Por qué iba a estar aquí si no?

Rand lo llamó. El joven los miró sin ninguna prisa.

—¿Quieres escalar? —le preguntó Rand. La respuesta fue un leve gesto casi indiferente—. Vamos —dijo.

En Chamonix los esfuerzos habían tocado fondo. Quedaba poca esperanza. Las numerosas intentonas de rescate sólo subrayaban el dolor, lo evidente. Con calma, con conocimiento de causa —pues Chamonix conocía sus montañas— la gente contemplaba lo inevitable. Los dos italianos, vivos todavía en la parte más alta del Dru, estaban perdidos.

Era cierto que habían tirado un cable desde la cima. Pero se había quedado colgando a gran distancia de la roca. Las condiciones eran inimaginables. Ya había muerto un rescatador.

En las calles, paseando en busca de un conocido cualquiera, Rand se encontró con un amigo de Bray.

—¿Quieres hacer un intento?

—¿No hay montones de gente ahí arriba?

—Adonde vamos nosotros, no —dijo Rand.

—Nunca he escalado el Dru. —Era maestro de primaria, concienzudo y un poco tímido. Tenía los labios muy rojos, casi febriles, y el cabello grueso. Se llamaba Dennis Hart—. De acuerdo —dijo.

Consiguieron que el ejército les prestara algunos pertrechos más, una radio e incluso algunas provisiones. Al volver a la ciudad enrolaron a otro alpinista, un francés, Paul Cuver.

—Estaremos allí hoy a las siete —le dijo Rand—. Nos acercan en helicóptero hasta el pie del Dru.

—¿En helicóptero?

—Eso es.

El plan de Rand era sencillo. En las demás intentonas lo habían rechazado de plano. En vez de buscar la vía más practicable, lo intentaría por la más directa. No sabía hasta qué punto serían malas las condiciones, pero conocía la ruta. Dejarían cuerdas fijas al pasar para facilitar el descenso. Si llegaban esa misma tarde a la base del Dru, sería posible alcanzar a los italianos al cabo de dos días.

Aquella tarde esperaron hasta las ocho. El helicóptero no apareció. Finalmente, desesperados, tomaron el tren de Montenvers, un viaje extraordinario que partió justo antes del anochecer. En el pueblo, una chica de la cocina del hotel les ofreció café. Se sentaron en el suelo junto a la entrada. Las ventanas del comedor estaban iluminadas y la gente cenaba.

Eran más de las diez cuando empezaron a bajar por las escaleras de acero que llevaban al glaciar. El cielo estaba negro. No se veía nada ni por encima ni por debajo. El aliento frío de la edad de hielo salió a su encuentro. A la luz inquieta de los faros emprendieron el camino. Incluso por la noche, en las horas más sombrías, el glaciar crujía lentamente. De abajo llegaba el rumor del agua subterránea.

En el lado opuesto comenzaba el sendero de ascenso. Las mochilas pesaban. De vez en cuando alguno resbalaba y se caía en la oscuridad. Bajó la temperatura, no se podía saber si por la hora tardía o por la altitud.

A las dos de la madrugada llegaron al *rognon*. Se enfundaron en los sacos de dormir y se acostaron donde pudieron. El alpinista joven del refugio, Hilm, no tenía saco. Durmió sentado, con la espalda apoyada en la mochila y una cazadora gastada por encima de la cabeza.

Los despertó la luz del día. Eran más de las seis. Se veían retazos azules de cielo. Las nubes parecían tenues. El Dru se erguía oscuro y ominoso, espolvoreado de nieve, como un gigantesco órgano catedralicio capaz de producir notas profundas y escalofriantes.

En la parte inferior no parecía que hubiera mucha nieve. Más arriba, era difícil de decir. La cima, donde se apiñaban los techos, estaba envuelta en nubes.

—¿Se ve algo ahí arriba?

Rand tenía los prismáticos.

—No —dijo.

—¿Dónde están, exactamente?

—No estoy seguro —dijo Rand.

—Hay muchísima nieve ahí.

—Vamos a tomar un té. —Ya estaba sacando los enseres necesarios. Le ardían los ojos por la falta de sueño. Tenía anquilosados los brazos y las piernas—. No tiene mal aspecto, parece que está aclarando.

Poco después oyeron débilmente el sonido vacilante de un helicóptero. Estaba lejos. Por fin divisaron el aparato subiendo desde el valle. Giró hacia el Dru.

—¿Por qué no los llamas y les preguntas qué sucede? A lo mejor ha ocurrido algo —dijo Dennis.

—¿A qué te refieres?

—No sé. A lo mejor han muerto.

La radio produjo una interferencia impenetrable en cuanto la encendieron. Era difícil oír algo.

—*Alió, Alió* —dijo Rand. El helicóptero estaba casi encima de ellos—. *Les italiens* —repitió — *comment vont-ils?*

El helicóptero se ladeó al acercarse a la pared. Rand tenía la radio pegada al oído. Oía hablar pero no entendía. Después, débilmente: *lis agitent leurs mains...*

—¿Qué ha dicho?

—Que hacen señales con los brazos. Están vivos.

—¡Oh, bien! —musitó Dennis.

Estaban comiendo pan con mermelada con las manos sucias y seleccionando el material. Rand y Dennis irían en primer lugar, los otros dos los seguirían. El *couloir* parecía seguro. Lo intentarían. Bajaron al nevero.

Desde la base de la montaña, Rand miró hacia arriba. Vista así, perdía su contorno. Fría como el acero, parecía elevarse sin fin. ¿De verdad la había escalado? ¿La había escalado dos veces?

—Hola, hija de puta —musitó.

Eran las siete en punto de la mañana. Les quedaban al menos doce horas de sol. Se plantó allí, más alto que los demás, casi desgarrado, como una cigüeña. Debajo del casco llevaba un gorro de lana. Cuver se persignó con un gesto visible apenas. Empezaron a escalar sin preocuparse de atarse las cuerdas.

Dennis llevaba tres semanas en Chamonix. Era la primera vez que iba allí. Jamás había emprendido, ni allí ni en Inglaterra, jamás se había imaginado, una escalada semejante. No podía creer que estuviera haciéndola. Estaba seguro de que sería incapaz de continuar en cualquier momento. No se atrevía a pensarlo. Entrada la mañana, a medida que descubrían una sucesión de pendientes imponentes, consciente apenas de cómo iba sucediendo, se encontró en la pared más terrible.

El ascenso era más difícil de lo que había soñado. Tenían que despejar la nieve de los agarres. Más arriba abundaba el hielo, un hielo inquebrantable y resbaladizo que no se podía eliminar del todo. Tenía las manos frías. Trató de calentárselas echándose el aliento y abriéndolas y cerrándolas.

Pidió la cuerda en más de una ocasión, de otra forma no habría llegado tan arriba. Llevaba el casco torcido y el equipo desordenado. Se engañó a sí mismo contándose que se encontraba en un pequeño precipicio, cerca del suelo, situación delicada pero no arriesgada. Podría saltar, llegado el caso. No podía consentir que la enormidad lo afectara, de lo contrario, estaría perdido.

Aunque los demás pensaran otra cosa, sabía que no llegarían hasta los alpinistas perdidos. Aparte de eso, no se imaginaba lo que podría ocurrir. Lo único que le permitía continuar, lo único que lo protegía del pánico era una especie de entumecimiento, una concentración absoluta en cada agarre y una fe ciega y total en la alta silueta que escalaba delante.

Había nubes bajas. Hacia las dos de la tarde empezó a nevar otra vez.

—El tiempo se nos echa encima —fue lo único que dijo Rand.

Dennis esperaba alguna palabra más.

—¿No tendríamos que descender? —preguntó.

—No pinta tan mal. Habrás escalado en peores condiciones.

—La verdad es que no.

Dennis se pegaba a la pared, al lado de Rand, esperando. La nieve caía oblicuamente y les daba en los ojos.

—No podemos quedarnos aquí —dijo Rand. Miró hacia arriba buscando la vía. Con ropa vieja y sin afeitarse parecía un personaje secundario, un rezagado de la retaguardia de campañas perdidas. No importaba. Lo haría. No estaba haciendo una escalada sin más. Se aferraba al flanco de ese monstruo. Había hincado los dientes a la gran bestia.

Pasaron la noche al raso en plena tormenta. El viento les apagaba las cerillas. La menor acción adquiría dimensiones inmensas. Estaban mojados y tenían frío. Cuver se acurrucó, sentado, al lado de Rand. Enfrente, medio escondido, estaba Hilm; sólo se le veía un poco el perfil, tan impasible y retraído como si todavía estuvieran en la Fourche. Rand no tenía idea de qué pensamientos le ocupaban la cabeza. En cuanto a los suyos, obsesivos, lentos, se alargaban millas y millas como una corriente oceánica. Pensaba en Cabot y en las noches como ésa que habían pasado juntos.

Se acordaba de Cabot. Algunos hombres parecen destinados a ir siempre delante, a abrir el camino. Confían en la vida, son los primeros que van más allá. Cualquier cosa que haya que aprender, la aprenden antes que los demás. Su sola existencia imprime fuerza y empuja hacia delante. Amor y celos se mezclaban allí, en la oscuridad, envidia y desesperación.

La nieve se deslizaba desde arriba en etéreas cortinas. Ninguno dormía. Se quedaron en

silencio, cerca unos de otros, hasta el alba, en una estrecha repisa, atados a la roca.

Empezó a clarear. A primera hora de la mañana dejó de nevar. Escalaron el día entero, lentamente al principio, a mayor velocidad después, a medida que los músculos entraban en calor y la cornisa helada de la noche iba quedando atrás. A mediodía el sol se asomó entre las nubes. Los animó. Oían el helicóptero, pero no lo veían.

Dennis había superado el temor. Una euforia vertiginosa lo embargaba. Era uno más, se mantenía solo.

Más arriba, lejos, una cuerda solitaria colgaba. Rand la señaló.

—Allí están —dijo.

—¿Dónde?

—¿No los ves?

—No, ¿adónde miras?

—Debajo de los desplomes. Allí. ¡Paul! —gritó hacia abajo. Una cara miró arriba. Señaló a lo alto otra vez, en línea recta.

—¡Los veo! —gritó Dennis—. Allá arriba.

—No los vamos a alcanzar hoy. —Hizo bocina con las manos—. ¡Hola! —gritó. El sonido se disolvió en el espacio. No hubo respuesta—. ¡Allá vamos! —insistió—. *Venia-mol* —Hizo una pausa—. ¿Los oyes? —preguntó.

—No.

—¡Hola! —gritó—. ¡Ho... la! —Esperó. La inmensidad de la roca fue la única respuesta—. ¡Allá vamos! —gritó tan fuerte como pudo.

Lento como una ensoñación, un objeto blanco respondió, un retal de tela, un pañuelo flotando limpiamente. Los habían oído. Estaban vivos.

La capa de nubes era suave como el agua, Había perdido oscuridad, densidad. Por debajo asomaba una franja de cielo azul, un angosto horizonte aplastado por la luz.

Llamaron a los italianos desde el segundo vivac. Asomó una cabeza cauta, casi desinteresada. Rand saludó. Los alcanzarían por la mañana.

Alta, cansada, con una sonrisa infantil en la cara... así fue la figura que surgió increíblemente del vacío. Los dos italianos llevaban nueve días encogidos en la estrecha repisa. Nueve días de agotamiento, de frío terrible, esperando la muerte.

Era el hombre quien estaba malherido, se había roto el hombro. La mujer, tan deshecha como él, tenía los dientes asombrosamente blancos. Dijo algo en italiano pero Rand no lo entendió.

—*Parí' italiano?* —preguntó ella.

Le dijo que un poco.

—*E spaccato* —dijo.

—Ah, *spaccato* —repitió Rand sin comprender. Dennis estaba justo debajo de la repisa—. Sube —le dijo Rand—. ¿Entiendes italiano?

—Tenemos compañía —dijo Dennis, una vez arriba.

—¿A qué te refieres?

—Ahí abajo. Mira.

Había otro grupo, de guías. Habían llegado cruzando desde la cara norte y en ese momento se encontraban exactamente por debajo de ellos. Llamaban a Rand.

Dos partidas de rescate que llegaban al mismo tiempo, o casi... La anécdota llegó a Chamonix esa misma tarde. Lo más extraordinario fue la discusión que tuvo lugar entre ambas. Los guías habían ascendido por una vía más fácil, y eran siete. Querían ser ellos quienes bajaran a los italianos.

Rand les dijo que no. El helicóptero pasó por el aire, había mucha gente en Montenvers.

—No —dijo—. Nosotros llegamos primero. Son nuestros.

Contra la pared vertical, al sol, variopintos y a sus anchas, se encontraban los cuatro aficionados que habían efectuado el rescate: saldrían fotografías en todos los periódicos europeos junto a la osada respuesta a los guías: «*lis sont á nous*». A pesar de todo, en Chamonix se vivía un ambiente de gran satisfacción, como si se hubiera salvado la fama de la ciudad.

Aquella tarde llegaron a una repisa en mitad del descenso. El tiempo se había mantenido suave todo el día. El pequeño hornillo ardía en la oscuridad. Parecía que lo peor había pasado. Media taza de caldo concentrado pasó de mano en mano hasta llegar al herido.

—*Molto grazie* —murmuró. Jamás olvidaría el arrojado de sus rescatadores, dijo después, en el hospital. Tenía las mejillas negras, cubiertas por una barba de dos semanas. Su prometida estaba a su lado.

—No podíamos dar un paso —dijo ella en italiano—. Había hielo por todas partes. Después de caerse, Sergio no podía mover el brazo. Teníamos muy poca comida. La tormenta seguía. Era el final. ¡Entonces llegó este bello americano! —exclamó.

Su rostro era ancho al estilo oriental, con un bigotillo oscuro y sedoso. Rebosaba de vida y pasión. *Questo bel' americano...* Lo fotografiarían junto a los demás cuando llegaran al *rognon*, repantingados todos como pescadores. Más tarde, ya en la ciudad, Rand se las arregló para desaparecer. Se coló sigilosamente en Sport Giro por la puerta trasera y entró en el pequeño despacho, donde Remy se lo encontró comiendo una mandarina. No quería hablar con ningún periodista. Quería disfrutar del placer de ser famoso desde el anonimato.

No iba a ser tan sencillo. Lo buscaban por todas partes, la ciudad no podía esconderlo. Remy volvió y le dijo que lo aguardaban a la puerta de la tienda.

—Mira, no van a dejarte en paz.

—¿Sabes que estoy aquí?

—¿Los periodistas? No, claro que no. Han venido a comprar pertrechos, ¿qué creías? —le dijo. Ya había alguien a la puerta.

Rand intentó pasar de largo sin decir una palabra.

No iban a dejarlo en paz, era muy singular, toda una rareza.

—No —les dijo—. No.

—¡Vamos, no sea indecente! No somos nosotros quienes deseamos verlo —replicó uno de ellos.

Siempre había sido actor, aunque nunca había oído la llamada. En ese momento, en el aparcamiento de la entrada del Hotel des Alpes, en medio del camino, le adjudicaron su papel. Cansado pero de muy buen talante, escuchó las preguntas con paciencia y procuró responder. Mantenía una sonrisa tímida que a veces se ensanchaba, sonrisa sobre sonrisa. Su rostro alargado se alzó en las pantallas de Francia adusto, natural, con el viento agitándole el sucio cabello. Inmediatamente le preguntaron si se sentía héroe.

—Héroe —dijo—, no, no. No fue cuestión de heroísmo, sino una deuda que tenía con la montaña. De todos modos, no fui yo solo, lo hicimos los cuatro, yo era uno más.

Esa noche lo verían durante la cena, mezclado con ministros de Estado y accidentes marinos. Las mujeres contemplarían, desde la puerta de la cocina, su tímida mirada fija en el suelo.

Era la montaña que había escalado con Cabot y, después, con Bray. Bray había muerto.

—Sí.

—Las grandes paredes se cobran su precio.

—No, así no —dijo—. Pagas, desde luego. Tienes que darlo todo, pero no es preciso morir.

Lo vieron los viejos desde sus hogares, desde los cafés. En la casa grande de Izeaux, Catherin, ya en las últimas semanas del embarazo, también lo vio. Vigan estaba con ella. Mientras veía la televisión, notó el movimiento del niño en sus entrañas. Guardó silencio, no quería demostrar un gran interés ni la puñalada de emoción que lo acompañaba. Se sintió débil.

—Pero John Bray, muerto en el Eiger...

Rand no dijo nada.

—Sí —convino por fin—. Sigo lamentando lo de Bray. No por él, sino por mí.

—¿Qué significan esas palabras?

Ah, no podía contestar.

—Murió, pero eso no quiere decir que todo haya acabado —fue lo único que pudo decir.

—Cuando pienso que los guías de Chamonix —dijo Vigan—, los gendarmes, el ejército, todos ellos... —No terminó la frase. Se levantó y vio el final de pie.

—Usted ama las montañas —dijeron.

—Las montañas no —contestó él—. No, las montañas no. Amo la vida.

Quien no lo creyera es que no tenía ojos para ver. La gente lo reconocía. Se había hecho famoso. «Bonjour, monsieur», lo saludó la mujer de las *douches*. Su honradez había conmovido a todos. Ese rostro curtido, angelical, rebosante de felicidad, se grababa en el pensamiento.

Esa noche no tenía preocupaciones ni agobios. Dejó que le llenaran la copa y revivió la escalada. Después durmió en casa de Remy. Durmió como la primera vez, hacía mucho, como si la tierra entera fuera su dormitorio. Durmió sin sobresaltos, con las manos hinchadas.

Cuando se despertó era famoso. Su rostro inundaba la prensa francesa. Se repetía en todos los



quioscos, en las páginas de las revistas. Las muchachas trabajadoras leían la entrevista en el autobús, de camino a casa. Llegó de pronto a las pequeñas habitaciones, a las casas, a las calles normales, llevando un atisbo de naturalidad. Francia abrigaba desde hacía doscientos años la idea del salvaje noble, sencillo, sincero. Había aparecido inesperadamente. Su imagen limpiaba el aire como la lluvia. Era el enviado de una raza olvidada, generoso, sin temor, con una sonrisa beatífica y el sistema vascular de un corredor de maratón.

En las calles de París, los conductores bajaban la ventanilla y lo llamaban. Era fenomenal. Con sólo verle la cara, la gente se volvía a mirarlo. Una persona se acercó a él y, al cabo de pocos minutos, se había congregado una multitud. Lo consideraban de su propiedad.

—*Mon légionnaire* —se burló Colette—. ¿Qué te parece, tener París rendido a sus pies? —dijo. Le agradaba que fuera famoso. Se lo tomaba con naturalidad. No preguntó por Catherin. Seguramente estaba al corriente de lo sucedido.

El piso de Colette era el último, cerca de la plaza de los Vosges. Había invitado a unos amigos a tomar unas copas: todo el mundo tenía ganas de conocerlo. Botellas y copas en la mesa, las puertas del balcón abiertas: qué hermosa parecía la ciudad, los elegantes edificios antiguos, los árboles, la cola de taxis en la esquina, el tráfico, la luz de la noche. Los amigos de Colette eran periodistas, mujeres, hombres de negocios. Eran comunicativos, iban bien vestidos. Se habían forjado la vida.

—¿Cómo se escala en solitario?

—¡En solitario! —gritó una mujer—. ¿Es cierto eso?

—Dígame, ¿qué lo protege? —le preguntaron.

Se vio reflejado en un espejo de la pared de enfrente entre desnudos brazos femeninos y nuca masculinas. El humo y el murmullo de la conversación aumentaban.

—En realidad, no hay nada que te proteja —dijo.

El murmullo de las conversaciones se aquietó a su alrededor—. Viene de dentro —explicó—. No es como el juego. No es cuestión de arriesgarse. —Presuponían que los alpinistas eran audaces, que poseían una fuerza latente para matar, como en el caso de los boxeadores—. Estás preparado para cualquier cosa —les contó—. Si se te resbala el pie, tienes la mano. Nunca intentas nada si no estás seguro de poder hacerlo. Es cuestión de ánimo. Tienes que sentir que jamás te vas a caer.

—*Ne pas monter bien haut, peut-être* —recitó una mujer—, *mais tout seul*.

—¿Cómo dice?

—Rostand —contestó ella. Llevaba una blusa de seda y collares de marfil. Esas mujeres tenían un aire desenvuelto, de calma y sabiduría.

Más tarde, un azul casi oceánico había cubierto el cielo. El televisor estaba encendido. Un poco borracho, se sentó en un sofá. La gente seguía hablando animadamente. Colette le acarició un dedo con un dedo.

—¿Voy a pasar esta noche sola? —preguntó. Le miraba la mano. El rostro de Colette era asombrosamente joven.

París y el triunfo. Tenía dos mil francos en el bolsillo por los derechos de las fotografías del rescate. ¡Con qué facilidad habían llegado! Recordaba que sonaba una música y el aire suave de la noche. El dormitorio tenía cortinas gruesas, sillas, unos peces que apenas se movían en una verdosa pecera cuadrada. Colette llevaba la bata entreabierta. Le tomó las manos.

—¿No estás muy cansado? —le preguntó.

Su cara inteligente lo conocía, y el cabello abundante, desordenado, le olía como las almendras. Se quedó dormido casi inmediatamente, como un vagabundo en un pajar.

Por la mañana, Colette cogió una botella de agua Evian de al lado de la cama, bebió y se la

ofreció a él. La cama era grande. Dormía, fumaba y comía manzanas allí. Su cara estaba limpia y el aliento le olía un poco. Tenía los brazos ligeramente amarillentos cerca de las axilas, o quizá sucios.

—Tuviste un gran éxito anoche —le dijo.

—¿Ah, sí?

—Aunque no quisiste ir a cenar.

—No —dijo—, soy como un animal. Como cuando me apetece, duermo cuando me apetece.

—Sí, ya me he dado cuenta. —Un gato de patas cortas y orejas mordisqueadas iba y venía entre ellos—. *Bonjour, Pilou.*

Así pues, tendría dos animales, dijo ella de buen humor. A pesar de la decepción de la primera noche, estaba dispuesta a aceptarlo. Ahora ya era por la mañana; se sentó y se cepilló el pelo. Las cortinas seguían cerradas, la doncella las abría a mediodía.

Colette lo cuidaba, lo aconsejaba, le escogía el vestuario. Estaba perezoso, adormecido en los gratos laureles de la satisfacción personal, incapaz de juzgar las cosas por sí mismo. Escribió un artículo que se publicó en la prensa. Una sarta de tonterías, dijo ella, sonaba afectado, no era propio de él.

—¿A qué te refieres?

—Hay que ser un poco inteligente a la hora de dar opiniones —dijo ella.

—¿Ah, sí?

—Sí.

Recibió ofertas para hacer publicidad. Las rechazó.

—Eso, por ejemplo, no es inteligente —le dijo—. Al fin y al cabo, no tiene nada de malo. A la gente le gusta tu cara, ¿por qué no mostrarla?

Iba contra sus principios, dijo en voz baja. E incluso iba más allá de los principios, era una cosa que despreciaba.

—Ah, es eso. —Ella se limitó a encogerse de hombros—. La gente ya sabe que has aceptado un poco de dinero, no les importa. Lo que hiciste no podría pagarse con nada. Los romanos recompensaban a los héroes —dijo—. En Génova les regalaban casas.

—No por eso está bien.

—Vendiste las fotos al *Paris Match* —le recordó.

—Las habrían publicado de todos modos.

—Quizá. Verás, mi amor, dentro de diez años, ¿quién sabrá la diferencia?

—¿Y qué, si sólo la sé yo?

Lo admiró. Estaba haciéndole una pregunta, quería la aprobación de ella.

—Sí —coincidió Colette—, ya es algo. El único problema es que, por tus costumbres, a lo mejor ya no estás aquí.

Comprendió que ella era el mundo, y él, un forastero. Por otra parte, añadió ella, por medio de un amigo podría conseguir que le pagaran más. En la rué de Rivoli le compró una chaqueta muy bonita de cuero blando. Sin ningún motivo en particular..., porque le apetecía, dijo.

Se la probó ante el espejo.

—¿Qué? —le preguntó a ella.

El efecto de viajero de tierras lejanas desaparecía. Se había puesto la concesión sobre los hombros.

—Parezco cualquiera de tus amigos.

—¿Y eso es malo?

Por la noche cenaron en Lipp. En el extremo opuesto del comedor había una estrella de cine, lo

fastidió aquel rival desconocido. Al final de la cena, inesperadamente se acercó a la mesa y le estrechó la mano. Tenía un instinto infalible... todos los ojos del restaurante se fijaron en él. Estaba haciendo una película en Billancourt.

—Venga a verme —le dijo.

Pasó septiembre. Octubre. El esplendor del otoño. Hay una estación en la vida que dura eternamente. El gusto de Colette, su teléfono, sus amigos... todo lo adoptó. Algunas noches le parecía que había bailado demasiado, anhelaba una vida más sencilla. Pero el anhelo no duraba. Pasaba. La gran cama revuelta era suya y de ningún otro, la asistenta que acudía cuatro veces a la semana, la chaqueta de piel que era como un guante, los besos que recibía en las manos como si fuera un sacerdote. Podía hacerlo todo, tenerlo todo.

—¿Te gustaría ir a Belle Isle?

—¿Qué es eso?

—Una isla. El tren sale de París. Por la mañana, ya estás en el mar.

—Es fabuloso —convino Simone. Era la mujer que, aquella primera noche, había citado a Rostand—. El océano, las rocas, el aire. Es el paraíso.

—¿En noviembre? —dijo él.

—¡Es la mejor época! —gritaron las dos.

—Dejadme ir con vosotros —dijo Simone—. Encontraré dónde quedarme.

Colette chasqueó la lengua ligera y maternalmente. «Otro día», dijo.

Simone, como amiga, aceptó la discreta advertencia. Comprendía. Todavía hablaban de la hermosa soledad, del mar, cuando se oyó el estrépito de una colisión abajo. Dos coches habían chocado en la calle. Colette salió al balcón.

—¡Dios mío! —exclamó. Habían chocado contra su coche, que estaba aparcado en la acera de enfrente—. ¡Mirad! ¡Es increíble!

Corrió abajo. Rand y Simone se quedaron mirando desde arriba.

—Qué terrible —dijo Simone mirando a la calle—. ¿Es el suyo? ¿Ese? ¿Cómo es posible? —Notó que una mano se le posaba al final de la espalda. Siguió mirando abajo—. No lo entiendo —añadió.

Su perfil no delataba nada, pero debajo de la ropa, la piel de Simone cambió: todavía era desconocida pero ya no estaba prohibida. Fue haciendo acopio de los zapatos, las medias, el peso de los senos. Colette miró hacia arriba con actitud de fastidio, de súplica. Dijo algo en voz alta.

—*Quoi?*

—*On ne peut pas imaginer!* —gritó.

Rand movía la mano levemente, posesivamente. Ella parecía no percatarse. Permanecía inmóvil, como un pájaro a cubierto. No cruzaron una palabra, ni una mirada, siquiera.

—¡Por lo menos mil francos! —venía diciendo Colette, furiosa, cuando volvió—, y el color no quedará igual. ¿Te imaginas? ¡Mientras estábamos aquí sentados!

Las quejas, la mala suerte parecían aislarla. No quiso salir a cenar. La habían fastidiado mucho.

—Tienes que comer. Ven, por favor —dijo Simone.

—No, no te preocupes.

—Por favor.

No notó nada. Se quedó en el piso. Rand y Simone bajaron. Apenas habían dado la vuelta a la esquina cuando se abrazaron.

Todas las mujeres son iguales. Dos son igual que otras dos. En el momento en que se empieza, ya no hay final.

Las mujeres son sensibles, perspicaces. Por la mañana había algo raro, una tenue sensación de distancia, quizá, o incluso un ligero olor no detectado en la piel. Colette lo miraba dormir. Lo despertó al salir.

—¿Qué hora es? —murmuró.

—Las nueve.

Rand se dio media vuelta. Colette le miraba el hombro desnudo, el perfil de la cabeza, evaluando con calma.

—¿Dónde fuisteis anoche?

—¿Hum? —Se despertó por completo de repente, pero no lo demostró.

—¿Dónde cenasteis? —dijo ella.

—En Daru. —Bostezó. Era mentira.

—¿Os divertisteis?

—No estuvo mal —dijo él.

—Después te llamo.

Parecía una amenaza, en cierto modo. Cuando la puerta de la calle se cerró, Rand se levantó de un brinco y fue rápidamente al teléfono. El número de Simone estaba apuntado en la libreta de direcciones. Marcó pero no hubo respuesta, ya había salido. Dio unos paseos por el piso envuelto en una especie de pánico. La mañana estaba nublada. De la calle llegaba el ruido del tráfico.

Por la noche se quedaron en casa. Él estaba intranquilo, aunque procuraba aparentar tranquilidad. Cuanto ella decía lo alarmaba. Sabía que era inteligente, astuta. Sin saber cómo, le producía aprensión todo lo que la representaba, el piso, la tienda, la comodidad que la rodeaba, los amigos de la casa de Belle Isle.

De pronto le pareció más vieja. Lo vio claramente en la sequedad del cutis, en las arrugas de alrededor de la boca. Lo contrariaba su sabiduría, su aplomo. Al mismo tiempo, no quería renunciar a ella. En el televisor, las noticias de la noche. Sólo se oía en la habitación un suave chorro de francés al que apenas prestaba atención y el crujido de la chimenea. Debió de bostezar.

—¿Cansado?

—Un poco.

—Puedes acostarte pronto esta noche —dijo.

—Eso haré, seguramente.

—Este fin de semana me voy a Ginebra. ¿Te gustaría venir?

—¿A Ginebra?

—¿Has oído hablar de Ginebra?

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte?

—Sólo hasta el lunes.

—No creo —dijo él—. Seguramente me quedaré aquí.

—¿No te aburrirás?

—No.

—¿Seguro? —Estaba mirándolo.

—Sí, seguro.

—Bueno.

—Mira —dijo con indiferencia—, creo que ya lo sabes. Anoche fui con Simone a su casa. Colette admiró la frialdad de la confesión, la brevedad. Ella no habría podido hacerlo mejor.

—Sí, lo sé —dijo, igualándose.

Rand se quedó un tanto confundido.

—No creo que haya que ocultar nada.

Colette no contestó.

—¿No estás enfadada?

—Sólo siento curiosidad por saber por qué lo hiciste.

—No lo sé —reconoció.

—Ya te has cansado de mí —dijo con una especie de añoranza.

—No, no es eso —dijo él.

—¿No te importó que pudiera hacerme daño?

—Que te molestara.

Esbozó una breve sonrisa amarga.

—¿Pero qué filosofía hay detrás?

—¿Filosofía? —La palabra lo sorprendió.

—¿Cuál fue el motivo? —preguntó ella—. ¿O te refieres a que no sientes remordimientos cuando traicionas a una persona que confía en ti? Ir de mujer en mujer, de un lado a otro, como un perro callejero, ¿te satisface? El héroe de ideales tan magníficos, ideales maravillosos..., en cuanto te das la vuelta un momento, se acuesta con tu amiga. ¡Qué asco!

Rand no dijo nada.

—Di algo.

—¿Qué?

—No sé. Di: «Colette, perdóname, me diste demasiado, no podía con ello, tenía que hacer algo», o «Colette, esa mujer no tiene remedio, es tonta, quería saber si se parecía a ti en algo. Pensé si de verdad era una mujer». O podrías decir: «Colette, se me olvidó quién era yo. Se me olvidó que soy un estadounidense detestable, estúpido, desagradecido».

—¿Tanto duele?

—Es feo —dijo ella con cierto hastío—. Me voy a la cama.

El viernes se marchó a Ginebra, a un hotel acogedor de la plaza Longmalle donde solía alojarse. La ciudad se le presentó fresca; el tiempo, despejado. Atendió sus asuntos, comió y se acomodó con unas revistas nuevas en una cama blanca y mullida. Infeliz, sí, pero estaba acostumbrada. Sabía qué medicina necesitaba, sabía qué pasaría. Además, sabía que lo perdonaría y volverían a empezar, como al principio.

Se equivocó.

Rand se había ido del piso a casa de Simone. Estuvo allí poco tiempo. Simone era nerviosa, excitable, le rechinaban los dientes cuando dormía. Tenía el vello púbico áspero.

—Te rechinan los dientes. —La sacudió.

—¿Qué? —dijo ella, aturdida.

Se lo repitió.

—¿Por qué me despiertas? —se quejó. Ahora ya no podría volver a dormirse.

Comparada con Colette, parecía prudente, sosa. La atracción sexual no desapareció —la tenía, a pesar de todo— pero había que tomarse muchas molestias para aislarla entre todas las medicinas,

reales e imaginarias, que atiborraban su vida. Hacía crítica teatral en pequeños periódicos católicos. Tenía las estanterías atiborradas de libros que se apoyaban unos en otros, y la mesa cubierta de papeles. Ni rastro de la espontánea comodidad de casa de Colette. Aquí, había tres habitaciones donde la cabeza trabajaba. Sólo en una ocasión, agotada, dijo algo que le gustó:

—Haces el amor como en las novelas.

Se marchó al cabo de tres días.

—¿Dónde está? —preguntó Colette con calma, durante la comida de conciliación. Ya había perdonado a Simone. Eran como dos pacientes que hubieran sufrido la misma enfermedad.

—Me pareció un hombre extraordinario —confesó Simone—, pero al mismo tiempo me ponía nerviosa. La verdad es que nunca sabía de qué hablar con él. No es precisamente un erudito. No sabe nada de política ni de arte y, sin embargo, estaba dispuesta a creerlo. Tiene un no sé qué, a pesar de todo.

—Creo que consiste principalmente en la virtud de que le siente tan bien la ropa vieja.

—No sé adónde se ha ido —dijo Simone—. Estaba muy inquieto. Me daba lástima, la verdad. Sabía que se marcharía, sólo era cuestión de tiempo. Por lo que sé, no tiene ambiciones claras.

—¿Ambiciones?

—Tú lo conoces mejor, ¿no estás de acuerdo?

—No estoy segura de cuáles son sus ambiciones. De lo que no hay duda es de adonde se dirige. Lo sabe con exactitud.

—¿Adónde?

—Al olvido —dijo. Era más una condena que una profecía. Lo estaba expulsando de la vida de ambas. Vagaría por cualquier otra parte, en el exilio, sería un personaje que desaparece—. Tiene un hijo en Grenoble, ¿sabes?

—¿Está casado?

—No, no. Es una de sus muchas mujeres. Tiene mujeres principales y secundarias.

—Original —dijo Simone secamente, aunque la idea la intrigó.

Ellas no eran sus mujeres, no era ése su papel. Ellas eran testigos. Por algún motivo, él sólo confiaba en las mujeres, y adoptaba una actitud diferente con cada una. Las mujeres eran las depositarias de su historia, desperdigada por todo el mundo.

Fue cayéndose poco a poco del mundo de los cafés y las luces a otro de calles desangeladas y largos paseos para volver a casa a medianoche, cuando el metro había cerrado, en una ciudad de encuentros fortuitos, en compañía de una chica desconocida a la que vio por primera vez a la puerta del American Express y que tampoco tenía casa propia. Era rubia, de rasgos bien definidos, de buena familia.

—Creo que he leído algo sobre ti en alguna parte —dijo.

Estaban en una fiesta en casa de no sabía quién. Un perro de patas finas y hermoso manto castaño corría sin cesar de ventana en ventana mirando al exterior. Se oía constantemente el chasquido de las cerillas para encender una pequeña pipa.

—¿No eres famoso? —le preguntó. Se llamaba Susan de Camp. Estaba sentada enfrente de él. Mientras hablaba, se subió la falda con toda naturalidad y cruzó las piernas. El blanco puro de la estrecha franja de las bragas quedó exactamente frente a él.

Aunque vivía a salto de mata, tenía buen aspecto, de salud. Se había bronceado en Sicilia. Se le había dorado la pelusilla de los brazos.

—¿Dónde te alojas? —le preguntó. Había decidido que Rand era amigo suyo—. ¿Puedo confiar en ti? —dijo. Había ido a colegios buenos, en realidad era una estudiante destacada. Se había casado con un hombre en Kenia—. Era fabuloso, pero un borracho. Más tarde descubrí que se había casado por lo menos tres veces. ¿Quieres entrar ahí? —preguntó—. No está mal el sitio.

Era la esquina de la rué Verlon. Las ventanas estaban empañadas a causa del frío. Dentro había varias mujeres esperando.

—Siempre están ahí —dijo ella—. Me gusta venir a mirarlas. ¿Te imaginas las cosas que podrían contar? Siempre las saludo.

—*Bonsoir* —las saludó Rand con un gesto de la mano. Varias contestaron.

—Te lo dije —comentó ella—. Son amigas mías. Apuesto cualquier cosa a que conocen a Gordon. —Su ex marido, que había sido editor y piloto, había tenido una plantación de café. Todavía estaba locamente enamorado de ella, le confió.

—¿Dónde está ahora?

Se encogió de hombros levemente, como si la conversación la aburriera.

—Tengo unos amigos aquí cerca —dijo—, ¿quieres que vayamos?

Por la noche estuvo media hora amargamente acostado a su lado, con un descontento creciente, intentando que el placer abriera las alas de una vez.

—No pasa nada —dijo ella—. De verdad, estoy acostumbrada.

Lo invadió una sensación de asco e inutilidad. El acto del amor, aunque sea en una situación desinteresada o degradante, sigue siendo lo más serio de todo. Sin embargo, parecía que, en vez de decepcionarla, el fracaso la uniera más a él. Quizá fuera verdad que estaba acostumbrada. Quizá incluso le gustara más así.

—De verdad —le confió—, estoy bien.

Pasaron el mes juntos, deambulando. Se sentaban a esperar a alguien, o a esperar simplemente, en una infinidad de bares de ambiente cargado. Las tardes eran sombrías. Llovía con frecuencia.



París era como una ventana. De un lado, la comodidad y el bienestar, del otro, todo era frío y desnudez, las calles, los cafés, el humo barato que ascendía. Pensó en Chamonix y en el limpio aire matutino, en la estación con el peso de la mochila a la espalda y el tranquilizador golpeteo metálico de la bandolera colgada al hombro. Aquí, la dificultad era desgracia; allí, era el sabor de la vida.

Susan estaba sentada, envuelta en una bufanda y en un abrigo de pelo de camello. Era una paria. Había traspasado todos los límites de permisividad de su familia, le encantaba bromear sobre ello, les mandaba telegramas diciendo que tenía tanto frío que no podía salir de la cama, que pasaba hambre, que estaba enferma.

—Vamos a acercarnos a la biblioteca americana —propuso—, a lo mejor encontramos a alguien. Hay un chico llamado Eddie que está escribiendo un libro sobre la Edad Media. A lo mejor nos invita a comer —dijo—. Una vez lo llevé a casa.

Caminaron por la orilla del río. En el *quai* ardían pequeñas hogueras, algunos hombres se calentaban al lado. Le inspiraron un sentimiento de camaradería, eran pobres, libres. Les sonrió, se encontraba a gusto.

Uno tendió la palma de la mano.

—*Y ai rien* —dijo Rand casi con orgullo. Dio la vuelta a los bolsillos para demostrárselo—.

*Rien.*

—*La veste* —dijo el hombre con voz rota.

—*Oui, la veste* —corearon los demás.

—No te creen. ¿De dónde has sacado esa chaqueta?

—¿Esta? Fue un regalo.

Las voces burlonas los seguían desde lejos.

—Me parece que no los has convencido. —Susan llevaba la cara escondida en el cuello del jersey.

—¿No crees que haya vivido así?

—Sí, sí, lo creo.

—Estaban bebiendo —le dijo.

Por la noche, Rand se miró en el espejo. La cara no le pareció interesante. Cuanto más se miraba, más insulsa le parecía.

—¿Qué te pasa?

—Nada. No estoy en forma.

—Tienes un aspecto excelente.

—¿De verdad? —dijo. No la odiaba, era buena persona, cordial; era él, que estaba cansado. Estaba cansado de seguirla a todas partes, de que le pagara las cosas. Además había sido perdonado. No podía imaginarse qué hacía allí, qué esperaba, qué creía que iba a encontrar.

París..., era como una gran terminal de la que estaba a punto de marcharse, con gran cantidad de señales, neón y esmalte, que se repetían una y otra vez como anunciando una actuación. Los parisinos con sus cigarrillos y sus perros, los tejados de piedra y los restaurantes, los autobuses verdes, los muros grises, todo había fijado la atención en él un momento. Los *affiches* con su foto habían desaparecido pero él seguía allí. Lo percibía claramente, como en un momento determinado de la vida vemos el principio y el final al mismo tiempo: París se había desentendido de él.

El cielo estaba uniforme, el sol, una mancha. Un estrato de silencio pesaba sobre todas las cosas. Debajo, en las calles, los sonidos eran huecos, como dentro de una lata. Un día de invierno en Chamonix, un día en que la blancura le come los huesos a cualquiera.

El Carlton parecía un edificio bombardeado con una sola ala en pie. Había rejas en los balcones, las ventanas estaban cegadas con piedras. El tejado abuhardillado estaba cubierto de nieve que un hombre quitaba a paladas. Llevaba algo sujeto a las botas: crampones, las puntas que, según se supo más tarde, estaban agujereando el tejado. Una voz llamó desde abajo.

—¡Oye, Vern! ¡Vern!

Las paladas no cesaban. La nieve caía por el aire en temblorosas cortinas.

—¡Oye, Rand!

Con el gorro por encima de las orejas y la parka sucia, parcheada con cinta adhesiva, se acercó al borde. Una persona gesticulaba desde la calle.

—¿Quién llama? —dijo.

—¡Nick! ¡Nick Banning!

—¿Quién?

Banning ya era médico, era su primer año de residente, pero no había cambiado.

—¿Qué haces aquí? —preguntó a Rand cuando hubo bajado.

—¿Que qué hago? ¡Dios! —No se había afeitado, tenía los ojos enrojecidos—. ¿Qué haces tú en Chamonix?

—He venido a admirar el paisaje.

—Bien, ahí tienes el Mont Blanc —dijo Rand.

Banning lo pasó por alto.

—He leído todo lo que han escrito sobre ti. Ha sido sensacional —dijo—. Iba diciendo a todo el mundo: «¡Lo conozco!».

—Estuvo bien, por decir algo.

—¿Bien?

—Si quieres saber la verdad, casi acaba conmigo, maldita sea.

—Estás estupendo.

—Ya —dijo Rand cáusticamente.

—Imposible acabar contigo.

Rand se quitó el gorro y se frotó la cara con él.

—Créeme —dijo.

—¡Has sido un héroe!

—Sólo hablé mucho. Los franceses dicen una frase —se acordó de Colette— *il faut payer*, «todo se paga».

—Vas a tener que explicarme eso.

—Sí, bueno, tardaría un poco.

Banning había llegado desde Ginebra en un coche de alquiler. La mochila y el saco estaban en el asiento de atrás. Tenía intención de buscar donde acampar, aunque fuera pleno invierno. Deseaba

escalar esos picos legendarios.

—No sé cuánto tiempo podré seguir escalando —confesó.

—En mi caso, el problema es a la inversa —dijo Rand.

—¿Sabes de algún sitio donde dormir?

—Puedes quedarte conmigo. Siempre hay sitio para un amigo. Hablando de amigos, ¿qué sabes de Cabot?

—Tenías que haberlo visto cuando se enteró. Quiso llamarte, pero te habías ido a París.

—¿De verdad? ¿Es cierto?

—Hace mucho que no lo veo —dijo Banning—. Es que no he tenido tiempo. Oigo hablar mucho de él.

—¿Dónde está?

—En California.

—Le he escrito unas cuantas veces —admitió Rand—. Últimamente no.

—Es un tipo raro. Es como un reflector. Cuando te enfoca, te deslumbra. Después te hundes en la oscuridad, como si no estuvieras vivo. No me malinterpretes, me cae bien, pero está completamente colgado. Quiere ser el primero. Quiere ser el número uno. Eso lo sabes.

—Y a lo mejor lo consigue. ¿Con quién escala últimamente?

—Va cambiando de compañeros.

Rand asintió. La conversación lo estaba deprimiendo. La calle parecía vacía, el sonido había desaparecido.

—Una cosa que me gustaría mucho hacer... —dijo Banning—. Me gustaría echar un vistazo al Dru. ¿Se puede subir en esta época del año?

—Con nieve no —dijo Rand—. No sería nada fácil.

—¿Dónde está?

—Pues, por ahí arriba. Luego te llevo a un sitio desde donde se ve. —Parecía impreciso, sin interés por la idea.

Al anoecer estaba más animado. Fueron al Choucas, donde había una fotografía suya en la pared. Empezó a contarle anécdotas de París, las diversas camas donde había dormido, cuando lo paraban en los bulevares.

—El problema es que ya no esperan nada normal de mí.

—Bueno, de todos modos, ¿qué planes tienes?

Rand guardó silencio un momento.

—Pues, no digas nada al respecto, pero llevo mucho tiempo pensando en una cosa. En realidad, ya hablamos de ello en una ocasión: el Walker.

—Me acuerdo.

—Desde antes de pensar en venir aquí, incluso. Ni siquiera había oído hablar del Dru. El Walker, ése era el grande.

Mientras hablaba, recordaba la época en que empezó a escalar. Tenía quince años. Se acordó de que había visto a otro escalador, mayor que él, de unos veintitantos, arremangado, con los zapatos gastados, la imagen de la fuerza y la experiencia. Ahora volvió a verlo con claridad absoluta, la cara, los gestos, incluso la propia luz. Parecía que, a pesar de todo lo ocurrido desde entonces, la esencia, una esencia que había percibido tan vívidamente en aquella cara desconocida, seguía escapándosele, y siguió esforzándose todavía por captarla.

—Voy a hacer el Walker —dijo. Apenas había terminado de pronunciar las palabras cuando añadió—: También voy a hacer el Peuterey. —No lo anunció con orgullo ni con placer. Fue neutro—.

No sé lo que voy a hacer.

Banning lo escuchaba cortésmente.

—¿Te imaginas lo que sería escalar el Walker en solitario? Lo que los mata es que en realidad no soy tan buen escalador, no tengo tanto talento.

—Vamos, hombre.

—Hay muchos con bastante más talento.

—No es verdad.

—Muchos —insistió Rand. El vino había ido desapareciendo vaso a vaso. El murmullo de otras conversaciones envolvía la suya.

Tomaron una carretera llena de nieve. La noche estaba clara. La luna fría lo iluminaba todo, el cielo se veía blanco alrededor. Unos jirones de nube flotaban como humo. Pasaron de largo los campos vacíos del Biolay. Los pinos negreaban. No había una casa ni una luz. Banning redujo la velocidad.

—¿Estás seguro de que es por aquí? —dijo.

Rand le indicó que continuara con un simple gesto. Un kilómetro más allá llegaron a un cobertizo aislado. Enfrente había un abrevadero de piedra. Rand rompió la capa de hielo.

—¿Quieres agua? —Bebía con las manos—. Agua de vacas —añadió.

Lo condujo hasta una habitación destinada a almacén. Estaba limpia, el suelo era de tablones gruesos. A la luz de una lámpara, Banning echó un vistazo en torno: unas prendas de ropa, equipo, un estante de libros, una radio.

—Las pilas se han gastado —dijo Rand. Estaba encendiendo la lumbre. Enseguida brotó un crujido feroz de leña, fuerte como una ráfaga de disparos—. Esto se caldea muy deprisa —dijo.

—¿Cómo encontraste este sitio?

—Pues... —Se encogió de hombros.

—¿Pagas mucho?

—Nada, desde luego; no vale nada.

—De todos modos, estás solo.

—Sí, es el refugio más modesto. Número de plazas: una.

—¿Nada más?

—De momento. ¿Quieres poner las botas a secar? —Empezó a desatarse las suyas. Suspiró—. Es una larga lucha.

—¿En Chamonix?

—En algunos momentos, hasta llegas a creerte que te has adelantado. ¿Sabes? Con Cabot pasaba siempre una cosa: estás allá arriba con él y nada más, sólo el vacío por debajo de los dos, pero, no sé cómo, tú estás un poco más allá que él, arriesgando más.

—¿Cómo?

—No sé. Pero sé que es así. ¿Sabes lo que me gustaba de él, lo que más le envidiaba? A Carol, su mujer.

—Yo también me caso el mes que viene. Oye, ¿qué es esto? —Tenía un libro en la mano.

Rand lo miró, fue a cogerlo.

—Pásamelo —dijo—. ¿Te suena de algo este tío?

—¿Quién es?

—Maiakovsky. Tengo que enterarme de más cosas sobre él. —Iba pasando las páginas rápidamente.

—No lo había oído nunca.

—Y eres médico. Toma. ¿No has leído su última carta? Se la escribió a una novia. Él se mató de un disparo, ¿sabes? «La barca del amor se hace añicos contra la corriente de la vida. Doy la mía por terminada. Es inútil hurgar en el dolor, en la tristeza, en...». —Aquí vaciló—. No sé cómo decirlo, «*les torts réciproques...* Sé feliz. V. M.».

A Banning no lo había impresionado Rand al principio, cuando lo conoció. No sabía tanto sobre él, incluso le había parecido muy normal.

—No sabía que te interesase la poesía.

—En realidad me interesan muy pocas cosas, ese es el problema —musitó—. ¿Quieres saber qué es lo que de verdad me interesa? Es vergonzoso. Dar envidia a la gente..., eso es. Eso es todo. No siempre ha sido así. Puede que tuviera cierta tendencia, pero no muy marcada. Era más fuerte.

—Te envidio —dijo Banning.

—No me envidies.

Eso sería lo que recordaría, esas palabras pronunciadas tranquilamente y Rand dormido, como muerto, la nieve en el suelo, sin deshacerse, cerca de las botas. Por la mañana entraba la luz por las ventanas escarchadas y, de pronto, se oyó un estrépito en el exterior... Banning se levantó de un brinco a ver qué era. El tren de Montenvers pasaba no lejos de allí. A la luz del día, la habitación se veía más desnuda aún, el inventario de las existencias no habría ocupado ni doce líneas. Más arriba del estante había una postal clavada con una chincheta. Era letra femenina. También se acordaría de la última línea. «*Sé que te espera la gloria*», decía. La firma era una inicial. «C.».

Había dos periodistas esperando en el puente, en la vía. Lo siguieron hasta el otro lado.

¿Qué podía contarles? Los desarmó con la pregunta... iba a tomar el tren, nada más. Uno de ellos hizo unas fotos mientras esperaban en el andén. Había una multitud. La gente se volvía a mirarlos.

¿Iba a escalar el Walker? ¿Iba a escalarlo en solitario?

—Tienen a toda esa gente pendiente, preguntándose qué pasa —dijo.

—Lleva usted mucho equipo —observaron los periodistas.

—No pesa tanto como parece.

—¿Cuántos kilos?

—Pues, unos diez.

—Quiere decir veinticinco —puntualizó uno.

Hablaban en tono de broma; Rand no negó nada pero admitió muy poco. Entretanto, un extraño golpeteo metálico resonaba en el aire. Se volvió a mirar... era un empleado que reparaba los raíles.

—¿Cómo están las condiciones en el Walker?

—La verdad es que no estoy seguro. ¿Saben algo ustedes? —preguntó.

—Hielo —dijo uno de ellos.

—No me sorprendería. —Volvió a mirar en dirección al empleado. El martilleo sonaba sólido, sin prisa, claro. La canción del hierro al entrar en el granito..., el pensamiento cruzó por la mente de todos.

—Quizá debería llevarlo consigo —bromearon.

Un semáforo se puso en rojo. A lo lejos, un rugido ominoso, en cierto modo. Llegaba el tren.

Desde Montenvers descendió al glaciar una silueta solitaria con mochila. Unos grupos de escaladores inexpertos aprendían a caminar sobre el hielo, otros comenzaban la ascensión en direcciones diversas o regresaban. Fue dejándolos atrás gradualmente, pasó el Charpoua y las escalas de hierro fijadas a la roca de Les Egralets. A mediodía había emprendido el ascenso del glaciar Leschaux propiamente dicho. Avanzaba con regularidad y se detenía sólo de vez en cuando a descansar.

Más tarde dirían que parecía cambiado, era difícil de describir. Un poco desmelenado, quizá, como si se hubiera descuidado en cierta medida. El ardor ya no era tan punzante. Esperaban que apareciera en el refugio de los Leschaux, pero no fue a los Leschaux. Siguió subiendo por el glaciar en solitario.

No prestaba atención a lo que lo aguardaba, pero cada vez percibía mejor una presencia en el cielo. La presentía como se presiente el mar a millas de distancia. Iba excesivamente cargado, piolet, crampones, saco de dormir, provisiones para cinco días. Cada libra era crítica. Sin embargo lo necesitaba todo. Tenía un esbozo de la ruta que recogía hasta el último detalle de lo que podía encontrarse, dónde cruzaba la cresta, dónde la roca no era buena. Finalmente, se detuvo y levantó la cabeza.

Oscura, flanqueada por neveros, la columna más alta de las Grandes Jorasses se elevaba cuatro mil pies en una línea prácticamente ininterrumpida. El pie se bañaba en la luz del sol. Más arriba era

casi negra.

La cara humana cambia constantemente, pero existe un momento en que parece perfecta, completa. Se ha ganado su aspecto. Es inalterable. Y así fue la suya ese día, cuando miraba hacia arriba. Tenía treinta años —treinta y uno, a decir verdad— y el coraje intacto. Por encima de él se alzaba el Walker.

Había hecho buen tiempo, una temporada de buen tiempo, suficiente quizá para haber limpiado la cresta de hielo. Desde la base no podía saberlo, tan inmensa era la escala. Quizá fuera temprano, pero el tiempo no aguantaría indefinidamente. Los neveros no parecían muy grandes. Las rocas de la base estaban limpias.

Había planeado dos noches en la cara. Pero a medio camino se encontraba la Torre Gris, la parte más difícil. Se decía que a partir de allí la retirada era imposible, la única forma de salir del paso era continuar hasta la cima. No vio ningún otro grupo; estaba solo. Un escalofrío de desolación lo sobrecogió un momento, pero gradualmente fue recuperando el ánimo. Empezó a trepar por unas rocas fáciles, sin pensar en mucho más allá; pronto se vació de todo excepto del calor generado por el movimiento.

Hacía frío cuando encontró el primer hielo, que estaba más duro de lo que esperaba incluso con crampones. Tuvo la premonición de que empeoraría. Con cautela siguió abriéndose camino.

Avanzada la tarde, llegó a una pared vertical. No había presas buenas. Había ascendido sólo un corto trecho cuando comprendió que no podría hacerlo cargando con la mochila; descendió y se la quitó. Le ató la cuerda, luego se ató la cuerda a la cintura y volvió a empezar. La roca resbalaba en algunas partes, no confiaba en ella. Iba escalando mal, cometía errores. Soplaba el viento. Así, la pared parecía más ominosa y desnuda.

De pronto se le resbaló el pie. Se sujetó.

—Vamos, no hagas estupideces —musitó. No en voz alta, del todo—. Puedes hacerlo. Podrías hacerlo con los ojos vendados. —Levantó la vista. Vio una clavija—. Llega hasta ahí. Alguien lo ha hecho antes —se dijo, lo habían hecho muchas veces.

—Un poco más arriba... Eso es.

Puso allí un mosquetón y se ató a él. Respiraba con fuerza. Y lo que es más, acababa de recibir un escarmiento. Recuperó la mochila.

Arriba, por fin, había una repisa, una buena repisa. Se detuvo a tranquilizarse. Era tarde. Si continuaba, la oscuridad lo atraparía. Pensó que era preferible quedarse allí.

Esa noche, las estrellas brillaban. Las contempló desde la repisa. Brillaban mucho... El brillo podría ser una advertencia. Podría significar un cambio de tiempo. Hacía frío, ¿pero tanto? No podía saberlo. Se sentía seguro pero absolutamente solo. En su fuero interno daba vueltas y revueltas al juramento de escalar esa columna. Cuanto más ascendiera más gélido sería.

Lo difícil aguardaba más arriba. Un rincón de su mente ya estaba renunciando. No podía permitir que el rincón ganara terreno. Intentó frenar el pensamiento. No pudo.

Por la mañana tardó casi una hora en seleccionar las cosas. Hacía mucho frío. Existe una forma de escalar largos de cuerda peligrosos con una cuerda atada en un bucle grande, sujetándola con clavijas a lo largo del tramo, pero implica descender de nuevo para soltarla y la operación lleva mucho tiempo. Lo hizo así una o dos veces, pero le resultó poco ágil y lo dejó.

La piedra estaba llena de hielo. Tenía que limpiar los asideros, e incluso así, a veces quedaba una fina capa. El sol no llegaba a esa parte del Walker. Resbaló varias veces. Continuó, hablando solo, recitando, maldiciendo, parándose a leer la descripción de la ruta siempre que podía... «sesenta y tres pies de desplome», tantas veces que los pliegues habían empezado a rasgarse.

Comenzó el desplome. La mochila tiraba de él hacia atrás, lo separaba de la pared. Tenía miedo, pero la montaña no reconoce el miedo. Clavó un pitón y fijó en él un *étrier*. Esperó a que la sangre se le limpiara de veneno y, con el aliento, se calentó las puntas de los dedos, que le pinchaban de frío. La Torre Gris lo esperaba más arriba.

El hielo empeoró. Pasos que habría dado con facilidad resultaban arriesgados, paralizadores incluso. Aparecieron nubes por el oeste. Estaba nervioso, asustado. Empezaba a perder la fe en la posibilidad de continuar. Las grandes caídas verticales que se abrían a sus pies tiraban de él. Súbitamente vio que podía matarse, que no era más que un punto. Tenía el pecho vacío, volvió a tragar. Estaba dispuesto a dar media vuelta. La piedra era implacable; si perdía la concentración y la voluntad, no le permitiría quedarse. Sopló un viento del pasado. «Vamos —se dijo—, Cabot lo haría». El muchacho del Choucas.

Al pie de la Torre había una travesía difícil. Agarres leves, sujeción en hielo, exposición extremada. A veces la altura no es mala, produce euforia. Si se tiene miedo la historia cambia.

Estaba con un pie en un nudo pequeño. Más arriba, una laja empinada con una grieta ascendente. Empezó a limpiarla con el piolet. Comenzó a subir. Los agarres estaban a un lado, meros bordes de cicatrices leves, a veces de una profundidad inferior a una fracción de pulgada. También los tuvo que limpiar. El dedo gordo se le resbalaba constantemente. La grieta había empezado a inclinarse y lo expulsaba de la laja.

No había dónde sujetarse. Intentó colocar una clavija, las esquirlas de hielo le daban en la cara. Sólo faltaban diez pies, pero la piedra era resbaladiza e implacablemente lisa. Debajo, con una inclinación vertiginosa, la laja se proyectaba en el vacío.

La mano tanteaba de arriba abajo. Todo sucedía muy deprisa, no sucedía nada. El hielo tenía puntos débiles pero no los encontraba. Empezaron a temblarle las piernas. El secreto que hay que guardar pase lo que pase empezaba a escapársele.

Se resignó como un condenado. Conocía el resultado, ya no le importaba, sólo quería terminar. El viento le había matado los dedos.

—Puedes hacerlo —se dijo—, puedes hacerlo.

Estaba aferrado a la pared. Lentamente, inclinó la cabeza hacia delante y la descansó en ella como un niño apoyándose en su madre. Se le cerraron los ojos. «Puedes hacerlo», dijo.

Fueron a buscarlo a la pradera. Estaba sentado al sol, en camiseta interior de manga larga y pantalones descoloridos, como un convaleciente.

—¿Qué lo ha obligado a volver? ¿El tiempo?

—No —respondió despacio, como si se le hubiera olvidado. No había nada que ocultar. Esperó en silencio.

—Problemas técnicos... —apuntó uno.

Oía el ronroneo débil de una cámara. Sujetaban el micrófono cerca de él.

—Había hielo, pero no fue eso. —Miró a algunos rostros. Una brisa estival agitaba la hierba de la pradera—. No me preparé —dijo—, ése ha sido el problema. No estaba preparado. Me faltó valor.

Era verdad. Algo de sí se le había escapado.

—Pero se necesita valor para volver.

Asintió.

—No tanto como para seguir.

—¿Qué va a hacer ahora? ¿Qué planes tiene?

—No lo sé, en realidad.



—¿Se quedará en Chamonix?

—Creo que me gustaría ir a otra parte a descansar un poco.

—¿A Estados Unidos?

—Puede —dijo.

Mientras recogían para marcharse, uno de los periodistas se le acercó.

—No sé si ya sabrá la noticia. Yo me enteré esta misma mañana.

—¿Qué noticia?

—Su amigo Cabot...

—¿Qué hay de Cabot?

Hasta el aire pareció vaciarse.

—Una caída.

—¿Una caída? ¿Dónde?

—En Wyoming, me parece. —Se dirigió a otro—. Wyoming, *n'est-ce pas? Oú Cabot est tombé.*

Era en Wyoming.

—En los Tetones —dijo Rand.

—Es posible. No sé.

—Sí, seguro que en los Tetones. ¿Está herido?

—Sí.

—¿Es grave?

—Mucho, creo.

La sangre huía de su cara.

—Pero está vivo.

Un leve encogimiento de hombros.

—¿No lo sabe?

Hablaron rápidamente en francés entre ellos.

—Sí, está vivo.

—¿Desde qué altura se cayó? —gritó Rand.

—No se sabe con seguridad. Desde mucha altura.

Había dormido toda la tarde, o casi. Estaba apático, exhausto. Los días se le hacían largos.

Cuando atardecía escribió unas cartas. Se quedó en las escaleras de Correos después de que cerraran. Pasaban caras que reconocía. No sabía bien lo que sentía, si sólo estaba nervioso y deprimido o si la curva de la vida había empezado a descender. Exteriormente no parecía cambiado, la cara, la ropa, mejor dicho..., la categoría. A los ojos de muchos seguía siendo una leyenda. *Il faut payer.*

Esa noche, más tarde, en un café cerca del centro de la ciudad, vio una cara conocida. Era Nicole Vix, sola. Parecía mayor. Tenía ojeras. Miró un momento en dirección a Rand, sus miradas se cruzaron. Fue chocante, como esas historias despiadadas en que ella desciende en el mundo al tiempo que él asciende y años después se encuentran otra vez. Apenas podía creer que fuera la misma mujer por la que había sufrido deseos aquel duro invierno primero. Estaba avejentada, abatida. Su momento había pasado. Tuvo el impulso de acercarse a ella... había sido importante para él en cierto modo, se acordaba de ella.

—Hola. —Ella lo miró—. ¿Sigues trabajando en el banco? —le preguntó.

—*Pardon?*

—¿Sigues trabajando en el banco?

—No —dijo, como si no lo hubiera visto nunca.

—¿Dónde estás ahora?

—Discúlpeme —dijo.

—¿No te acuerdas de mí? Fue hace unos tres años, en invierno.

—Discúlpeme. —Se encogió de hombros.

En ese instante, Rand paladeó una intensa amargura.

Si hubiera podido marcharse esa noche, se habría marchado. Finalmente había vuelto a casa, todos sus pensamientos estaban allí. Aún lo saludaron al pasar por el camino de Biolay por la mañana, lo saludaban agitando la mano desde los escaparates. Se sentía como quien se ha retirado. Una música extraña —acordes finales— resonaba en la ciudad.

Un domingo pasó por la carretera cargado con sus enseres, el prado de debajo estaba lleno de autobuses de turistas, aparcados en filas. La gente que había viajado en ellos ni siquiera se había alejado. Estaban merendando en mesas de juego. Había hombres en camiseta tumbados en la hierba, sus mujeres o novias se ocupaban de los niños.

En el hotel, frente a la estación, había dos autobuses cargados de japoneses. Salían a merendar, cívicos y bien vestidos, a las largas mesas montadas bajo los árboles. Las mujeres llevaban jersey. Abundaban las jóvenes.

Se detuvo entre ellos, parecían niños. Les sacaba una cabeza. Les habló en francés. Al principio no contestaron, eran muy tímidos, pero su voz y su actitud eran tan cordiales que enseguida empezaron a responderle. Les preguntó si les gustaría llevarse un recuerdo de Chamonix. Abrió la mochila y sacó las clavijas... les explicó que se utilizaban para escalar, allá arriba, en las montañas. Se clavaban en la piedra.

—¡Aaah! —dijeron sin comprender.

—Miren, así.

—¡Ah! —Se reían y charlaban—. ¡Mucho pesado!

—Mucho, sí. Tomen, para ustedes. —Se las estaba regalando.

—Oh, gracias. Gracias.

—¿De dónde son ustedes?

—De Kyoto.

—Tome, quédese la. Usted también. —Lo daba, el gastado acero que había clavado en la piedra que mira el cielo azul—. Ésta —dijo— la usé en el Dru.

Procuraban entenderle.

—¡Ah, sí! El Dru.

Catherin salió del portal a la luz del sol. Tenía el coche en la acera de enfrente, cerca de un parque pequeño rodeado de árboles... poco más que la confluencia de tres calles, en realidad. La hierba siempre estaba alta y desatendida. Aunque quedaba frente a la casa de Vigan, a pocos pies en realidad, nunca había entrado allí. Estaba buscando las llaves cuando se fijó en una persona que estaba sentada en la sombra. Lo reconoció al primer vistazo. Se quedó esperando con el corazón desbocado al ver que se levantaba y se dirigía hacia ella.

—Hola, Catherin —dijo.

Había cambiado desde la última vez que lo vio, incluso respecto a las entrevistas en televisión. No sabía precisar en qué. Lo saludó con calma relativa, consciente apenas de lo que decía.

—Pareces sorprendida de verme —dijo él.

—No mucho.

—¿No te llegó mi carta?

—¿Qué carta?

—Te escribí; hace al menos una semana.

—No recibí nada —dijo ella sencillamente.

—Qué raro. —Esperó—. Bueno, te decía que a lo mejor venía, nada más.

Catherin empezó a buscar las llaves otra vez. Le temblaba la mano. Él no se movió. La carta no le había llegado, ni él tampoco, en cierto sentido. Mediaba una distancia entre ellos, la distancia invisible entre lo que poseemos y lo que jamás poseeremos. Incluso iba vestida de otra manera. Nunca le había visto aquella ropa.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —le preguntó sin levantar la vista del bolso. Sólo hacía una hora que Vigan había salido de casa. La cocinera había entrado—. ¿Acabas de llegar?

—Llegué hacia las ocho de la mañana.

—Ya veo.

—Di una vuelta por la ciudad...

—Ya veo.

—La verdad es que no. ¿Qué buscas?

—Aquí están —dijo nerviosamente con las llaves en la mano—. ¿Cómo encontraste la casa? Bueno, supongo que tenías la dirección.

—No es un secreto, ¿verdad?

—No.

—¿Qué tal te va? —dijo él.

—Muy bien. ¿Y a ti? Pareces un poco cansado.

—Vengo de viaje.

—¿De dónde?

—De Chamonix.

—Ah, claro.

—¿Qué tal está tu hijo? —preguntó.

—Bien.

—¿Qué nombre le pusiste?

—Jean —dijo, pronunciándolo a la francesa.

—Jean —lo repitió un par de veces—. ¿Por qué escogiste Jean?

—Suenan bien con Vigan —dijo.

—Ah. ¿Cómo...? —Vaciló de pronto—. ¿Cómo es?

—Se parece un poco a ti.

—¿De verdad?

—Sí.

Rand comprendió que ella no tenía nada para él. No quedaba nada. Se mostraba fría, desinteresada. Incluso había adoptado la belleza propia de los desconocidos.

—¿Podría verlo?

Catherin no respondió. Estaba confusa interiormente. Y lo que es más, estaba nerviosa: cualquiera que pasara por la calle los vería allí juntos. El propio Vigan podría volver. Desde el nacimiento del niño era más afectuoso e impredecible. Podía aparecer por la esquina en cualquier momento con un enorme ramo de flores en el asiento de al lado. Y sin embargo, ahí, ante ella, estaba la cara perdida, inolvidada del hombre que era el padre, que siempre lo sería.

—¿Y bien?

—Creo que no tenías que haber venido —fue lo único que pudo decir.

—Tenía que venir.

—No, no tenías que venir.

—Ahora o nunca —dijo él simplemente.

—¿Qué quieres decir?

—Vuelvo a casa.

Un impacto le recorrió el cuerpo. Incluso habiéndola abandonado, ahora se alejaba más, desaparecía para siempre de su mundo.

—¿Cuándo te vas?

—Mañana. Sólo he venido a despedirme.

—Ah, bien. Está durmiendo —dijo—. Está durmiendo la siesta de la mañana. Además, la cocinera está en casa.

—No quiero ver a la cocinera.

—Mira, es muy difícil.

Rand no dijo nada. No tenía un gran deseo de ver al niño, era mera curiosidad, pero el rechazo, breve y rotundo, lo mataba.

—Me caso, ¿sabes? —dijo—. Henri va a adoptarlo.

—¿Cuándo?

—En otoño.

—Entonces, es posible que no vuelva a verlo nunca. Ésta podría ser la última vez.

Era todo, la ropa vieja, las leves arrugas de la frente, la inocencia que no lo abandonaba en ninguna circunstancia. No era débil, no estaba rogándole, estaba esperando pacientemente.

—Tienes que prometerme que te irás —dijo ella—. Tienes que darme tu palabra.

—No te preocupes.

—¿Me lo prometes?

—Pareces nerviosa por algo. ¿Qué es? ¿Qué crees que voy a hacer? ¿Robártelo? Quiero verlo, eso es todo. ¿Es mucho pedir?

—Espera aquí —dijo, y entró.

Él cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, la calle estaba vacía. No era difícil imaginarse en cualquier parte, en cualquier ciudad de provincias, incluso en Chamonix. Detrás de las paredes y las vallas había jardincillos, filas de césped cuidadosamente dispuestas en montículos. Esas casas, esos pueblos, a excepción de las antenas de los tejados, no habían cambiado desde hacía un siglo. Había llegado a conocer ese país que no era el suyo. De pronto lo embargó una pena profunda al pensar en dejarlo. Una especie de oleada lo envolvió. Notó que empezaba —el pecho— a resquebrajarse, a derrumbarse. No podía evitarlo. La amaba, y ese amor lo había traicionado. Siguió allí, procurando soportarlo todo: las casas, los transeúntes, su propia falta de valor. Quería echar a correr, volver en otra ocasión con fuerzas renovadas, cuando pudiera herirla de algún modo en vez de sufrir ese deseo inútil, ese arrepentimiento.

Oyó un ruido arriba. Levantó la vista.

Los postigos de una ventana del segundo piso se habían abierto y, un momento después, apareció Catherin. Sostenía a su hijo en brazos. Parecía que estuviese sola, serena, inadvertida. Guardaba silencio, centraba toda su atención y su cariño en el niño. Desde esa distancia, Rand apenas le distinguía la cara. Le vio las manitas, el cabello claro. Al cabo de un rato, Catherin miró hacia abajo. El niño movía las manos.

—¿Qué?

Le había dicho algo, una palabra silenciosa que no logró entender. Pero no se la repitió. Sólo abrazó al niño más estrechamente, vaciló y se retiró al interior de la habitación. Al cabo de un minuto, sus manos cerraban los postigos.

—¡Catherin!

Le parecía que todo lo anterior era un viaje, que el camino lo había llevado hasta allí y allí terminaba. No sabía qué hacer. Se quedó plantado. Las hojas suspiraron levemente por encima de él bajo el peso de horas de bochorno, de interminables días de verano.

Fue en Grenoble, camino del norte, cuando por fin entendió lo que le había dicho, como la pieza de un rompecabezas a la que se da vueltas y más vueltas y, de repente, encuentra su sitio. Lo vio claramente, el largo muro blanco de la casa, la ventana, los bracitos moviéndose sin ton ni son, una palabra sencilla: «Adiós».

La pálida tarde se demoraba sobre el mar. Se diría que California estaba más poblada aún, que había más gente, más coches. La hilera de casas se extendía a lo lejos por la costa. Negocios nuevos, señales nuevas. Al mismo tiempo lo reconocía todo. No había cambiado. Cerca de Trancas, un coche redujo la marcha para recogerlo. El conductor era un hombre robusto con un traje arrugado. Venía directamente de la ciudad de México, dijo, se dirigía a Seattle. Sólo se había parado a repostar.

—¿Adónde vas? —preguntó.

—A Santa Bárbara.

—Tenías que haber tomado la local. ¿Cómo te llamas?

—Rand.

—Llámame Tigre —dijo. Se estaba quedando calvo, se peinaba el escaso y largo cabello que le quedaba cruzándose por encima de la calva. No se había afeitado—. ¿Has estado alguna vez en México?

—Sí.

—Yo voy cada dos por tres. Uno se lo puede pasar muy bien allí. Antes se podía ir a ver campeonatos de boxeo por cinco dólares, pero eso era hace veinte años. Las cosas han cambiado. ¿Cuándo fue la última vez que estuviste allí?

—Hace un tiempo que no voy. He estado en Francia.

—¿De verdad? —dijo—. ¿Dónde estuviste, en París? Yo he estado en París. Antes iba mucho. ¿Piensas volver?

—Es posible. No sé.

—¿Quieres una buena dirección?

—De acuerdo.

Le echó una mirada.

—Quiero decir, buena de verdad.

—Claro —dijo Rand.

—¡El Louvre! —dijo. Rompió a reír y se llevó la mano al bolsillo—. ¿Fumas puros? Toma. Oye, ¿por qué no te vienes conmigo a Seattle? ¿Has estado allí alguna vez? Apuesto a que no. Un sitio estupendo. Vivo allí. Vamos. Mi mujer nos preparará una cena tremenda. Se llama Galena, ¿qué te parece? Es rusa. Es una diosa, una auténtica diosa. Existe una expresión para las mujeres como ella. ¿Sabes cuál es?

—No.

—Una fiera. ¿Te gusta? Eso es lo que es.

Dejó a Rand en la autopista en Santa Bárbara.

—Nos vemos —dijo. Salió a toda velocidad.

Hacía un día cálido. El horizonte del mar brillaba. Los pájaros cantaban mientras subía la cuesta.

La casa era victoriana, blanca, o al menos tenía influencias de la época. Era baja, de un solo piso, y estaba retirada de la calle.

Llamó al timbre. Se oyeron unos pasos, una pausa, y Carol abrió la puerta. Estaba en blusa y

pantalones. Tenía la cara limpia, como si se acabara de levantar o de lavar.

—¡Rand! —exclamó. Lo abrazó—. ¡Cuánto me alegro de verte! Qué buena pinta tienes. ¿Acabas de llegar?

—Esta mañana —dijo—. ¿Qué tal estás?

—No estoy mal. De verdad. Hemos tenido un tiempo estupendo. Vamos, entra.

La siguió al recibidor.

—Bonita casa.

—Es muy bonita. Espera a ver el jardín. Deja las cosas aquí. Vamos atrás.

Cruzaron la cocina y Carol abrió la mosquitera de la puerta de atrás. Había un porche y dos escalones de madera.

—Querido —dijo—, mira quién ha venido.

Había un hombre sentado a una mesa de cristal a la sombra de los árboles. Volvió la cabeza. Llevaba una camisa deportiva azul con dibujos de bambú y manga corta. Tenía los brazos fuertes. Levantó uno.

—¡Hola, canalla! —dijo. Era Cabot. Estaba sentado en una silla de ruedas. Dio la vuelta a la silla y tendió la mano—. Ya era hora de que te dejaras caer.

—Siempre serás el mismo, Jack. ¿Cómo te ha ido? —preguntó Rand.

—Menuda pregunta.

—Tienes buen aspecto.

—¡Ah, no te preocupes por todo esto! —dijo Cabot—. Te acostumbrarás. ¿Cuándo llegaste? ¿Cuánto puedes quedarte? Tenemos una habitación para ti, ¿te la ha enseñado Carol?

—Todavía no —dijo ella.

—Es la mejor habitación de la casa. Es la habitación en la que me voy a morir. Vamos —empezó a mover la silla— sígame, como suele decirse.

Estaba paralizado de la cintura para abajo, con las piernas enfundadas en el paño flácido de unos pantalones de tullido. Había estado a punto de matarse en la caída; pasó una semana en coma. Al principio pensaban que no se recuperaría, y sólo se recuperó a medias. Estuvo en cama muchos días, mientras le hacían pruebas y lo trataban. Entretanto, realizaba en secreto un esfuerzo crucial, por su propia cuenta; intentaba por todos los medios —incluso por la fuerza del deseo—, hacer algún movimiento con los dedos de los pies. Casi los veía moverse, pero jamás se movieron.

Empezaba de nuevo y seguía hasta el agotamiento, se quedaba tumbado en silencio un rato y empezaba otra vez. No le dolía nada, no sentía nada, nada en absoluto. Como si las piernas fueran de otro.

—Se partió la columna —explicó Carol después—. Los nervios no se regeneran. Seguro que ya lo sabías. Pueden arreglar prácticamente cualquier nervio, pero ése no.

—No puede ser.

—El médico dice que es como si le hubieran cortado el cable a un transatlántico. Es imposible volver a conectar los miles de cabos diminutos que quedan sueltos.

—¿Y ya está?

—Por desgracia, sí. Jamás se levantará de la silla.

—¿Le afecta a algo más? ¿Algún órgano interno?

—Todo, de la cintura para abajo —dijo ella.

Fuera, los pájaros cantaban en pleno calor de la tarde. El sonido parecía tapar la casa. Rand estaba amodorrado. Mirando las montañas lejanas cubiertas de neblina, tuvo la sensación de estar en un hospital, él también, de tener una enfermedad que todavía no le habían revelado.



Por la tarde, el abogado de Cabot se dejó caer por allí. Era abogada, no mayor que Rand, agresiva, segura de sí misma. Se llamaba Evelyn Kern.

—Encantada de conocerte —dijo—. He oído hablar mucho de ti.

Estaban presentando una demanda contra la compañía aseguradora. La prima por el accidente se quedaba corta.

—Tenemos que sacarles lo suficiente para la manutención —dijo—, por no hablar de los gastos médicos.

Todo resultó fácil y natural. Se sentaron a beber. Hablaron del pasado.

—Tengo entendido que intentaste hacer el Walker —dijo Cabot.

—No pasó de ahí... un intento.

—¿Qué ocurrió?

Rand se encogió de hombros.

—Tienes el vaso vacío. Carol, ponle un trago, ¿quieres? ¿Hasta qué altura llegaste?

—Podría haber llegado más arriba.

—Mucho más arriba, como se decía.

—¿Qué es el Walker? —preguntó Evelyn.

—Está en las Grandes Jorasses, una cresta que sube en vertical.

—Sueno tremendo.

—Es un clásico. Siempre quise hacer el Walker —puntualizó Cabot.

—Quizá lo hagas —dijo Rand.

Hubo un silencio incómodo.

—¿Vas a llevarme a cuevas también allí?

—¿Quién sabe?

Así empezó la visita. En el jardín todo eran pinos, y un par de palmeras enormes. Al otro lado de la valla de atrás crecían juncias altas y susurrantes. Carol salía con frecuencia a trabajar fuera, quitaba las malas hierbas y regaba las plantas. Se arrodillaba en la tierra inclinando el largo cuello, con la nuca al desnudo. Tenía las piernas delgadas y bronceadas. Se dio media vuelta y se sentó, consciente de la presencia de Rand.

—Ésta es mi tienda de campaña verde —le contó. Las ramas se unían por encima de su cabeza. El sol se filtraba entre el follaje.

Al otro lado del seto, una vecina, la señora Dabney, regaba. Tenía sesenta años largos. Llevaba un pañuelo en la cabeza y un vestido sin espalda que dejaba al aire sus carnes marchitas. Su marido había tenido dos ataques cardíacos.

Rand tomaba el sol sentado en los escalones, sin camisa.

—Vas a asustarla —le advirtió Carol.

—¿Asustarla? —La señora Dabney rociaba los árboles de crassulas para demostrar que estaba atareada—. Cada día se acerca un poco más. —Levantó la voz—. Qué hibiscos tan bonitos, señora Dabney.

—Son el árbol oficial de Hawai —contestó ella—, ¿lo sabía?

—No, no lo sabía.

—Estuvimos allí un par de semanas —dijo—, mi marido y yo.

—¿De verdad?

—Fuimos a todas las islas —dijo ella con una sonrisa cordial.

Días azules del Pacífico. Por la mañana, neblina y el canto de los pájaros. Las oscuras frondas umbrías caían en cascada desde las alturas de las palmeras. Los pasos de Carol en el pasillo. A

veces, tumbado en su habitación, Rand se imaginaba que se detenían.

Sabía que ella lo observaba. Notaba su mirada en la cocina y en la mesa. A veces, sin premeditación, sus miradas se encontraban... Ella no la retiraba. Rand la admiraba desde siempre. Carol le devolvía ahora esa admiración.

Cabot bebía. Tomaba dos o tres copas antes de cenar y después vino, no podía dormir de otra forma. Si se despertaba en las horas anteriores al alba, los mismos pensamientos le ocupaban la mente. El cromado de la silla de ruedas brillaba a la luz de la luna cerca de la cama.

Nunca había dormido bien, ni siquiera antes del accidente. Entonces, cuando se despertaba, se vestía en la oscuridad y salía a pasear. A veces tardaba horas en volver. Al amanecer se encontraba en el punto más elevado de los alrededores mirando encenderse el cielo, y después volvía a casa.

Lo habían privado de eso. Ahora se quedaba tumbado mirando la oscuridad. Había rogado a Dios, había leído poesía y filosofía en un intento de dar a su vida una forma nueva. Durante el día parecía que funcionaba, pero por la noche era diferente, todo se escurría gota a gota y volvía a ser el niño que se imagina el mundo y lo que hará en él, con la excepción de que las piernas le colgaban inertes como andrajos.

Se apoyó en un codo. Se llevó las piernas al suelo, la una después de la otra. Acercó la silla y se sentó. Recorrió el pasillo en silencio.

—¿Vern? —Abrió la puerta—. ¿Estás despierto?

—No.

—Cuéntame algo.

—¿Qué te pasa?

—No puedo dormir.

Rand buscó la luz a tientas.

—Si me tomo un par de tragos suelo dormir bien, pero esta noche precisamente, no puedo. Es curioso, siempre veía beber a mi padre. En aquel tiempo no sentía más que desprecio por él. Algunas noches no podía ni hablar, el hombre.

—¿Qué hora es? —preguntó Rand.

—Sobre las tres.

—Empecemos.

—¿No te importa?

—No. —Se sentó—. No; precisamente quería hablar contigo.

Cabot sonrió.

—¿Tú? ¿Hablar tú?

—Me gustaría descubrir qué es lo que no te funciona en realidad —dijo Rand.

—¿Qué es lo que no me funciona? Soy un tullido de mierda.

—¿De verdad?

Cabot lo miró fijamente.

—He estado observándote. Te sientas ahí a leer. Viene Evelyn, te tomas unos tragos. Lo llevas con mucha calma.

—Eso te crees.

—Carol también.

—Qué sabrás tú —dijo Cabot.

—¿A qué te refieres?

—No tienes ni idea. No estoy tan tranquilo. Estoy a la espera.

—¿De qué?

—La verdad es que pensaba pegarme un tiro. Se lo dije a uno en el hospital, otro parapléjico. Creí que le demostraría en qué consiste ser hombre u otra memez por el estilo. Lo único que me dijo fue: «Procura no fallar y quedarte paralítico de los brazos».

—¿Cómo es que conservas la fuerza de los brazos?

—¿No te lo ha explicado Carol?

—Lo intentó.

—Los brazos... están bien... —Agarró a Rand por la mano. Empezó a empujar hacia un lado sujetando una rueda de la silla con la otra mano. Forcejearon uno contra otro. Se le hincharon los tendones del cuello; poco a poco vencía a Rand. Finalmente lo soltó. Respiraba con fuerza—. Donde estoy un poco débil es aquí abajo —dijo.

—Eso era lo que iba a preguntarte.

Cabot no dijo nada. Parecía casi desinteresado.

—¿Qué es lo que te queda, exactamente?

—De la cintura para abajo, nada.

—¿Nada?

—Cero absoluto —dijo Cabot amablemente.

—Tengo razón yo. Te lo tomas con calma.

—Bueno, inténtalo tú.

—Y tu mujer también se lo toma con calma.

—No le queda más remedio.

—Siempre queda remedio.

—Todavía no me ha dejado, si te refieres a eso.

—Oh, no va a dejarte...

—Cuánto me alegro.

—... No mientras estés en una silla de ruedas.

—¿Por qué estás tan seguro?

Rand se encogió de hombros.

—Porque yo no —dijo Cabot.

—No dejaría a un tullido en la estacada.

—¿Crees que sigue aquí por eso?

—¡Ah, Jack! No es eso lo que importa. Estoy pensando en otra cosa. ¿Sabes? Lo primero que me dijeron fue que probablemente morirías. Pero no fue así, luchaste y volviste. Después me dijeron que estabas inválido...

—Sigue.

—¿Me lo tengo que creer?

—En realidad, ésa no es la cuestión —dijo Cabot en voz baja—. La cuestión es cómo puedo creerlo yo.

Hablaron hasta la mañana, cuando los zarcillos verde claro de la araucaria de la señora Dabney se agitaron soñadoramente como seres submarinos; a veces levantaban la voz discutiendo, pero casi siempre en susurros, confidencialmente. Había entendimiento entre ellos, del que hunde las raíces en la fuente misma de la vida. Compartían momentos que nunca olvidarían: un esfuerzo inmenso, desgarrador y, en la cima, el éxtasis; un apretón de manos con la cara resplandeciente, confirmada la existencia misma de los dos.

Carol había salido esa noche. La casa estaba en silencio, era la oportunidad que Rand esperaba. Entró despreocupadamente en la habitación y se sentó.

—Evelyn estuvo aquí hace un rato. Te la perdiste —dijo Cabot. Estaba viendo las noticias de la noche, como siempre, con un vaso en la mano.

—¿Qué tenía que decirte?

—Bah, asuntos legales. Quería hablar de ti. Le interesas mucho.

Rand se había levantado y se estaba sirviendo un trago.

—Seguramente no te sorprende —dijo Cabot.

—No.

—No sé qué le habrás contado. Algo sobre la escalada...

—Más de la cuenta —comentó Rand.

—De todos modos, la dejaste de una pieza.

Era un momento tranquilo. Un murciélago volaba temerariamente en la oscuridad por encima de los pinos, cambiando de dirección como un pájaro que acaba de recibir un tiro.

—Me propuse asombrarla —reconoció Rand—, así que le conté la verdad.

—¿Por ejemplo?

—Le dije que llevaba quince años escalando. Casi todo ese tiempo, por lo menos diez años, la escalada fue lo más importante de mi vida, lo único. Sacrifiqué todo lo demás.

¿Sabes qué es lo único que he aprendido sobre la escalada? ¿Lo único, único?

—¿Qué?

—Que no tiene la menor importancia, en absoluto.

—¿Eso es lo que le dijiste?

—En absoluto —dijo él.

—¿Qué la tiene?

—Lo sabes tan bien como yo: la verdadera lucha viene después.

A veces, mientras hablaban, daba la sensación de que estuvieran allí sin más, por casualidad: Cabot se había sentado en una silla de ruedas sólo porque la silla estaba allí. Parecía que pudiera ponerse de pie en cualquier momento, desembarazarse de la incapacidad como quien se quita una manta. A veces, era como si estuviera a punto de levantarse, pero entonces, como si oyera una alarma, no se levantaba. Rand se fijó en ese detalle. Era difícil saber qué lo retenía, una razón oculta, quizá. La verdad se encontraba oculta bajo la superficie.

Caía la noche californiana, la oscuridad del océano. Había pasado otro día. Dio un sorbo y reflexionó en silencio.

—Nos ha pasado algo, Jack.

—¿Ah, sí? No me había dado cuenta.

—A mí también me ha pasado. Te voy a decir una cosa que seguro que me negarás.

—¿Qué?

—Te están traicionando.

—Ah, ya.

—De verdad.

—«Nunca somos traicionados sino por nosotros mismos...» —citó Cabot.

—Eso es sólo la mitad. ¿Quieres saber el resto?

Hubo un silencio. Cabot esperó.

—Los que dicen que te están ayudando, Carol, Evelyn, los médicos, quieren mantenerte en esa silla.

—Anda, sírvete otro trago.

—Lo digo en serio. —Se calló un momento—. Sabes que siempre he creído en ti, desde el principio.

—¿Y?

—En tu fuerza, la fuerza de tu deseo. En tu voluntad de ganar.

Cabot replicó con un gesto impreciso.

—Sigo creyendo en ti.

—¿Dónde quieres ir a parar?

—Te has rendido. Sin embargo, he visto que empezabas a ponerte de pie sin darte cuenta.

—Es un acto reflejo.

—Sé que puedes hacerlo —dijo Rand.

Cabot impulsó la silla hacia la mesa cercana a la puerta para encender la luz.

—Sé que puedes ponerte de pie, pero no vas a hacerlo. Te has rendido. —Hablaba a Cabot desde atrás—. Y si te rindes, ¿dónde me dejas a mí?

—¿A ti?

Rand esperó.

—No sé —admitió Cabot. Se estaba llenando el vaso—. Sé dónde me quedo yo. No me dejes llevar por la histeria ni por una necesidad destructiva. Sé que tú lo crees así, pero los problemas físicos existen de verdad. No hay acto de fe que ayude a superarlos. Ahí tienes la muerte, por ejemplo. ¿Crees en la muerte?

—No sé.

—Pues yo sí.

—Pero no estás muerto.

—No.

Rand hablaba con entrega, con una seriedad que ni la indiferencia ni la bebida vencerían. Quería sacar a la luz, por fuerza, la verdad o cualquier forma de verdad; difícil, porque la verdad se resistía y podía cambiar de apariencia. Una cosa eran las alturas de los Alpes y otra, una casa en Montecito, con las luces encendidas por la noche y Cabot sentado encima de un cojín de goma, en una brillante silla cromada, con una parte del cuerpo retorcida, una parte crucial que era intocable.

—Siempre ibas por delante de mí —dijo Rand—. Nunca habría ido a Europa de no haber sido por ti.

—Quién sabe.

—¿Te acuerdas de las noches de acampada al pie del Dru?

—... Lloviendo sin parar.

—Todo eso me lo diste tú. A ti te debo las cosas más importantes que he hecho en la vida.

Cabot no sabía qué decir.

—Es curioso, ¿verdad? —fue lo único que se le ocurrió.

—Ahora sólo tienes que hacer una cosa más...

—Eres como una tía mía, ¿sabes? Dice que sólo tengo que rezar, que si rezo lo suficiente, quién

sabe lo que podrá ocurrir. No para de decirme lo mismo, nunca dejará de creerlo. Es una mujer agradable, siempre le he tenido afecto, pero no es médico. «Dios es médico». «Ya lo sé, tita, pero escúchame, ni siquiera Dios podría hacerme andar». Lo he intentado. Lo he intentado de verdad. — Miró a Rand abiertamente. El orgullo no le permitía implorar, pero estaba pidiendo comprensión—. Créeme —le dijo.

—He hablado con tu médico.

—¿Ah, sí?

—Me dijo una cosa que no logro entender, que físicamente no te pasa nada. Hay algo que te obliga a seguir en la silla.

En la confusión de la bebida, Cabot estaba oyendo cosas que sabía que no eran ciertas. Era como si flotasen demencialmente desafiándolo a refutarlas.

—De acuerdo, hay algo que me obliga a seguir en la silla —dijo con cautela.

—¿Qué es?

—No lo sé.

—¿Has perdido el valor? ¿Cómo yo? —dijo Rand.

—No creo.

—¿Puedes demostrármelo? —dijo Rand. Se sirvió medio vaso como un adversario dispuesto a pasar la noche y, al mismo tiempo, levantó la mano de entre las piernas. En la mano, fría y pesada, tenía una pistola.

Cabot se quedó mirándola.

—Es mía —puntualizó.

—Hay una bala cargada. No hace falta que vayas más lejos que yo.

Que girase un coche hacia el sendero de entrada, que la señora Dabney llamase a la puerta de atrás, que sonara el teléfono... Cabot esperaba un aviso de vuelta a la realidad.

—Si pierdes el valor, lo pierdes todo. Después ya nada importa. —Rand bebió—. Empiezo yo.

Súbitamente, Cabot fue a coger la pistola.

—No —dijo Rand, y la apartó. La ladeó e hizo girar el tambor—. El guía nunca cae.

Cabot se quedó mirando cómo se llevaba la boca del cañón a la sien casi con descuido y apretaba el gatillo. Se oyó un clic vacío.

—Te toca.

—No.

Rand no dijo nada.

—No puedo —dijo Cabot.

—Toma un trago.

—Ya he bebido bastante.

—Ya estás muerto —dijo Rand.

—No del todo.

—Yo estaba contigo. Nos quedamos atrapados allá arriba. Los rayos barrían la cima. No pensarás recular ahora, ¿verdad?

—No he bebido tanto.

—Adelante —ordenó Rand.

Cabot miró la pistola sin pestañear. Era intensamente oscura. Irradiaba poder. La tomó. Se la llevó a la cabeza. Apretó el gatillo despacio. Clic. El percutor cayó en una recámara vacía. Una felicidad repentina, la gloria casi, lo embargó. Rand cogió la pistola.

—Ascendemos —dijo. Se apuntó a la cabeza otra vez. Otro clic—. Vamos, sube.

La bala tenía que estar en una de las recámaras restantes. La pistola llegó a manos de Cabot como un naipe en una partida de póquer, apenas la miró. Miraba a Rand fijamente. Tuvo una sensación de mareo cuando la boca del cañón, contundente y pesada, lo tocó cerca del ojo, un ojo, pensó con torpeza, que ni siquiera tendría tiempo de parpadear. Así iba a terminar todo. Se resistió, procuró no creerlo aun sabiendo que era verdad. El final... que era imposible, que no llegaría jamás. Se le humedeció la cara. El corazón le latía desbocadamente. Su semblante reflejaba calma absoluta. Apretó el gatillo.

Clic.

—Bueno, ya estamos cerca —dijo Rand.

—Basta.

Rand agarró el tambor.

—Hemos llegado hasta aquí. —Le ardían los ojos, estaba intensamente concentrado—. Uno más.

Levantó la pistola. Cabot avanzó para detenerlo. Un vaso se cayó y se estrelló contra el suelo. Casi a continuación, disimulado, cayó el percutor.

Silencio. Cabot cogió la pistola.

—Se acabó —dijo.

—No.

Se miraron fijamente.

—No puedo.

—Uno más.

Cerró los ojos. La habitación daba vueltas.

—Tienes que hacerlo —oyó.

Las luces del mundo se apagarían, la noche lo devoraría, se quedaría en paz. Tan cerca estaba. Los pensamientos pasaban a chorro, atropellándose. Cabot se aferraba al último momento.

—Aprieta.

Empezó a apretar.

—¡Aprieta!

El dedo se tensó.

—¡Aprieta! —insistió Rand.

El percutor cayó. Un clic.

Casi no sabía lo que pasaba. Rand se le había tirado a los pies.

—¡Lo has hecho! —gritaba—. ¡Lo has hecho! ¡Ahora levántate! ¡Levántate! —De repente se calmó—. Puedes hacerlo —le rogó—. ¡Puedes levantarte! ¡Levántate!

Empezó a zarandear la silla. A Cabot se le meneaba la cabeza. Parecían estudiantes borrachos destrozando muebles. La fe inundaba la habitación.

—¡Levántate! ¡Levántate!

Al otro lado del estrecho sendero que separaba las dos casas, la señora Dabney estaba sentada con su marido, vestido con albornoz, oyendo los gritos.

Una fuerza violenta empujaba la silla, la inclinaba, tiró a Cabot al suelo, donde se quedó sentado de cualquier manera, con las piernas dobladas de una forma curiosa, y empezó a reírse.

—¡Ven aquí!

Cabot se reía.

—¡Ven aquí! Jack, lo has hecho. ¡Puedes andar!

Cabot trataba de recuperar la respiración. La habitación daba vueltas.

—¡Joder! —rogaba inútilmente—, por favor. —Tardó un momento en darse cuenta de que estaba solo.

—¡Vern!

No oyó nada. Siguió llamándolo al tiempo que se arrastraba hacia la puerta.

—¡Vern!

No había nadie en el pasillo. Se oyó un leve ruido en la habitación de atrás. Aunque nunca lo hubiera oído hasta entonces, era inconfundible, el ruido de cargar cartuchos.

—¡Vern! —llamó.

Rand salió con la mano a un lado, poseído por una extraña calma.

—Ahora funciona —dijo.

La mirada de Cabot cayó un segundo sobre la pistola.

—Mírate. La silla está de lado, tú estás sentado aquí. Ni siquiera puedes levantarte.

—Puedo levantarme —dijo Cabot.

—Eres inútil. Los dos somos inútiles —dijo—. La única pregunta es quién dispara a quién.

Parecía desalentado por completo. Cabot sintió una súbita y honda compasión por él... no sabía por qué le resultaba tan abrumadora.

—Jack... —oyó.

—¿Sí?

Levantó la mirada. La pistola estaba en alto.

—Voy a contar hasta diez. Si no te pones de pie y vienes aquí, aprieto el gatillo, lo juro por Dios. Porque no eres paralítico. Lo sé.

—Sé lo que te propones.

—Uno.

—No sabía que no estaba cargada —dijo—. Tú no arriesgabas nada, pero yo sí.

—Dos.

—¡Ah, mierda! —dijo Cabot renunciando al forcejeo. Volvió la cabeza sin mirar siquiera. Ya había tenido suficiente.

—Tres.

Cabot esperó estoicamente.

—Cuatro. —Rand sujetaba la pistola con las dos manos, sin titubeos.

—¡No puedo andar! —dijo Cabot con rabia.

—Cinco.

—¡Dios! Ni siquiera puedo mear.

—Seis.

—Adelante, dispara —dijo.

—Siete. Ponte de pie, Jack. Por favor.

Cabot alzó la mirada. Como si hubiera sido idea suya, puso las manos en el suelo e intentó levantarse.

—Ocho. Ponte de pie.

Con la fuerza del tronco, que era considerable, lo intentaba —como un animal arrastrando los cuartos traseros por el camino—, se esforzaba por ponerse en pie como fuera. Se le humedeció la cara. Las venas le sobresalían en la frente.

—Nueve.

No lo oyó. Todo su ser se concentraba en el esfuerzo.

—Diez —dijo Rand.



Una detonación ensordecedora. Cabot se derrumbó. Otra, el ruido fue inmenso en la estrechez del pasillo. El segundo disparo, como el primero, hizo un agujero en la pared detrás de la cabeza de Cabot. Estaba tumbado, la mejilla aplastada contra el suelo. Rand disparó de nuevo. Una vez más.

Carol llegó a casa hacia medianoche. Había estado en casa de un amigo. Encontró a su marido en el sofá, con la camisa sucia, el pelo revuelto. La silla de ruedas, vacía.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

Estaba viendo la televisión. La habitación se encontraba en completo desorden.

—Nada —dijo—. Todo ha terminado. Creía que volvías a casa a las once.

—Perdí la noción del tiempo. ¿Qué has hecho?

—Nada, en realidad. Rand pegó unos tiros.

—¿Tiros?

—La señora Dabney se puso nerviosa y llamó a la policía. —¿A qué disparaba? ¿Dónde está?

—Se ha ido —dijo Cabot—. Supongo que volverá. Se ha llevado el coche.

En ese momento vio las señales de las balas.

—¡Dios mío! —dijo—. ¿Qué es eso?

—Agujeros —dijo él.

—¡Louise!

—Sí —dijo una voz adormilada—, ¿quién es?

—¿No lo sabes?

Hubo una pausa.

—¿Rand? ¿Eres tú? —dijo—. ¿Dónde estás?

—Veo que no se te ha olvidado mi voz, a pesar de todo.

—¿Qué hora es?

—Sobre las siete y media.

—Siempre fuiste madrugador. ¿Dónde estás? ¿Estás en la ciudad?

—No.

—¿Dónde?

—Pues aquí en el norte. ¿Qué tal tú?

—Bastante bien, ¿y tú?

—¿Cómo está Lañe?

—Te lo cuento cuando te vea. Ha tenido problemas.

—¿Qué clase de problemas?

—Prefiero no contártelo por teléfono.

—Mala suerte. ¿Está ahí?

—Ha pasado la noche en casa de un amigo. ¿En qué parte del norte?

Rand miró alrededor.

—Pues no sé —dijo—. Estoy en una gasolinera.

—¿Cuándo volviste?

—Hace unos días.

—Bueno, pues ven aquí.

—Iré —dijo—. Me gustaría estar ahí en este momento.

—¿Pues por qué no estás?

—Tenía que hacer unas cosas. —Había querido hablar con ella, pero en ese momento no le apetecía. En realidad no tenía nada que decir—. ¿Sabes aquellas cajas mías?

—Sí. ¿Qué pasa con ellas?

—En una hay una buena caña de pescar.

—¿Una caña de pescar?

—A lo mejor a Lañe le gusta.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó—. Te noto un poco raro.

—¿Ah, sí? No, estoy bien.

—Recibí tu carta —dijo.

En la carretera, más allá, había un puente sobre un riachuelo. Bajó por el terraplén y se lavó la cara. El sol salía por detrás de las montañas. En el agua había latas vacías de cerveza.

Conducía con perezosa satisfacción, los pensamientos iban y venían. El campo invencible pasaba flotando. Veía las cosas con una lentitud fantástica, caras en los parabrisas, nombres de pueblos. Pensó en su padre, cuando iban de caza, de pequeño. Tenían una vieja arma del veinte y un puñado de cartuchos. El viento barría los campos. A lo lejos se veían enormes rebaños en movimiento, rumbo al sur. No tenían reclamo. Un hombre se les acercó y les dijo que así jamás cazarían un ganso. Tampoco tenían licencia.

En la carretera parece que pase una vida entera. El sol cambia de una ventanilla a otra, las casas, las ciudades, las granjas aparecen y desaparecen. En un campo cerca de Shandon vio un potro muerto y la yegua al lado, inmóvil, levemente inclinada. El potro parecía haber encogido, como si estuviera fundiéndose con la tierra.

Se acordó del día en que salieron de Indiana en el coche con una bolsa de huevos duros y nada más. El perro no comía huevos, no tenían dinero para comida. Aparcaron al lado de un río en Utah, de noche. Se levantaron nubes de mosquitos. La corriente pasaba de largo, verde y plata. En Elko, subieron por una carretera llena de baches hasta una residencia canina que estaba cerca del —jamás olvidaría ese nombre— Motel Marvin.

—Volveremos a buscarlo dentro de un par de días —le dijo su padre al hombre.

El perro se quedó sentado tras la alambrada enseñando el pecho blanco, mirándolos marchar.

Pensó en Cabot. La montaña estaba nevada cuando descendían. Bajaron la cresta en *rappel*. Hacía frío, sobre todo más abajo, cuando pasaron por las cascadas. Cabot era fuerte, más fuerte que él, entonces. Hicieron el descenso tan rápido como pudieron, era más arriesgado que el ascenso.

Cerca de Volta giró al este y cruzó el valle. Ya era tarde. Se dijo que él no era un soldado novato. Las manos que llevaban el volante eran manos de veterano. Su corazón era un corazón leal. La duración de las cosas viene determinada por una ley oculta. Entender ese hecho y aceptarlo es adquirir la sabiduría de los animales. Él era un veterano, un jefe, pero su rebaño se había desperdigado, había desaparecido. Atrás quedaba una California a la que los emigrantes acudían a descansar en oleadas sucesivas. Adquirían casas, trabajaban, abrían tiendas. Atrás iban quedando refinerías, suburbios, botellas vacías en las calles. Delante, el último refugio.

No había nadie en la carretera, parecía que se lo bebiera, que lo guiara hacia delante. El sol del atardecer inundaba la tierra. Destellaba en el retrovisor como un disparo. Había un caballo blanco en los campos, solo, sin cielo, sin tierra, como estampado.

En el espejo, se vio más allá de la vida en la que él era el más puro ejemplar, el que nunca se echaría a perder. De pronto se vio excesivamente viejo, con una cara de la que en otra época se habría burlado. Ahora se encaraba al invierno, sin abrigo, sin un lugar donde posarse.

Por la noche llegó a una población, Lakeville. Aceras sucias, casas de madera, patios llenos de leña. Las luces del supermercado estaban encendidas. En una colina había una iglesia abandonada. Árboles enormes. Aire silencioso, fresco. Cerca de las afueras había un almacén de chapa de zinc. Unos niños jugaban al *softball* cerca del aparcamiento de caravanas. Se sentó allí, en el almacén de

un motor. La noche estaba serena y plateada. Tenía intención de ir más lejos pero no pudo. Algo había salido mal. Estaba al borde de las lágrimas.

Había ido tan lejos y había escalado tanto como había podido. No podía ir más allá. Sabía lo que le pasaba, empezaban a temblarle las rodillas, se estaba soltando. En ese momento no quería resbalarse, se aferraba todavía con desesperación a una presa, preferiría saltar de golpe limpiamente, caer como un santo, con los brazos extendidos a los lados, mirando al cielo.

Pensó en morir. Lo deseaba. El mundo se le había deshecho. Quería tenerlo todo, todos los animales, insectos, caracoles del sendero del jardín, chicas con los hombros bronceados, aviones brillando en el aire... todo, silenciar todo clamor y recobrar por fin la armonía que esperaba disfrutar por derecho. No le daba miedo morir, eso no existía, sólo existía el cambio de forma, entrar en la leyenda de la que ya era parte.

Pasó toda la noche tumbado en el suelo boca abajo, exhausto. Por la mañana temprano se dirigió al norte. Iba a las montañas, a las sierras.

Circulaban muchas historias. Un alpinista solitario fue visto en las alturas de Half Dome o acampando solo en las silenciosas praderas, por encima de Yosemite. Lo vieron un verano en Baja California y otra vez en Tahquitz. Durante varios años, hubo un hombre que se le parecía en Morrison, Colorado: alto, esquivo, que vivía en una cabaña a pocas millas de la población. Pero al cabo de un tiempo, también aquél se marchó a otra parte.

Cabot siempre esperaba una postal o una carta. Tardaría en llegar, lo sabía, pero al final tendría noticias. Creyó durante mucho tiempo que Rand volvería a aparecer como fuera. A medida que pasaban los años la certidumbre menguaba.

A pesar de todo, hablaban de él, que era lo que siempre había querido. Los hechos mismos se superan, pero el personaje singular pervive. Finalmente llegó el día en que comprendieron que jamás sabrían nada con certeza. Rand lo había logrado aunque no supieran cómo. Había encontrado el gran río. Se había ido.

Era un día gris de nubes bajas y estables como la tierra. El golfo estaba liso, las aves se posaban encima. De vez en cuando, la superficie del agua se rompía y se desparramaba: las macarelas se cebaban debajo. La luz de neón del Ruth no estaba encendida. Fuera había algunos coches aparcados.

—¡Cuidado! ¡Ojo con la carrera! —gritó Bonney—. ¡Ah, mierda!

—Justo en el medio —dijo el camarero.

—Nos están matando. De acuerdo, dales el gol de campo.

—¿Qué son, treinta yardas?

Guardaron silencio mientras miraban los preparativos.

—¡Bloquea ahora! —gritó Bonney.

—Ahí va la patada... es... ¡nulo! ¡Nulo, fuera por la derecha! —dijo el comentarista. El público aullaba.

—¡Vale! —gritó Bonney.

El Ruth estaba en la carretera, a la salida de la población. Por la noche era un restaurante mexicano.

Las mamparas de la puerta dieron un golpe. Entró el hermano de Bonney.

—¡Eh! ¿Dónde te habías metido? —dijo Bonney—. Creía que ibas a ver el partido.

—Me quedé dormido. ¿Sabes lo que pasó? Una mujer me despertó esta mañana a las ocho.

—¿Una mujer?

—Sí, dijo que lo sentía mucho. Se dio cuenta de que estaba dormido. Le pregunté quién era. ¿Y sabes lo que dijo? «Soy tu madre», dijo. Le dije: «Señora, mi madre murió hace tres años».

—¿Quién era?

—¡Y yo qué sé! ¿Cómo va la puntuación?

—Veinte a tres.

—¿A favor de quién?

—De Dallas.

—¡Me ha matado! ¿Qué tiempo?

—El tercer cuarto —mintió Bonney—. Te has perdido casi todo el partido.

—¿El tercer cuarto? ¿Ya? —Dale Bonney sacó un taburete y se sentó. Era más joven que su hermano, todavía no había cumplido los treinta. No se le parecía, era más bajo, le quedaba muy poco pelo. Eran dos hermanos inseparables—. Dame una cerveza —dijo—. ¿Has apostado algo?

—¿Y tú?

Dale asintió.

—¿Cuántos puntos sacaste?

—Seis.

—¿Seis? Olvídalo —dijo Ken Bonney.

El equipo azul avanzaba. Uno de los defensas se había adelantado trece yardas.

—¿Quién era ése? ¿Era Hearn? —dijo Ken—. ¿Era él?

—Creo que sí —dijo el camarero—. No, era Brockman.

—Brocklin.

—¿De verdad están en el tercer cuarto?

Hubo otra carrera y un *fumble*.

—¡Oh, por el amor de Dios! —gritó Ken. El corredor se hizo daño, estaba tumbado boca arriba—. ¡Ese es Hearn! —exclamó, como si lo hubiera sospechado—. ¡Sacadlo de ahí! ¡Hearn, estás acabado! ¡Poned a otro más joven! —Estaban llevándose al jugador del campo lentamente. Ken se alejó de la barra. Hizo un gesto de impotencia al único cliente, que estaba sentado a una de las mesas.

—¿Apostaría por un equipo como ése? —preguntó.

El hombre levantó la mirada,

—¿Por cuál de los dos? —dijo.

—¡Hearn! ¿En qué están pensando? ¡Quieren perder!

Hubo una pausa.

—Adelante —dijo el hombre.

—Me rindo, ya está.

—Entiende mucho de eso, ¿eh? Había en su voz un matiz tranquilo, casi indiferente.

Una débil advertencia, un destello de peligro alcanzó a Bonney. Se alejó. Se oyó un portazo. Entró una mujer en pantalones sueltos de crepé y tacones.

—Hola, Paula —dijo.

—Hola, Ken. —Se sentó con el hombre de la mesa—. Siento llegar tarde —le dijo.

—¿Qué tal está Fraser? —preguntó Ken desde la barra.

—Bien. Está en Atlanta.

—¿Qué hace allí?

—Vive allí —dijo ella. Después, a su compañero de mesa—. ¿Llevas mucho tiempo aquí?

—Cuarenta y dos minutos.

—¡Dios! ¡Cuánta exactitud! ¿Quién juega? —preguntó.

—No sé. Dallas contra alguien —dijo.

Paula Gerard era maestra. Estaba divorciada. Reconocía que, en realidad, no había llegado a casarse, sólo había adoptado el título. Tenía el cabello oscuro y la sonrisa pronta y despreocupada. Siempre parecía un poco desaliñada, quizá se debiera a la ropa. Contaba anécdotas escandalosas, sobre todo cuando bebía. Juraba que eran ciertas.

Hacía casi un año que se había divorciado. Fraser era un hombre de negocios. Nunca trabajaba de verdad. Jugaba al tenis, bebía y se gastaba el dinero de su familia. Ella decía que en el fondo era muy divertido. En una ocasión fueron a Londres y en la tarjeta de inmigración, en la casilla de «Sexo», escribió: «Sí, mucho». Pero era débil y se había echado a perder. Lo había soportado unos cuantos años y, según decía, había hecho cosas que jamás se habría imaginado.

Bonney los vio marchar en el coche.

—¿Quién era ése?

—Un tío, no sé cómo se llama. Hace una temporada que sale con él.

—¿Está un poco zumbado?

—Puede —replicó el camarero.

La tarde concluía. En el oeste, en el silencio ominoso que rodea los estadios, se jugaba el último cuarto.

Iban en el coche por la orilla del mar, que estaba metálico, liso. Los anuncios de los moteles y restaurantes de la carretera estaban encendidos. El parecía malhumorado... Lo parecía con frecuencia. Ella solía achacarlo al hecho de que trabajaba solo; se encargaba de un solar de desguace

en Pensacola, cerca de la bahía. Llevaban allí un coche prácticamente doblado en dos, con las puertas atascadas y los asientos refulgentes de cristales rotos.

—Hay que ser un borracho para sobrevivir aquí —decía el conductor de la grúa.

Le gustaba la soledad, el sol. Desde el otro lado de la valla llegaba un leve ruido de tráfico. Dentro, entre polvo y silencio, las abolladas partes delanteras se ordenaban en filas, sin faros, sin ruedas. Había óxido por todas partes y arañas tejiendo debajo de los salpicaderos. A un lado, como una unidad Panzer condenada, se alineaban los Volkswagen, las partes traseras cuadradas, los sedán, la mayoría sobre los ejes de atrás, con el morro levantado como bestias moribundas. En las ventanillas se veían adhesivos de «Texas, Georgia», «Turista México».

Tenía un piso pequeño, dos habitaciones y cocina, ordenado y un tanto desprovisto. Había una mesa de madera con un estante de libros encima, una hamaca, un sofá de mimbre. El sol entraba por las ventanas por la mañana y se derramaba sobre el suelo vacío. Tenía pocos amigos. Los fines de semana dormía hasta tarde. Nunca había allí un periódico, ni una revista siquiera. Se recuperaba de una dolencia, una enfermedad, una herida. No tenía planes. A veces hablaba de comprar una barca y, una noche, inesperadamente, habló de Francia.

—¿Has estado en Francia?

—Viví allí —dijo.

—No lo sabía. ¿Cuándo fue?

—Pues, hace algún tiempo —dijo. Nada más.

A veces lo sorprendía tumbado en la hamaca a altas horas de la noche, descalzo, con el televisor encendido y los brazos cruzados sobre la cabeza como tapándose de la luz.

Ella se dispuso a preparar la cena. Era casi de noche y había empezado a llover. De vez en cuando aparecía en el umbral de la cocina, al pasar de un lado a otro. Era larguirucha, toda brazos y piernas. La habitación fue quedándose a oscuras poco a poco, y el pasillo, más y más luminoso. Se oía ruido de mezclar ingredientes, de grifos abiertos. La puerta de la nevera se abría y se cerraba. Entró en la habitación con una rebanada de pan con mantequilla y una lata de cerveza. Se sentó a su lado. El viento soplaba ahora, la lluvia escupía en la ventana.

—¿Tienes hambre?

—No mucha.

—Entonces, ¿por qué no esperamos? —dijo ella. Se miró las rodillas. Llevaba el pelo suelto. Se lo recogió despreocupadamente con la mano—. Tuve carta de Fraser —dijo.

—¿Ah, sí?

—Desde Atlanta. Dice que está dejando la bebida. Incluso tiene trabajo. —La lluvia racheada golpeaba la casa—. Quiere que vuelva —dijo.

Hubo un silencio.

—Creía que habíais terminado del todo.

Ella se encogió de hombros.

—¿Quieres ir?

No contestó. Al cabo de un momento él volvió la vista a otro lado como si la hubiera olvidado, como si estuviera pensando en otra cosa. Siempre había largas esperas con él, como descensos.

—¿Por qué me lo cuentas? —preguntó por fin.

—¿No quieres saberlo?

No dijo nada. Explicarlo sería tomarse muchas molestias. No quería vivir otra vez nada que hubiera vivido ya. No quería que todo se repitiera.

—Llueve en serio. Parece una tormenta —dijo él. Las palabras, las frases, salían a borbotones,

con torpeza. Parecía que no pudiese soltarlas—. ¿Quieres que te diga yo lo que tienes que hacer? No vuelvas —dijo.

—¿Por qué no?

—Aquello se acabó. Desde el momento en que se acaba, se acaba.

—No siempre —dijo ella.

—Bien, a lo mejor tienes razón —dijo él—. Supongo que no hay reglas.

—La verdad es que no sé lo que quieres —dijo ella—. Ésa es la cuestión.

—No creo que la cuestión sea ésa.

—No lo sé, la verdad.

—Dices que no lo sabes, pero lo sabes. Lo sabes perfectamente. Soy un bicho raro —dijo él con calma—, como todos los demás.

Hubo un silencio. Él estaba allí sentado.

—¿Sabes? Tengo treinta y cuatro años —dijo ella.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Creía que tenías treinta y dos.

—No, tengo treinta y cuatro. Me pareció que tenías que saberlo.

—No es tan malo.

—Quiero poder confiar en alguien —dijo ella. No lo miraba a él sino al suelo—. Quiero sentir algo. Pero contigo es como si todo se perdiera en el aire.

—En el aire.

—Sí.

—Bien, lo que tienes que hacer es aguantar —dijo él—. Y no asustarte.

—Estoy asustada.

—Aguanta.

—¿Y ya está?

—No puedo decirte nada más que eso. No sería verdad.

—Aguantar... —dijo ella.

—Eso es.

Él lo ve allí en la oscuridad, no es una visión ni una señal, sino un auténtico refugio, si logra alcanzarlo. En la habitación iluminada hay personas, las ve con claridad, a veces se sientan juntas, a veces se mueven, un hombre y una mujer al otro lado de la ventana, en la oscuridad, la lluvia de Florida.

# Table of Contents

[Sinopsis](#)

[1](#)  
[2](#)  
[3](#)  
[4](#)  
[5](#)  
[6](#)  
[7](#)  
[8](#)  
[9](#)  
[10](#)  
[11](#)  
[12](#)  
[13](#)  
[14](#)  
[15](#)  
[16](#)  
[17](#)  
[18](#)  
[19](#)  
[20](#)  
[21](#)  
[22](#)  
[23](#)  
[24](#)  
[25](#)  
[26](#)  
[27](#)  
[28](#)  
[29](#)  
[30](#)  
[31](#)  
[32](#)  
[33](#)  
[34](#)  
[35](#)  
[36](#)  
[38](#)



